SIGRID NUNEZ

Los vulnerables

Traducción de Mercedes Cebrián

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Primera parte
Interludio
Segunda parte
Agradecimientos
Notas
Créditos

Detrás de todo se encuentra [...] cierta
cualidad
a la que podemos llamar duelo.

James Saunders,
La próxima vez te lo diré cantando

La vida no es la que uno vivió, sino la que uno
recuerda y cómo la recuerda para contarla.

Gabriel García Márquez,
Vivir para contarla

¿Cómo te expones sin pedir amor o
compasión?

Margo Jefferson,
seminario sobre la escritura de *Negroland*

Primera parte

«Era una primavera vacilante.»[1]

Me había leído el libro hacía mucho tiempo y, salvo esta frase, no recordaba casi nada de él. No podría hablarte de las personas que aparecían en el libro ni de lo que les había sucedido. No podría haberte contado (hasta más tarde, después de buscarlo) que el libro comenzaba en el año 1880. No es que fuese importante. Cuando era joven creía que era importante recordar lo que ocurría en cada novela que leía. Ahora sé la verdad: lo que importa es lo que experimentas al leerla, los estados de ánimo que evoca la historia, las preguntas que te vienen a la mente, no tanto los hechos ficticios que se describen. Esto te lo deberían enseñar en el colegio, pero no lo hacen. En cambio, siempre hacen hincapié en lo que recuerdas. De no ser así, ¿cómo podrías escribir una crítica? ¿Cómo lograrías aprobar un examen? Me cae bien el novelista que confesó que lo único que se le quedó grabado después de leer *Anna Karénina* fue el detalle de una cesta de picnic con un tarro de miel dentro. Lo que se me ha quedado grabado todo este tiempo tras leer *Los años* fue cómo empezaba, con esa primera frase, seguida de una descripción del tiempo.

Nunca se debe comenzar un libro hablando del tiempo es una de las primeras reglas de la escritura. Nunca entendí por qué no.

«Un tiempo implacable de noviembre» es la tercera frase de *Casa desolada*.[2] Después de la cual Dickens, como bien sabemos, se explaya acerca de la niebla.

«Era una noche oscura y tormentosa.» Nunca he entendido por qué esta frase ha sido universalmente reconocida por (se me olvidó quién: algo más que consultar) como la peor manera de empezar una novela. Desdeñada por ser poco emocionante y, al mismo tiempo, demasiado melodramática.

(Edward Bulwer-Lytton, originalmente. En un libro titulado *Paul Clifford*, en 1830. Después se burlaron de la frase otros, entre los que destacan Ray Bradbury, Madeleine L'Engle y Snoopy.)

«Poco imaginativos» era el término que utilizaba Oscar Wilde al describir a aquellos para quienes el tiempo es un tema de conversación. Desde luego, en su época el tiempo –en particular el tiempo inglés– era aburrido. Nada que ver con ese espectáculo mucho más cambiante, a menudo apocalíptico, que obsesiona hoy a la gente del mundo entero.

Es importante señalar, sin embargo, que no era normal –vapor condensado, una nube baja– la niebla de que hablaba Dickens, sino un efluvio causado por la espantosa contaminación industrial de Londres.

Era una primavera vacilante.

Todas las mañanas salía a pasear temprano. Era mi mayor placer en una penuria de placeres, el de observar cómo iba llegando día a día una nueva estación: las magnolias que hacían asomar sus pétalos y que –tan dolorosamente pronto, como me parecía cada año, pero nunca tanto como en la primavera de 2020– perdían sus pétalos. Los cerezos en flor, aún más hermosos –los más hermosos, de acuerdo– pero igualmente efímeros. Los trompones, los narcisos –¿*narcissus*? ¿*narcissi*?– y los estridentes tulipanes, casi como bocas salvajes chillando en busca de atención. «Demasiado fogosos» le parecieron a Sylvia Plath una vez unos tulipanes «demasiado rojos» en un jarrón. Como las flores asustadas de Rilke que «se levantaban y decían: Rojo». Para Elizabeth Bishop, las manchas en las puntas de los pétalos del cornejo eran como quemaduras de colilla.

¿Es casualidad que los nombres de las flores sean además siempre palabras bonitas? Rosa. Violeta. Lirio. Nombres tan atractivos que la gente los elige para sus hijas. Jazmín. Camelia. Una vez vi una bulldog que se llamaba Petunia. Y una gata llamada Mimosa.

Se me ocurren muchos otros bonitos: anémona, lila, azalea. Por supuesto, ha de haber una excepción. Siempre hay excepciones. Aunque, si bien no me gusta mucho el de *Flox*, no se me ocurre ningún nombre horrible de flor, ¿y a ti?

Hay otras plantas, como las malas hierbas, con nombres horribles, como la vicia. Estamos pensando en llamar Vicia al bebé. Conoce a los mellizos: Artemisa y Astrágalo. Marrubio. Cimicifuga. Ajenjo: el nombre que C.S. Lewis le dio al aprendiz de diablo en *Las cartas del diablo a su sobrino*.

¡Boca de dragón! Nunca para una niña, jamás, pero sí es un buen nombre para un gato.

Había días en los que me quedaba fuera mucho rato, hasta tres o cuatro horas. En bucle, iba de parque en parque. Ahí es donde estaban las flores. Al principio, antes de que cerrasen los parques infantiles, me reconfortaba ver a los niños o escuchar sus voces gorjeantes cuando me sentaba en un banco cercano. (No leía, como habría hecho en tiempos normales. Había perdido la capacidad de concentrarme. Solamente las noticias acaparaban mi atención, lo único que quería ignorar.) También me gustaba ver jugar a los perros, antes de que cerraran las áreas caninas. ¿No nos habíamos visto todos reducidos a un estado infantil ahora? Las reglas eran las reglas: si las rompes serás castigado, se te arrebatarán los privilegios que tan feliz te hacen. Por

el bien de todos: entendido. Pero los perros, ¿qué habían hecho *ellos*?

Por supuesto, seguía viendo que paseaban a muchos perros, pero me parecía que había algo distinto en ellos. Sabían que algo pasaba. El modo sombrío en el que avanzaban lentamente, con el ceño fruncido y la cabeza gacha. En qué se han metido estos *ahora*, parecían decir esos ceños.

A una joven amiga mía no le parecía bien que pasase tanto tiempo al aire libre.

Tienes derecho a respirar un poco de aire puro, decía. Lo cual no significa *deambular* por las calles durante horas.

Pero por qué decirlo así, *deambular*, como si fuera una vieja chiflada y sin rumbo.

Una vuelta rápida a la manzana, una visita a la tienda de comestibles, entrar, salir, sin entretenerte. *Quédate en casa*. Esa es la regla.

No te hagas la tonta, dijo. Estás rompiendo las reglas y lo sabes.

Una *vulnerable*, me llamó. Eres una persona vulnerable, dijo. El gobernador de Nueva York, el hombre que dicta las normas, se mostró de acuerdo.

Las redes sociales hicieron viral el rumor sobre unas mujeres que, durante la cuarentena, se masturbaban al verlo en sus ruedas de prensa diarias.

Esta mañana me llega un correo electrónico de una desconocida, una mujer enfadada por algo que he escrito. Es una basura, dice. Cada palabra.

Lo que solo puede querer decir una cosa: que yo también soy basura.

Como aquella otra mujer, hace muchos años, que me escribió para expresarme su repugnancia hacia mí por haber escrito sobre dos personajes aparentemente inspirados en mis padres. El inglés no era su lengua materna.

Solo persona enferma hace tan mal a madre y a padre, escribió. Por esto espero tú castigan.

Me gusta esta historia real sobre un escritor que quería inspirar un personaje de ficción en una conocida suya. La disfrazó, poniéndole por ejemplo el pelo rapado en lugar del corte estilo paje que la modelo de la vida real llevaba desde el instituto, y un par de gafas con una llamativa montura de carey en forma de ojo de gato. Aunque en la vida real la mujer no tenía hijos, en el libro tiene uno de veintitantos años.

Unas semanas antes de que se publicase el libro, la mujer sufrió una

grave sequedad ocular y dejó de tolerar las lentes de contacto. Como no podía ser de otra manera, eligió unas gafas con montura de carey en forma de ojo de gato. Ahora que ya no era joven y su pelo se estaba debilitando y perdiendo el color, su estilista le sugirió que se hiciera un corte pixie. Ni el escritor ni nadie en la vida de la mujer sabían que, de adolescente, había tenido un hijo que dio en adopción. Fue ahora, a sus veinte años, cuando el hijo decidió buscar a su madre biológica.

He oído que Chéjov quería escribir una novela que iba a titular *Historias de la vida de mis amigos*. Probablemente, sus amigos no querían que la escribiera.

Otro mensaje airado a principios de esta semana, de una persona que no había leído, pero por casualidad conocía, algo que escribí. Según él lo interpretó –o más bien malinterpretó–, yo había atacado a un profesor por acosar sexualmente a mujeres jóvenes.

¿Dónde estaba USTED, escribió esta persona, cuando una MUJER MAYOR se aprovechó de MÍ? ¿Dónde estaba USTED?

¿Que dónde estaba yo? ¿Que dónde estaba *yo*? ¿Por qué me aguijonea su pregunta? Cuando le digo a la gente que me dan ganas de responderle, todos y cada uno de ellos se apresuran a decirme, *No lo hagas*.

Sin embargo, no todos los desconocidos que se ponen en contacto conmigo últimamente están enfadados. Está la mujer que me escribe desde Albania, que piensa que soy un Estimado Caballero y me ofrece ser mi esposa. Me querrá bien, promete. Me hará sentir Hombre de Verdad. (Lo que me recuerda: ¿qué fue de todos aquellos correos electrónicos que solía recibir con ofertas de alargamiento de pene?) Y más o menos una vez por semana, un mensaje de voz de una mujer que se identifica como voluntaria y que llama solo para saber cómo estoy. Siempre el mismo mensaje: Dios te ama. Seguido de un versículo bíblico.

Así, desde distintos puntos del cosmos, soplan en mi dirección buenos y malos deseos. Amor y odio.

Mientras tanto, he estado trabajando en un cuestionario para un congreso de literatura, tratando de responder a una pregunta que me hacen todo el tiempo.

Sé de estudios sobre gemelos, incluso de casos en los que uno de los hermanos no sobrevivió al parto. Para muchos de los supervivientes, el resultado ha sido un sentimiento de pérdida, dolor, vacío y culpa que dura toda la vida. En un caso, un hombre al que no se le comunicó hasta bien entrada la edad adulta que su gemelo había nacido muerto describió el enorme alivio que sintió. Por fin tenía una explicación para el vacío tan lacerante que había experimentado siempre; por qué a todas las alegrías de su vida, por intensas que

fueran, las atravesaba un hilo de dolor.

Yo nunca tuve una gemela, ¿por qué la historia de este hombre me tocó la fibra sensible? ¿Por qué la sentí como una revelación? *Algo falta. Algo se perdió*. Creo que en esto radica mi motivación para escribir.

Durante un tiempo, cuando me sentía incapaz de leer, no sabía si lograría volver a escribir: una de las muchas incertidumbres de aquella primavera. (No conozco a ningún escritor que no haya experimentado lo mismo.) Pero la sensación ha sobrevivido y no va a desaparecer: quiero saber por qué me siento como si hubiera estado de luto toda mi vida.

Toda historia digna de ser contada es una historia de amor, dijo alguien a quien yo quería mucho.

Sin embargo, esta no es esa historia.

Recuerdo a un chico. Se llamaba Charles. De pelo rubio peinado hacia un lado, como si una vaca le hubiese dado un lametón. Mofletudo. Bajito para su edad (doce, trece años) y con las orejas de soplillo, lo que, junto al lametón de vaca, le daba un aspecto un tanto cómico. Podría haber sido el modelo para Daniel el travieso.

Un chico, un chico corriente, y un día, poseído. Un sábado por la tarde me llama, este compañero de clase al que apenas conozco. ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué no puede hablar? Suena como si lo estuvieran asfixiando.

¡*Habla*!

Quiero verte, suelta por fin. Quiere saber si puede venir a mi casa.

Le digo que no y cuelgo.

Mi madre está ahí (siempre está ahí: no hay intimidad, nunca, con esa mujer). Quiere saber quién ha llamado, y cuando se lo explico vuelve a lo que estaba haciendo, mirando por la ventana de nuestro apartamento del tercer piso (nunca he conocido a nadie que pasara tanto tiempo junto a la ventana como ella, observando al vecindario durante horas, como si fuera la televisión, comentando de vez en cuando lo gorda que se estaba poniendo la señora Prysock, pongamos, o avisándonos de un espectáculo que nos llevara raudos hacia allí: una pelea –había muchas peleas–, un inquilino al que desahuciaban o, una vez, la más memorable, un cadáver: un tipo que saltó, muerto en el suelo).

¿Qué aspecto tiene ese chico? Me pregunta. ¿Tiene el pelo rubio?

Debió de llamar desde una cabina telefónica. No sé cómo se enteró de dónde vivía, pero vino en su bicicleta y ahora, durante lo que queda de tarde, subirá y bajará por la manzana, bajo la mirada atenta, comprensiva e incluso reverencial de mi madre (había que tener agallas para que un forastero –un chico blanco, rubio y pequeñajo–, entrara solo en aquel barrio).

De vez en cuando se detenía para llamarme por teléfono y rogarme de nuevo.

Recuerdo que no sentí piedad. Algo me había poseído a mí también. No me sentía halagada. Era como la princesa del cuento, que miraba horrorizada por encima del hombro a la rana que la seguía a casa y de

la que no podía librarse. Pero ella había hecho una promesa: ser para siempre su mejor amiga si la rana recuperaba la bola dorada que había tirado a un pozo por descuido.

Como se hizo tarde y él no se iba, mi madre apretó nerviosa las manos –¡*No debería estar aquí de noche*!– y yo empecé a llorar. Todo un drama en una tarde de sábado normal y corriente. Estábamos en primavera, y todavía me acuerdo de la humillación que sentí al ver su silueta pequeña y patética pedaleando despacio a lo largo del seto.

Cuanta más compasión mostraba mi madre –había venido hasta aquí, lo menos que podía hacer era hablar con él–, más lo despreciaba yo.

Luego me mandó que no se lo contase a nadie, refiriéndose, por supuesto, a los otros niños del colegio. Su ansiedad me irritaba. Como a muchas mujeres, siempre le resultaba más fácil sentir lástima por un hombre (salvo, cómo no, por su marido, al que guardaba innumerables rencores mortíferos de por vida) que por una mujer. En cualquier caso, ¿qué era lo que sugería en su actitud que yo tenía cierta culpa? Que, si bien yo no había hecho nada para incentivarlo, algo le debía a esta rana, a lo mejor mucho.

Ternura por un chico al que no conocía, aspereza hacia su propia hija. Me miraba como si viera algo nuevo en mí, algo que no le gustaba.

Ese lunes, en el colegio, él no me miró a los ojos. No miró a nadie. Se sentó con la cabeza gacha y la cara de piedra, como si se hubiera muerto uno de sus abuelos. Cuando lo comenté en clase, mis amigos estaban tan indignados como yo.

Recuerdo sus orejas: del tamaño y la forma adecuados para captar cualquier susurro y risita. Estaba sentado en una de las primeras filas, encorvado y totalmente quieto, tanto como una presa. Se veía cómo le subía el rubor por la nuca, pesimista e incesante, como si le estuvieran vertiendo pintura roja en un agujero del cráneo, y luego las orejas, que parecían crecerle aún más al hincharse de sangre. Esto fue lo que hizo explotar a todo el mundo –¡*Miradle las orejas! ¡Miradle las orejas!*– hasta que el profesor tuvo que gritar para calmarnos.

Mal por mi parte, sí. Pero no me parece bien que los dioses me hicieran pagar por ello, no solo una vez, sino *tantas*.

Él nunca volvió a molestarme. De hecho, se olvidó por completo de mí. No es que dirigiese su atención a otra chica. Había perdido cualquier interés en las chicas. Era como si, tras intentarlo y fracasar, hubiera aprendido todo lo que necesitaba saber sobre el amor, y hubiera pasado página.

Olvidé decir que era un chico nuevo; su familia acababa de llegar a nuestra ciudad. Pero como era un buen chico, encajó enseguida y se hizo amigo de los demás, incluida yo. Nos hicimos amigos y seguimos

siéndolo, como si nunca hubiera habido complicaciones entre nosotros. Los niños perdonan y olvidan con más facilidad que los adultos –o los dioses–, y recuerdo que me pareció de lo más natural; habría sido extraño que Charlie guardase algún rencor.

Recuerdo haber interpretado a Estella en una representación escolar inspirada en escenas de *Grandes esperanzas*.

Recuerdo cómo, a pesar de la forma en que ella le maltrata, Pip sigue queriéndola –por siempre–. Recuerdo a la profesora–escritora–directora, y lo excéntrica que era (una de esas profesoras a las que los niños consideran que es casi un deber atormentar), y cómo una de sus máximas rarezas era lo mucho que significaba para ella esta funcioncita teatral de secundaria. En los ensayos se quitaba los zapatos de una patada y daba vueltas por el escenario, haciendo demostraciones, camelándonos, moviéndose con tanta energía que la cinturilla de la falda se le torcía y el sudor brillaba en su piel (y nosotros tiritando: hacía frío en el auditorio después de clase). Es su voz la que oigo dando vida a los versos:

No holgazanees, chico.
Yo la veo muy guapa.
¿Por qué? ¡Si es un vulgar chico trabajador! ¿Y bien? Le puedes partir el alma.

También escucho un acento, y a menos que mi memoria se lo haya inventado, era del sur. Recuerdo su decepción con Pip, que no se metía en el papel; su frustración conmigo por no ser capaz de proyectar la voz; y cómo consiguió arrancarle a otra chica un parecido realmente asombroso con una vieja solterona británica.

En otra clase leemos una versión abreviada de *David Copperfield*.

Me piden que describa a Steerforth. El bueno y el malo.

Steerforth es guapo, es inteligente y rico, Steerforth es encantador, romántico y popular. Steerforth es egoísta, es falso, es malo con la pequeña Emily y mezquino con los pobres.

¿Y creo que hay mucha gente en el mundo como Steerforth?, pregunta el señor Rosenberg.

Bastante convencida de la respuesta, digo que no.

¿De verdad?, pregunta el señor Rosenberg, dándome otra oportunidad. Y cuando asiento, dice, entonces creo que eres muy ingenua.

El mundo está lleno de Steerforths, me dice, mirándome fijamente a los ojos.

Me lo habían advertido.

Otro chico: se llamaba Larry. Aunque iba a otro colegio, un colegio católico, vivía cerca de nuestro instituto y a menudo frecuentaba a chicos de allí. Se enamoró de una chica llamada Jill y, como era costumbre en aquel lugar por aquel entonces, le regaló una pulsera con su nombre grabado. Ella lo rechazó y entonces, casi de inmediato, cambió de opinión. O quizá, en realidad, nunca había tenido la intención de rechazarlo, ya sabes cómo son estas cosas.

Sin embargo, ahora, aunque no había pasado apenas tiempo, fue Larry quien cambió de opinión. Quizá fuese solamente una cuestión de orgullo. En cualquier caso, todo estaba perdido. No hizo nada cruel; era un buen chico, más Copperfield que Steerforth, que vivía con su madre soltera (un tipo infrecuente de hogar por aquel entonces). No alardeaba. No atormentó a nuestra Jill. Pero seguro que el corazón de ella estaba roto. Cómo se le iba la vida, como si padeciera una enfermedad extenuante. Se pasaba el día sentada en el colegio con una expresión de aturdimiento en su pálido rostro –«Helen Keller», la llamaba un chico burlándose–, ajena a todo.

A veces lloraba, en silencio, discretamente, pero al menos una vez, que yo recuerde, prorrumpió en un violento arrebato de llanto estrepitoso que paralizó la clase. Recuerdo que, sin preguntar qué le pasaba, el profesor trató de bromear: Dios santo, ¿acaso alguien se ha muerto?

Recuerdo que no quería hablar de ello con nosotras, sus amigas, aunque lo compartíamos casi todo, especialmente lo relacionado con los chicos. Y este silencio nos asustaba, porque parecía poner su sufrimiento al mismo nivel que otras crisis de las que nadie hablaba: un monaguillo del que habían abusado, un padre que pegaba tanto a una madre que tenía que llamar al trabajo diciendo que estaba enferma, una madre con cáncer de mama, una niña o una mujer violadas.

Aunque su sufrimiento no tenía nada de teatral (en el sentido de impostura), *sí* había algo de actriz trágica en ella. Siempre había sido una chica guapa, pero ahora su calvario la había transformado, convirtiéndola en una persona mayor grande y seria. Se sentaba entre nosotros, los escolares, grande y seria. Callada, majestuosa y muy bonita.

No duró para siempre, pero seguramente debió de marcarla para el resto de su vida. Yo, mera testigo, nunca volví a pensar en el amor de la misma manera. Lo decían todas las canciones, pero aquí estaba la prueba de que esas canciones no exageraban. Algo que podía sobrevenirte y devorarte como una enfermedad. Un chico normal que no tuviera nada contra ti podía dejarte hecha polvo, podía hacer que, incluso con toda la vida por delante, no quisieras vivir más.

Lo más aterrador de todo, quizá, era que solo podía culparse a sí misma por haber rechazado a su admirador en un principio. El amor como castigo, como burla y crueldad. El horror de todo eso.

En Dickens, por supuesto, donde este tipo de cosas sucedían todo el tiempo, todo se habría arreglado al final. Aunque hubiese un montón de sufrimiento, un montón de contrariedades y de malentendidos. Incluso aunque llorases al leer esas partes, sabías que ibas encaminada a un final feliz, y te sentías aliviada.

No me extraña que en su día me encantara Dickens. No me extraña que hoy no pueda leerlo.

Mucho tiempo después de acabar la universidad, decido leer *Nuestro amigo común* por primera vez. Anticipando el antiguo embeleso, me abate sentir... aburrimiento. Eso es lo que pasa: los escritores que una vez lo fueron todo, ya no te emocionan siempre de la misma manera.

¿O el problema tenía algo que ver con que sabía lo que no supe antes?: la dolorosa revelación de su hijo Charley acerca de que los personajes infantiles que su padre ideó eran a veces mucho más reales para él que sus propios hijos de carne y hueso. Su célebre crueldad hacia su mujer, a la que siguió maltratando incluso tras haberla dejado por una actriz adolescente.

El mundo está lleno de Dickenses.

¿Y qué hay de mi Charles? ¿Qué clase de hombre llegó a ser? ¿Amable? ¿Odioso? ¿Y qué recuerda, si es que recuerda algo, de aquella época?

Lo último que supe de Larry fue que se había alistado, como tantos otros chicos a los que conocía entonces. (Cómo llegó a mis manos su pulsera con el nombre grabado es otra historia, otra historia de amor, pero no la que estás pensando.) Mi madre lleva cinco años muerta. El viejo barrio. Lo llamaban barrio bajo, aunque no era un barrio bajo. Lo llamaban gueto, aunque no era un gueto.

Por capricho, busco en Google el barrio donde viví hasta los diecisiete. Bajo el titular «¿Estás pensando vivir en...?», figuran estas «estadísticas oficiales»:

Transporte: Deficiente. Vida cotidiana: Deficiente. Seguridad: Deficiente. Deportes y ocio: Deficiente. Entretenimiento: Deficiente. Demografía: Pobre.

Entre las últimas en florecer estaban las hortensias. También conocidas como hortensias *de jardín*. Más resistentes que las otras flores y de duración mucho más larga, casi todo el verano. Las que vi eran en su mayoría azules –azul bebé–, pero también había algunas blancas y de color crema, las había rosas y algunas que eran una mezcla de rosa y azul –lavanda o lila (¿hay alguna diferencia?)dependiendo del parque.

Sin embargo, como la lila y la lavanda también son tipos de hortensias, no se puede decir: La hortensia es lila o La hortensia es lavanda. Sería como decir: Ese gato está enfermo como un perro o Sus ojos son su talón de Aquiles. (No me las he inventado, las leí en alguna parte.)

Flores de señora mayor. Crecí oyendo que las llamaban así, pero nunca supe por qué. ¿Sería por el color, como el baño de color azul que muchas mujeres usaban entonces para cubrir su pelo canoso? Aunque, dado que el pelo azul era un signo inequívoco de vejez, tanto como el pelo blanco, me resultaba un misterio que supuestamente disfrazase la realidad.

Por cierto, ¿qué huele uno cuando escucha «perfume de señora mayor»? Yo diría que algo empalagosamente floral. Pienso en esos abrazos de señora mayor capaces de llevar a un niño al borde de la asfixia.

Otro misterio: ¿por qué tanta gente detesta las hortensias? A lo mejor has visto el vídeo, o por lo menos habrás oído la historia: lo ocurrido cuando un fan le regaló un ramo a Madonna. Más tarde se especuló con la posibilidad de que su reacción extrema –*No puedo soportar las hortensias*, y retiró inmediatamente de su vista las florestuviera relación con que se asocian a las viejas arpías. El reflejo del horror para una sex symbol envejecida.

A mí tampoco me gustaban. Recuerdo haberlas visto crecer alrededor de las casas y en los bordes del césped, como racimos de uvas, o gruesos ramilletes sobre arbustos prominentes, y pensé que si yo tuviera esa casa, ese césped o mi propio jardín, no las querría. Las cambiaría todas por peonías.

Sin embargo, ahora, la visión de las hortensias, en un parque tras otro, me levantaba el ánimo y eso hacía preguntarme cómo no había logrado apreciar antes su gran belleza. (Una amiga que ha tenido la misma experiencia da esta explicación: Me pasó el año en que me

jubilé. Llegas a cierta edad y todo se pone en marcha: la Seguridad Social, Medicare y la afición por las hortensias.)

«La afición por las hortensias» parece el título de un libro antiguo. Y Hortensia, por supuesto, suena como el nombre de una anciana. Como Myrtle. O Matilda. O Henrietta. (Oí hace poco que ponerle nombres de señora mayor a las bebés volvía a estar de moda.)

Otra amiga mía dice que, donde ella creció, eran los rododendros los que se consideraban flores de señora mayor.

Al parecer, hay una diferencia: la lavanda es púrpura en el lado azul, la lila es púrpura en el lado rosa.

«Hortensia azul», «Hortensia rosa». Dos poemas de Rilke.

Una vez escribí algo donde hacía referencia a Madonna, aunque ya no recuerdo el contexto. El editor lo eliminó, mencionando que los lectores no tardarían en olvidar quién era Madonna. El mismo editor que, al saber que la novela en curso de Jonathan Franzen se llamaba *Las correcciones*, dijo: Es un título terrible. Venderá tres ejemplares.

Esa granja de cerdos es una pocilga. Usa su silla de ruedas como muleta.

¡Ella detestaba las hortensias!

Las peonías siguen siendo mis flores favoritas.

En la época en que yo *deambulaba* por la confinada Manhattan, Colm Tóibín deambulaba por Venecia –la ciudad más bella del mundo convertida ahora en la más bella ciudad fantasma–, donde le sobrevino este pensamiento: «Uno de los temas sobre los que reflexionar al comienzo de la vejez es lo injusta que es la vida».

Desde luego. Y *él* ahí en Venecia.

Lo que les ocurre al final de su vida a muchos escritores, según J. M. Coetzee: «Un ideal de un lenguaje sencillo, contenido y sin ornamentos y del énfasis en ciertas cuestiones de importancia real, incluyendo cuestiones sobre la vida y la muerte».[3]

T. S. Eliot, al escuchar los últimos cuartetos de cuerda de Beethoven: «Hay una especie de alegría celestial, o al menos más que humana, en algunas de sus últimas obras, que uno imagina que podría llegar a uno mismo como fruto de la reconciliación y el alivio tras un inmenso sufrimiento; me gustaría poner en verso algo así antes de morir».

Ten en cuenta que Beethoven, aunque estaba al final de su vida, tenía solamente cincuenta y tantos años cuando escribió la música que inspiró a Eliot, que era más o menos de la misma edad cuando

compuso los *Cuatro cuartetos*, pero que vivió hasta los setenta y seis.

Podría llamarla Rose, o Violet, o Lily.

La primera de nosotras en casarse. La primera en tener un bebé. La primera en morir.

Lily.

Para nosotras, su funeral sería también un reencuentro, como supongo que lo son muchos funerales.

En la reunión que siguió al entierro, en la casa donde ahora vivía solo, su marido nos contó cómo, durante algún tiempo, ella había estado convencida de que algo le pasaba. No algo malo, dijo, sino algo extraño.

Era supersticiosa. Siempre había sido supersticiosa, creía en las señales. ¿Por qué justamente ahora la buscaba gente con la que no había estado en contacto durante años? En un día, mensajes de dos hombres distintos, dijo su marido, novios de su juventud. Soñé contigo, dijo uno. Tu cara se me apareció en la mente, dijo el otro. Una carta manuscrita de un amigo de la infancia al que casi ni recordaba. Todos estos años me ha estado pesando, escribió esta persona. Te dejé cargar con la culpa cuando, de hecho, era yo el culpable. Esto era por un incidente insignificante del que su mujer no tenía ni el más mínimo recuerdo, dijo su marido. Sin embargo, ella recordaba muy bien al viejo conocido que le había pedido cincuenta dólares en préstamo y luego había desaparecido sin devolvérselos. Y ahora ese hombre, también ese, había aparecido, ¡enviando sus más sinceras disculpas junto con un cheque!

Sueños, dijo el marido de Lily. Hacía mucho tiempo que ella había dejado de recordar sus sueños. Salvo en contadas ocasiones, no recordaba nada de lo que había soñado, ni siquiera fragmentos. Sus noches muy bien podrían haber transcurrido sin sueños. Si se despertaba por la noche, sabía con seguridad que había estado en medio de algún paisaje o acontecimiento onírico, pero no había esfuerzo mental que pudiera devolvérselo.

Eso le preocupaba, dijo él. No era solamente un síntoma de envejecimiento –no le ocurría a todo el mundo–, pero ¿y si se trataba de algún deterioro relacionado con la edad? ¿Y si era un síntoma precoz de Alzheimer?

Ahora eso había cambiado, dijo su marido. Cada mañana, sin excepción, se despertaba con un claro recuerdo de ciertos sueños. No era el contenido de los sueños lo que le interesaba. Era el mismo tipo

de sueños que había tenido siempre, que tiene todo el mundo, más que nada tonterías disparatadas que, por fascinantes que puedan parecer a los propios soñadores, cuando se cuentan en el desayuno solo consiguen aburrir a quien las escucha.

No le interesaban los significados ocultos, dijo su marido. La interpretación de los sueños como herramienta clínica siempre le había parecido una práctica cuestionable, por no decir de dudosa reputación. Así que no se trataba de lo que soñaba, sino de la nitidez e intensidad de lo que recordaba más tarde, explicaba su marido. No solo uno o dos elementos, sino escenas elaboradas, pequeñas obras teatrales de un solo acto, ricas en detalles. Y el motivo de ese cambio, fuera el que fuese, era lo que a ella le habría gustado saber.

Y entonces, en la última semana, empezó a oler cosas, dijo él. ¿No hueles eso?, le preguntaba, olfateando el aire. Siempre el mismo tipo de olor, algo que se cocinaba. Como torrijas, lo describió. Le olía a canela y a mantequilla quemada. Y ahora, luchando no solo con su pérdida, sino con los muchos remordimientos que a menudo atormentan a los desconsolados, se maravillaba de que, en ese momento, le hubiese quitado importancia. ¿Se habría asustado más –o se habrían asustado los dos– si el olor hubiera sido algo malo, algo repugnante?

No habría cambiado nada, le habían dicho; para entonces, ya no se podía hacer nada.

¡Habría cambiado todo!, dijo, apretando los puños sin pensar. Al menos habríamos tenido tiempo para prepararnos. *Habríamos tenido tiempo para despedirnos*.

Tenía un aspecto desaliñado a pesar de su traje negro planchado, su camisa blanca y su corbata negra. Había hablado antes en el servicio religioso, y aunque lo hizo en medio de ese silencio denso característico de los tanatorios, su voz era tan débil que tuvimos que esforzarnos para escucharlo.

Ninguno de nosotros lo conocía bien. A sus dos hijos no los conocíamos de nada. El mayor se abría paso a través del salón abarrotado, con su propio hijo pequeño en la cadera, dando las gracias a la gente por haber venido. La hija estaba sentada con nosotros, en una silla junto a la de su padre. Todos estaban todavía en ese estado de shock provocado por la muerte repentina de un ser querido. Era como si, mientras caminaba, mientras hacía cualquier cosa que hubiese que hacer, estuviera en realidad inconsciente, dijo la hija de Lily.

La última vez que estuve aquí fue por Navidad, dijo, y noté algunos cambios en el comportamiento de Madre. Por mucho que le gustase, a Madre las navidades siempre le resultaban estresantes, y el cambio de año solía ponerla melancólica. Pero este año era diferente, no parecía

en absoluto estresada o melancólica, al contrario, parecía... despreocupada.

Había veces, sin embargo, en que la pescaba mirando a su alrededor como si estuviese sorprendida de encontrarse donde estaba, aunque llevara treinta años en esa casa. Pero esos momentos eran inusuales y tan breves que pensé que tal vez los estaba malinterpretando o incluso imaginando, dijo. Además, yo estaba distraída. A mi hijo menor le había empezado a ir mal en el colegio, y un empleado de mi empresa nos había demandado por discriminación, así que yo también estaba tirando a bastante estresada.

Cada vez que iba a visitarla, solíamos dar un paseo por la tarde, y ahí es cuando me di cuenta de algo más, dijo la hija de Lily. Madre no paraba de señalar cosas –las luces de Navidad de la casa de un vecino, las nubes, las ardillas correteando– como si nunca las hubiera visto antes. Me recordaba a cuando yo salía con los niños de pequeños y el mundo entero, incluso las cosas más corrientes, les dejaba boquiabiertos.

Otra cosa era el modo en que se reía, dijo la hija de Lily. No me refiero a su risa normal, sino al modo en que se reía sin razón aparente, o al menos sin ninguna que pudiéramos averiguar. Alguien hacía una observación que no tenía nada de graciosa y Madre asentía con la cabeza y soltaba una risita. No es que no tuviera sentido del humor, pero nunca fue de risa fácil. No era lo que se dice una persona alegre, su humor era siempre sarcástico.

Papá también lo notaba, dijo ella, dándole palmaditas en la mano.

Sin embargo, ninguno de los dos lo mencionó, dijo él. Simplemente no pensamos en darle demasiada importancia.

Se hizo un silencio, durante el cual se notaba que cada uno reconocía y trataba de aliviar el sentimiento de culpa del otro. El marido de Lily dijo: Era extraño su comportamiento, pero también era inofensivo, incluso encantador, en parte. Y de no haber sido así, si no hubiera dado la sensación de estar absolutamente contenta –por no mencionar que, según los resultados de su último examen médico, tenía buena salud–...

¡Estaba bien!, intervino su hija. Seguía yendo a trabajar a diario, sin ninguna señal problemática, dijo, mirando al otro lado de la habitación a un canoso greñudo y grandote que se servía sandwichitos y bizcocho de semillas de amapola: el director de la editorial de libros de texto en la que Lily había trabajado durante gran parte de su vida (y con quien, recordé, en su época de greñudo pelinegro, había tenido en una ocasión una aventura). Seguía reuniéndose con su grupo de lectura, seguía trabajando como guía voluntaria en el zoo local.

Pero algo debió de pasar, dijo su marido. Porque fue ella la que finalmente anunció que tenía que ir al médico. No quiso decir por qué,

salvo que no era ella misma. No soy yo misma, dijo. No puedo explicarlo, pero no soy yo misma.

Pidió cita para la mañana siguiente.

Yo estaba abajo esperando, nos dijo el marido. Me había tomado el día libre, pensaba ir con ella.

Cuando llegó la hora de salir de casa y ella seguía sin aparecer, él subió. Ahora hizo una pausa, sacudiendo la cabeza. Se tapó los ojos con la mano.

No estaba lista para salir, ni siquiera estaba vestida, seguía en bata. Tenía los brazos en alto, dijo él, levantando los suyos en la posición de alguien que bailase en pareja. Estaba bailando un vals por la habitación. Tenía los ojos abiertos, pero era obvio que no me veía. Estaba enteramente en otro lugar. Y cantaba un poco, en voz baja.

No parecía estar angustiada, dijo. Tenía el rostro relajado, con una sonrisa soñadora.

Debieron de pasar solo unos segundos entre el momento en que él la vio y el momento en que dijo su nombre.

Fue como si la hubiera disparado, dijo.

No se desplomó, como suele pasar cuando una persona se desmaya. Cayó como un árbol talado.

No soy supersticiosa. No creo que fueran señales (me refería a las personas del pasado que se habían puesto en contacto con Lily de repente). Eran meras coincidencias, dije.

¿Una coincidencia no puede ser una señal?, dijo Rose.

Tres de nosotros estábamos en el bar del hostal donde habíamos reservado una habitación para esa noche. Había música en directo todos los fines de semana. Los viernes, música folk; los sábados, jazz. Era viernes, y dio la casualidad, por una emotiva coincidencia, de que el fondo de nuestra conversación incluyera algunas de las canciones que Lily solía cantar en los días de su juventud –nuestra juventud, cuando nos conocimos todos– y su sueño era ser la próxima Joan Baez o Judy Collins.

Si pierdes el tren en el que viajo…

A mí no me importaba, a Rose no le importaba, pero a Violet sí. Si no estuviéramos en una ciudad extraña, dijo, insistiría en que fuéramos a otro sitio.

Violet y Lily habían sido compañeras de habitación el primer año de la universidad.

De hecho, dijo, así es como la veo a menudo cuando miro atrás. Sentada en su cama, encorvada sobre su guitarra, con toda su melena ondulada encima de ella como una cascada. (Era uno de los atributos de Lily: no se había cortado el pelo desde los diez años, un look que solía generar miradas, pero que también causaba problemas en los desagües de las duchas de la residencia.)

Tenía una voz bonita, pero casi no sabía tocar, dijo Violet. Yo siempre quería gritarle que parase. A veces le pedía que parase –con amabilidad– y ella se sentía herida. Ya sabes que podía hacerte sentir como un monstruo, mirándote con esos ojos enormes de niña abandonada y con esa orfandad de madre de la que todas habíamos oído hablar, siempre en el ambiente.

Era cierto. Era como si un nubarrón la siguiera a todas partes. No es que fuese literalmente huérfana de madre, pero su madre había sido criminalmente –y esto sí es literal– irresponsable, y, también literalmente, aunque solo en ocasiones, una enferma mental. Y era cierto: si no tratabas a Lily como a una niña sensible, te sentías como una bestia.

¿Creéis que su marido supo algo de todos los otros hombres?, preguntó Rose.

Todos los otros hombres, dijo Violet. Haces que parezca una puta. Hubo como dos o tres. Tal vez cuatro.

Pero eso es quizá mucho para un matrimonio, ¿no?, dijo Rose. O al menos para una mujer. Una esposa.

Violet dijo que no tenía ni idea de lo que sabía el marido de Lily. Tampoco tenía ni idea de lo que era quizá mucho para un matrimonio.

Me pregunto con quién estaría bailando, dijo Rose.

Ay, Rose, dijo Violet.

Danse macabre. Eso es lo que me había venido a la mente cuando su marido describió la escena. Esqueletos que bailan llevando a la gente hacia la tumba. La muerte que se aparece, haciendo una reverencia: ¿Me concedes este vals?

Por cierto, dijo Violet, él mintió. Lily no llevaba una bata. No llevaba nada puesto.

Esto se lo había contado otra amiga suya que era íntima de la familia de Lily.

Pensé en el modo en que su marido se había tapado los ojos con la mano antes de contar la historia, y me entraron ganas de llorar.

El marido de Violet era neurólogo. Él le había explicado a ella –y ella a nosotras– cómo podía haber ocurrido: el tumor insospechado, los síntomas característicos, la explosión en la cabeza de Lily.

¿Recordáis la primera vez que se quedó embarazada, dijo Rose, y lo molesta que estaba porque no tenía del todo claro que él fuera el padre?

Pero luego el bebé resultó ser igual a él.

Y su hija, señalé, era la viva estampa de su madre.

¿Por qué dices eso?, preguntó Violet.

Porque es verdad, ¿no te parece?

No, me refiero a por qué dices la viva estampa.

Porque esa es la expresión.

Sí, lo sé. Pero nadie dice eso. Nadie dice la viva estampa. Todo el mundo dice el vivo retrato.

Bueno, pues es un error.

No es un *error*. Es una modernización, lo cual no es un *error*. La viva estampa ahora suena mal. De hecho, suena idiota. ¿Por qué no te actualizas como nosotras aquí en la era moderna?

El vivo retrato también suena idiota, dijo Rose. No tiene sentido. ¿Por qué un retrato estaría vivo?

Esta conversación es estúpida, dijo Violet.

¡La empezaste tú!, dijimos Rose y yo al unísono.

Sí, tú eres quien está haciendo una montaña de un grano de arena, dije yo.

¿Por qué estás tan irritable?, dijo Rose.

Porque una persona a quien yo quería mucho yace en un agujero frío y

oscuro bajo la tierra y nunca más volveré a verla.

Aplausos. La cantante había terminado su actuación. Parecía tan joven como una colegiala y no iba vestida en absoluto como una cantante folk, sino más bien como una cantante francesa: vestido de cóctel rojo brillante y pelo rubio platino recogido. Su voz no era extraordinaria, pero tenía una calidez conmovedora y atrayente. Aunque era viernes por la noche, casi la mitad de las mesas estaban vacías, y ella parecía cantar más para sí misma que para nosotros, como suelen hacer los artistas a los que contratan para hacer solamente música de fondo.

Apoyó la guitarra en una silla y cruzó el local hasta la barra, atendida esa noche por un joven cuyo aspecto nos había llamado la atención antes, cuando nos sentamos. Es raro que una de las primeras cosas en las que te fijes sea en el cuello de una persona. El suyo era una columna musculosa que sobresalía de una camisa negra de satén holgada con cuello de pico. Tenía un manojo de apretados rizos negros, un bigote recortado y unos grandes ojos oscuros y brillantes que combinaban con la camisa. Tenía pinta de espadachín.

El único cliente que había en la barra era un anciano vestido con un mono de trabajo sentado a un extremo, de espaldas a la sala y absorto en un concurso televisivo.

Vimos que la cantante se subió a un taburete y se inclinó tanto sobre la barra que separó los pies del suelo. El camarero la agarró por la cintura, la atrajo hacia él y se dieron un beso interminable.

Fue una exhibición tan íntima que nos tomó por sorpresa. Entonces, un silencio ávido se apoderó de nuestra mesa y nos quedamos quietas por un momento: en silencio, recordando.

A la mañana siguiente volvimos a sentarnos juntas, esta vez en una mesa del salón de desayunos. Ahora éramos cinco. Jasmine, que había interrumpido un viaje al extranjero para asistir al funeral, tenía demasiado jet lag para quedarse despierta con nosotras la noche anterior. Camellia, que vivía en el mismo condado, no se alojaba en el hostal. Ayer había vuelto en coche a casa tras el funeral y hoy había regresado para reunirse con nosotras.

No teníamos prisa por irnos. Tras el desayuno, cada una de nosotras tomaría una dirección distinta sin saber cuándo volveríamos a vernos.

Jasmine estaba preocupada.

Problemas familiares, dijo. No tenía ganas de hablar de ello.

Pero una vez que empezó, lo soltó todo.

La hija de treinta y ocho años de Jasmine se había casado recientemente con una mujer mayor que ella, madre de cuatro hijos adultos, uno de los cuales aún iba a la universidad, donde, hasta ahora (su tercer año), le había ido bien.

El semestre pasado, dijo Jasmine, en una fiesta de Halloween, él conoció a una chica, o más bien a una mujer joven, aunque solo tenga dieciocho años, y acabaron en su residencia universitaria. Estuvieron en el cuarto de ella, donde pusieron la música a todo volumen: por intimidad, explicaron más tarde, porque las paredes eran tan finas que se oía hasta bostezar a quien estuviera al otro lado.

Según la joven, dijo Jasmine, en un momento dado le pidió que parase. Pero el hijastro de su hija no paró, porque no la había oído, dijo. Entre el volumen de la música y su propia respiración, no la había oído. Y ay, dijo Jasmine, tenía que haberos dicho que al parecer los dos estaban borrachos.

Después, dijo Jasmine, la mujer no sabía muy bien qué pensar. En su fuero interno sentía que la habían agredido. Era cierto que solo le había pedido una vez que parase, pero eso fue porque no habría tenido sentido pedírselo de nuevo, era demasiado tarde, dijo la joven. También pensó que ella podría haber tenido la culpa. Esa noche le había pedido que la atara, y él lo hizo. Le pidió que la golpeara, y él lo hizo. Así que él podría haber pensado que ella quería que usara la fuerza, que «no» significaba «sí», y que en realidad ella no quería que parase. Exactamente lo que le había pasado a una amiga suya del instituto, dijo Jasmine que contó la joven.

No obstante, tal como la joven explicó más tarde a los encargados

de investigar el asunto, aunque ella quería que la atara y quería que la golpeara, no quería penetración con él –de eso estaba completamente segura– y le había mostrado cómo se sentía, y no le creyó cuando él dijo que no la había oído.

Él oyó *algo*, les dijo a los encargados de investigar el asunto. Un gemido, dijo. Al menos, eso es lo que creyó que era. Un gemido que significaba sí.

Resulta, dijo Jasmine, que llevaba puesto un condón. La mujer le había visto ponerse el condón, dijo él. Sin embargo, ella no había dicho nada. No había dicho entonces, tumbada en la cama, al verle ponerse el condón, no quiero tener relaciones contigo.

Le dijeron que esa era una excusa mala, o más bien que no era ninguna excusa. Habría sido mejor que no lo hubiera comentado nunca. Se le recordó que, al principio del curso, había recibido las directrices sobre la conducta sexual adecuada que el centro había establecido y que todos los alumnos estaban obligados a seguir. No puedes ponerle un dedo encima a otra persona sin pedirle permiso. Incluso en plena actividad sexual consentida con otra persona, no hay que dar nada por hecho. Hay que preguntar primero, hay que obtener permiso verbal para cada acto de comportamiento sexual, incluidos los preliminares, cada movimiento, cada roce.

Le habían dicho todo eso, como a todo el mundo. Pero él no había seguido las reglas.

Él quiso decir que la mujer no le había pedido permiso para acercársele por detrás en la fiesta cuando él estaba hablando con otra mujer, para rodearle la cintura con los brazos y apretarle los pechos y la pelvis contra su espalda, pero pensó que, al igual que la mención del condón, eso no habría hecho sino empeorar las cosas.

Por el momento, dijo Jasmine, a la espera de una deliberación final de algún tipo, la situación seguía sin resolverse. Pero, en cualquier caso, al hijastro de su hija le había caído una expulsión y podría llegar ser definitiva. La historia, o las diversas versiones de esta, algunas con pintorescos adornos, inevitablemente se habían hecho públicas, y antes de marcharse del campus, el chico había tenido que soportar algún incordio: personas que alzaban la voz cuando le hablaban, *Oí por ahí que eras duro de oído, ja, ja, ja*, cosas así, dijo ella.

Pero fue mucho peor para la joven, que se vio sometida a un acoso incesante, dijo Jasmine, en gran parte obsceno y aterrador, como siempre es ese tipo de acoso. Incapaz de acabar sus asignaturas o de hacer los exámenes finales, ella también había abandonado el campus para volver a casa, donde, según sus padres, estaba en tratamiento por depresión.

Si lo expulsan por agresión sexual, su vida estará acabada, le dice una y otra vez a su madre; más le valdría suicidarse. Ella ha intentado

prepararle para lo peor, pero también ha tratado de convencerle de que lo superarán de algún modo, que la vida seguirá y que, pase lo que pase, ella estará a su lado.

Lamentablemente, dijo Jasmine, su padre no lo veía así. Su padre era de la vieja escuela, muy conservador, hijo de un rabino, y desde el principio no había expresado más que indignación. No le importaba lo que hubiera hecho la joven, lo que dijera o lo que pidiera, no le importaba qué clase de persona era, un hombre que se comportase como lo había hecho su hijo era un hombre indecente, indigno de compasión. Ligarse así a una desconocida y meterse en la cama con ella: ¿era una fiesta escolar o una orgía? Atarla, golpearla... ¿quién haría eso? A una chica de dieciocho años. Nunca se le había pasado por la cabeza que un hijo suyo pudiera llegar a ser un hombre así. Un cerdo. Una deshonra.

Cuando, tras haberse enamorado de la hija de Jasmine, su mujer le comunicó que lo dejaba, ella agradeció que, aunque estuviera sorprendido y dolido, tuviera la delicadeza de aceptar la situación, dijo Jasmine. Le ayudó que, casi de inmediato, él empezara a salir con otra persona, con la que más tarde se casó, y después de que su exmujer también se volviera a casar, y a pesar de seguir oponiéndose con firmeza al matrimonio entre personas del mismo sexo, logró mantener una relación cordial con ella. Al fin y al cabo, se habían querido mucho, explicó Jasmine, y ella era la madre de sus hijos. Las tres mayores ya se habían ido de casa, y el más pequeño, el único varón, empezó a repartir sus días entre las casas de sus padres.

Pero ahora esa paz se había hecho añicos, dijo Jasmine. Ahora el padre se había quitado la venda de los ojos. Ahora comprendía lo que podía ocurrir cuando un niño estaba expuesto a la iniquidad de dos mujeres que vivían en matrimonio. No era de extrañar que su hijo hubiera perdido sus valores morales. No era de extrañar que creyera que todo valía. Su padre debería haberlo sabido, nunca debería haberlo tolerado. Este era su castigo. Su hijo, su único hijo, se había malogrado.

Él es el cerdo, interrumpió Camellia.

Jasmine sacudió la cabeza. No podía evitar sentirse tan mal hacia él como hacia los demás. El hombre quería a su hijo, siempre se había sentido orgulloso de él, sobre todo por lo bien que le iba en los estudios. Ahora el escándalo lo había hecho polvo.

A veces querría que nunca me hubiesen contado nada al respecto, dijo Jasmine. Soy egoísta, lo sé, pero como no puedo hacer nada, acabo sintiéndome triste e inútil y solo quiero sacarlo de mi mente. Me ha venido bien alejarme, distraerme un poco. Bueno, te das cuenta de que las cosas van mal cuando un funeral te parece una escapada.

Pero he podido veros a todas, concluyó animadamente.

No dijo, y no le preguntamos, si se creía o no la versión de los hechos del hijastro de su hija.

Entonces Camellia contó una historia, que pretendía ser divertida, acerca de una mujer que se había colocado tanto antes de tener sexo que no pudo recordar la palabra de seguridad.

La idea de las palabras de seguridad me ha confundido siempre, dijo Rose. ¿Por qué haría falta ponerse de acuerdo en un color, o en una fruta –los colores y las frutas son las palabras seguras más populares, por lo vistocuando puedes decir simplemente «¡basta!»?

Silencio.

Me pregunto, dijo Rose, por qué decir «rojo» es una manera mejor de decir «basta» que decir «basta».

Bueno, ob-via-men-te, dijo Camellia alargando la palabra, porque, durante el sexo, «basta» puede ser parte del juego..., ya sabes, como una resistencia fingida. ¿Has oído hablar de eso? ¿Cuándo la persona dice «basta», pero no lo dice en serio? Pero si dice «rojo», lo está diciendo en serio. Y, por supuesto, «basta» *puede* ser la palabra de seguridad, solo que a algunas personas les gusta usar un sinónimo.

Sinónimos, dijo Jasmine. Eso sí que es perverso.

¿Por qué nombres de frutas?, fue lo que yo misma me pregunté.

«Olvidar la palabra de seguridad», murmuró Violet, que trabaja en una editorial y siempre está escuchando títulos.

Rose seguía confusa. Pero si «basta» no puede querer decir «basta», ¿por qué «rojo» no puede no querer decir «rojo»? Tú dices ¡basta, basta! y tu compañero piensa: ¡Ah, pero no lo dices en serio, zorra, sino que quieres decir más, más! ¿Qué les impide decidir que «rojo» también significa más?

Supongo que, en alguna ocasión, algo así puede suceder, dijo Camellia, susurrando exageradamente. (Cuando Rose había alzado la voz para dar su opinión la pareja de ancianos de la mesa de al lado le lanzó miradas ofendidas.)

Aquí pensé en algo que había leído hacía algún tiempo: un relato escrito en los años cincuenta en el que la narradora recuerda cómo, cuando era niña y vivía en una aldea rural varias décadas antes, una noche se despertó sobresaltada por el tañido de la campana de la iglesia y el jaleo en una casa. El granero de un vecino estaba ardiendo. La niña está tumbada en la cama, escuchando el ruido de los parientes con los que vive, que corren de un lado a otro fuera de la puerta abierta de su habitación. De vez en cuando alguien se asoma y le dice que vuelva a dormirse. No hay nada que temer, le asegura una tía suya. «Los hombres se ocuparán de eso.»

Lo cual me hizo reflexionar. Esa frase, dije: «Los hombres se ocuparán de eso». Al principio no estaba segura de por qué, pero luego me di cuenta de que era porque sonaba anticuada. Sonaba pintoresca.

Y comprendí que cada vez estaba menos acostumbrada a leer cualquier cosa sobre los hombres que los dejase en un lugar noble, o incluso decente.

No es que fuese así en la vida real, dije. La mayoría de los trabajadores de servicios de emergencia son hombres, y tendemos a convertirlos en héroes más que nunca. Cuando un policía muere en acto de servicio, se le considera un mártir. Pero cuando los hombres aparecen ahora en la ficción, a menudo es para que se les critique o denuncie por algo, y lo único que nunca estamos dispuestas a escuchar es que los hombres harán lo correcto.

Creo que estás exagerando, dijo Violet. Pero es verdad que las cosas han cambiado. Los hombres como peligro: eso ha sido siempre primordial en la literatura. Pero nunca se había hecho tanto hincapié en destacar que los hombres fueran egoístas, inútiles y violentos casi por naturaleza. Antes un hombre podía ser misógino y también algo más, algo admirable, incluso valiente. El peor de los mujeriegos podía tener muchos rasgos positivos, incluso valores morales sólidos. Ahora eso ya no parece verosímil.

Además, no son solo las mujeres las que eligen mostrar lo negativo de los hombres, dijo ella. Yo también veo eso mismo en la mayoría de los manuscritos de escritores varones que leo. Y muy a menudo, si no es abiertamente un monstruo, el personaje del hombre blanco sigue siendo un mierda, un metepatas o un perdedor o una especie de pervertido. Y ahora los guionistas hacen lo imposible por resaltar la superioridad de sus personajes femeninos. Me encuentro con el mismo dechado de virtudes libro tras libro: alto cociente intelectual, gran personalidad, firmes propósitos morales, ingenio deslumbrante. Y el truco consiste en hacer entender que también es muy atractiva sin que parezca que de algún modo se le falta al respeto. Sería divertido si no fuera tan aburrido. Pero la verdad es que ningún hombre de hoy trataría de crear una Emma Bovary o una Anna Karénina.

Es como la nueva imagen de los sacerdotes, continuó. Si un sacerdote u otro clérigo aparece en la misma página que un niño, me echo a temblar. Y no puedo decir cuántas historias veo ahora que abordan en serio la cuestión de lo bien que estaríamos todas en un mundo sin hombres.

Jasmine dijo, Yo tuve una reacción parecida viendo un documental sobre *El vecindario del señor Rogers*.[4] Pensé: Imagínate hoy, si quisieras crear un programa así. El último tipo de ser humano que elegirías para encarnar la bondad, la justicia y la decencia, o para dar a los niños una sensación de inclusión y seguridad, sería un hombre blanco heterosexual con su clásica vestimenta anodina.

Que además fue clérigo, añadió Violet. Sin mencionar que fue militante republicano.

Camellia soltó una risita. ¿Cómo hemos pasado de las palabras seguras al señor Rogers?

Rose, que da clases en la universidad, dijo, Tuve una alumna que escribió en un ensayo que tendría una actitud diferente hacia la mortalidad si hubiera nacido hombre, porque de ser así, cito, siempre habría conseguido lo que quisiera en la vida. Cuando le señalé que esto no era verdad, que no solo era hiperbólico sino además completamente falso, ella siguió insistiendo. Pero los hombres tienen todo el poder, continuó. Pues bien, soy madre de cuatro hijos adultos, y ninguno de ellos se ha acercado siquiera a conseguir todo lo que quería en la vida.

Entonces Rose se dirigió a mí, No he leído el relato, pero supongo que de hecho los hombres se ocuparon de eso. Ese habría sido el resultado que se esperaba, una escena completamente realista, las mujeres en casa con los niños y los hombres yendo a apagar el fuego sin que nadie cuestionara que eso es lo que debía ocurrir.

Yo asentí, y ella siguió, Tal vez sea porque vengo de una familia de militares (generaciones de parientes de Rose han servido en el ejército y varios de sus miembros han alcanzado altos rangos), pero creo que, además de lo que sean, los hombres son valientes. ¡No pongas esa cara! Solo digo que hay una forma de valentía propia de los hombres y que, por más excepciones que haya, forma parte del carácter masculino querer cuidar de los más vulnerables. Y yo he confiado en esa cualidad de los hombres, y me he beneficiado de ella. Todas lo hemos hecho. ¿Me sentiría tan segura en manos de una cirujana o una piloto como en manos de un hombre? Por supuesto. Sin embargo, odiaría encontrarme en una situación de peligro, como una casa en llamas o un desastre natural, sin hombres a mi alrededor.

Pero no puedes negar, dijo Camellia, que gran parte del peligro en el que se encuentra la gente *lo causan* los hombres.

Es verdad, dijo Rose. Pero también sé que, muy a menudo, cuando me siento reconfortada ante la presencia de los hombres, tiene del todo que ver con su masculinidad. Y de pequeña siempre supe que había una diferencia entre la manera en que tu madre podía protegerte y la manera en que podía hacerlo tu padre. No hay ninguna mujer que pueda hacerme sentir tan segura como lo hacen mis hijos, o como lo hace mi marido, aunque ya no sea joven. Lo que no quiere decir que no sienta vergüenza ajena cuando dice, Las damas primero, cada vez que abre una maldita puerta a una mujer, o cuando no entiende lo ofensivo de decir que las mujeres hablan demasiado. Conseguir simplemente que reconozca el sexismo ha sido una batalla perdida, lo admito. Gracias a Dios, mis hijos han resultado ser mucho más educables.

Entonces Camellia nos contó que, la semana anterior, su exmarido

se había metido en un lío por regalarle rosas a su ayudante el día de San Valentín.

Eso fue una torpeza, dijo Violet. ¿En qué estaría pensando? Bueno, es que no estaba pensando, dijo Camellia. Iba de camino a su despacho y vio que en el quiosco de su edificio vendían rosas, y pensó que sería un gesto bonito. Tampoco fue su ayudante la que se quejó. Fue otra mujer, una de las socias, de hecho, quien lo denunció. Así que ahora lo han acusado de conducta inapropiada y, lejos de arrepentirse, está furioso.

Me dijo, continuó Camellia, que recordó que, cuando estaba en la escuela primaria, los niños enviaban tarjetas de San Valentín a otros niños de la clase, incluso había un buzón especial colocado por el profesor en un rincón del aula. Se acordó de que esa tradición también existía cuando nuestros hijos estaban en primaria. Lo buscó en Google y descubrió que sigue siendo una práctica común: los niños hacen y se envían tarjetas por San Valentín. No son niños acosándose sexualmente, dijo, ¡Es una muestra de amistad, maldita sea! Le dije, Cariño, no estamos hablando de niños pequeños ni de amigos, estamos hablando de ti y de una mujer joven que trabaja para ti.

Una vez vi algo sorprendente en San Valentín, dije. En el exterior de un edificio de apartamentos, un jarrón hecho añicos y una docena de rosas desperdigadas por toda la acera.

Alguien se había cabreado, dijo Camellia.

¿Qué significa, dijo Rose, nuestra testaruda Rose, decir que el mundo estaría mejor sin hombres? Las mujeres son menos violentas, pero ¿qué pasa con todos los demás rasgos perversos, como el racismo y la codicia y el narcisismo maligno? De eso seguiría habiendo mucho.

Ay, no lo sé, dijo Camellia. Con tal de tener menos violencia –menos belicismo, menos derramamiento de sangre, menos delitos–, ¿no sería estupendo?

Odio estar a merced de la fuerza masculina, dijo Jasmine. Se atasca una ventana y tengo que llamar al portero. Cuando vives sola, este tipo de cosas pasan a menudo. Y en cada ocasión odio a la mujer débil y pequeña que hay en mí. Pero si le quitas la fuerza al hombre, el mundo se para en seco.

Camellia dijo, Una vez viví con un tipo que, cada vez que se duchaba, cerraba los grifos con tanta fuerza que cuando yo iba a ducharme no podía abrirlos. Era contratista, y yo le llamaba al trabajo y le pedía que viniera a casa y abriera los putos grifos, y, por supuesto, no lo hacía, no podía irse del trabajo así sin más, decía. Prometía ser más cuidadoso en el futuro, pero se le olvidaba una y otra vez.

Eso es lo que pasa con los hombres: que siempre se olvidan, dijo Jasmine.

El otro día, dije yo, tuve que bajar a pedirle al portero que me abriese un tarro de miel. Se dio cuenta de que no me hacía mucha gracia pedírselo y me dijo, ¿Cree que es usted la única señora que baja aquí a pedir lo mismo?

¿Y por qué no te compras uno de esos discos de goma?, dijo Camellia. ¿Cómo se llaman?

Marido de goma, dijo Rose. No me mires así. Yo no le puse ese nombre.

¡Dios mío, la hora! dijo Jasmine. Tengo que tomar un avión y aún he de hacer la maleta.

Rose tiene razón, dijo Violet. Un mundo sin hombres difícilmente sería una utopía. Seguiría habiendo algún tipo de jerarquía, eso es inevitable. Seguiría habiendo un grupo que tratase de dominar a todos los demás, porque así es la naturaleza humana. Seguiría habiendo muchos niños maltratados. Por otro lado, no puedo imaginarme el «aplastar botas en un rostro humano eternamente» de Orwell con un pie femenino.

Pero, ¿por qué seguimos manteniendo esta ridícula conversación? Cuanto más sabemos, más hemos de temer que la especie humana se dirija hacia la extinción. Y, sin embargo, aquí estamos sentadas, comentando en serio la fantasía de un mundo sin hombres.

Y, satisfecha de haber dicho la última palabra, le hizo una seña al encargado del hostal, que estaba al otro lado de la sala.

En realidad, fue él quien dijo la última palabra. Sonrió y sacudió la cabeza mientras nos dejaba la cuenta.

Señoras, ustedes sí que le dan a la lengua.

Si pierdes el tren en el que viajo…

Casi lo pierdo yo. Al igual que Jasmine, se me había pasado el tiempo volando durante el desayuno, y tuve que salir corriendo para llegar a la estación, justo cuando llegaba mi tren.

Era el último viaje que haría –la última vez que cualquiera de nosotras viajaría a cualquier sitio– durante más de un año.

Un largo viaje, kilómetros a través del campo, en el que busqué señales de la primavera, aunque fuese demasiado pronto, pues todavía había manchas de nieve en el suelo. Pensaba en un viaje al extranjero que estaba agendado para la semana siguiente, y en las cosas que tenía que hacer antes de irme. En el tren leí varios artículos sobre el nuevo virus, y me topé con palabras que pronto me resultarían demasiado familiares –*Wuhan*, *mercado mojado*, *confinamiento*, *cuarentena*– y surgieron las primeras dudas. Quizás al final no haga ese viaje la semana que viene.

Si Lily tenía que morir, me dijo Violet unas semanas después, me alegra que haya ocurrido cuando ocurrió y no en medio de… todo esto.

No habríamos podido asistir al funeral; no habríamos pasado ese tiempo juntas en el hostal. Habría acabado en cuarentena en un país extranjero, como otra amiga mía, que había ido con su familia a visitar a unos parientes en la India durante lo que pensaban que serían tres semanas y que, casi un año después, seguían sin saber cuándo les permitirían regresar a casa.

También yo recuerdo enviar tarjetas de San Valentín a mis compañeros de primaria. El buzón hecho de cartón y de papel de envolver con corazones. Recuerdo que nos lo ponían como deberes –era obligatorio hacerlo– y recuerdo las reglas: cada niño tenía que regalar a todos los demás niños, tanto si te caían bien como si no –incluso a los que odiabas o te odiaban, a los que te habían acosado o tratado mal–, una tarjeta de San Valentín. Te daban una lista con el nombre de cada alumno. Nadie podía quedarse fuera. Todos eran iguales, decía el profesor.

No pensabas en ello, simplemente seguías la lista. No te cuestionabas que las tarjetas que tu madre te había comprado para que las firmaras y llenases con ellas los sobrecitos dijeran cosas como *Te quiero*, *Eres la más dulce* y *Sé mío*. Aunque sí sopesabas cuál sería la menos cariñosa para dársela al chico que no paraba de llamarte mestiza, y a ti y a tu mejor amiga, bolleras.

Recuerdo que siempre había niños que no tenían tarjetas para regalar. Sus madres no les habían dado ninguna, porque no tenían dinero o estaban demasiado ocupadas, o por alguna otra razón. A esos niños no los castigaban, que yo recuerde. Se limitaban a sentarse con la cabeza gacha mientras las tarjetas que les entregaba el ojito derecho del profesor se amontonaban sobre sus pupitres. Normalmente eran los mismos niños que no tenían dinero para las excursiones de la clase (pero, de todos modos, tenían que venir al colegio esos días y se les ponían algunos deberes para pasar el rato), o para aportar en la colecta de un regalo para la profesora.

No todos eran iguales.

Después de repartir las tarjetas de San Valentín, había golosinas: bombones Hershey y esos corazoncitos de azúcar grabados con las mismas palabras de amor que las escritas en las tarjetas.

Nuestra tropa scout Brownie también tenía una tarea para San Valentín: convertir cartulina roja, cinta roja, tapetes de encaje blancos y saquitos perfumados en regalos: no para nosotras, sino para los ancianos de una residencia geriátrica. Fabricábamos los regalos de San Valentín en una de nuestras reuniones y, en la siguiente, teníamos que entregárselos en persona.

No era una tarea que esperásemos con ganas. No queríamos ir a ese lugar. Esa gente... Dios santo, ¿qué les había pasado? ¿Qué calamidad

los había descolorido, encorvado y arrugado? Todos se parecían lo suficiente como para ser parientes, pero eran tan distintos de nosotras; no creo que fueran *Homo sapiens*, dijo la sabelotodo de la tropa.

Las voces de pito, los temblores, el babeo, las bocas rumiando. La mujer más pequeña del mundo sentada en una cama muy alta –una cama de hospital, debía de serestiró el brazo y casi me arrancó el regalo de las manos. (Tuve mucho cuidado de que no tocara las mías con sus manos nudosas.) Una payasa: aspiró el aroma y fingió desmayarse sobre las almohadas. Esto la convirtió en *Homo sapiens*, y nos reímos.

Una vez repartidos los regalos de San Valentín, nos reunimos en la sala de estar para cantarles a los que no estaban postrados en la cama. Cantamos la «Canción de la sonrisa» y «Haz nuevos amigos», intentando no respirar demasiado hondo. Una mezcla nauseabunda, el perfume barato de los saquitos y el tufo en el aire. Entre el público había algunos que claramente no tenían ni idea de que estábamos allí. Nos miraban embobados, sin vernos, mientras otros daban golpecitos con sus pies empantuflados o mostraban su agradecimiento con sonrisas rígidas sin labios.

Ya casi habíamos terminado. Ya casi estábamos fuera de allí. Pronto podríamos volver a respirar libremente.

Sin embargo, de pronto un hombre se levantó con dificultad y vino hacia nosotras arrastrando los pies. Su brazo derecho se agitaba sin control. Al final del brazo: una mano con largos dedos enroscados, como una araña gigante color rosa. Vino directamente hacia mí –¿por qué a mí?– y la araña trepó por mi brazo, por mi hombro, mi cuello, mi barbilla.

Después, no tuve piedad. Imagínate cómo le hiciste sentir, dijo mi madre. Debí de captar algo al respecto en aquel momento. Pero lo que recuerdo es lo mucho que me impactó aquello, mucho después, cuando leí el poema en prosa de Baudelaire «La desesperación de la vieja». Una anciana calva y desdentada, destrozada cuando un bebé al que quiere abrazar se resiste con chillidos de miedo.

Ahora hay ciertos aromas empolvados o empalagosos capaces de despertar ese recuerdo. El miedo. La vergüenza. El anciano que vuelve tristemente a su asiento con los pies a rastras. La ira de mi madre. Baudelaire.

Hace unos años, a una alumna mía que sabía poco sobre las festividades cristianas le extrañó ver a algunas personas con una mancha de tierra en la frente. Como ese año el Miércoles de Ceniza caía justo unos días después del catorce de febrero, pensó que quizá se tratase de una especie de declaración en contra de San Valentín, dijo.

Y una vez, casi al final de una relación larga, al hombre con el que vivía se le ocurrió que debíamos salir a cenar a un restaurante fino

para celebrar San Valentín. Durante todo el tiempo que habíamos estado juntos, nunca había hecho una sugerencia así, no era su estilo, y por la forma en que la hizo ahora, en voz baja, mirando al suelo, fue cuando supe con seguridad que lo nuestro se había acabado.

Violet se equivocaba sobre el número de aventuras de Lily. Eran más de dos, tres o cuatro. Siempre quise estar casada, me dijo Lily una vez, pero nunca quise estar solamente con un hombre. Siempre le había parecido mal esperar que una persona se mantuviera fiel a otra –a otro cuerpo– hasta que la muerte los separase. Para ella, era un ejemplo de la crueldad de la sociedad: condenar el tipo de entusiasmo, aventura y conexión humana que puede hacer que una persona se sienta extremadamente feliz y viva. Insistió en que ella, al menos, había logrado ser una buena esposa para su marido sin renunciar a otros hombres. Opinaba que muchos matrimonios con problemas podrían salvarse si la gente fuera más sincera –y más libre de actuar en consecuencia– acerca de sus necesidades y deseos sexuales.

Tuve suerte, dijo. Llegué a la mayoría de edad con la píldora y en una generación liberada. Me espanta pensar cómo habría sido mi vida de haber nacido antes. Habría sido una de esas amas de casa locas, alcohólicas y adictas a los barbitúricos.

A cuántas mujeres he oído decir lo mismo.

Una vez que llegaron los hijos, dijo, le preocupaba más que ellos lo descubrieran y no tanto que lo hiciera su marido. En cualquier caso, siempre sospechó que su marido lo sabía y prefirió fingir lo contrario, pero no porque él también fuese adúltero, dijo; aunque no fuera totalmente fiel, no creía que mantuviera tantas relaciones sexuales fuera del matrimonio como ella ni de lejos. Yo más que nadie habría reconocido las señales, dijo.

Por supuesto, todo cambiaba con la edad.

Hay un período de tiempo, en la mediana edad, que es un verdadero campo minado, me contó. No estás del todo lista para dejarlo, pero tu radar sexual puede estar un poco desviado, y tienes que preocuparte cada vez más por no dar el espectáculo.

Y le perseguía –siempre– el espectáculo de su madre.

Tenía diez años cuando un niño del barrio le dijo, Mi madre dice que tu madre es ninfómana. Por la manera en que lo dijo, ella se dio cuenta de que él no sabía lo que significaba la palabra y esperaba que ella se lo explicara. En lugar de eso, Lily le arañó la cara.

Era uno de sus síntomas, dijo. (Era el turno de Lily: una de esas noches en las que unas cuantas de nosotras nos quedamos sentadas hasta tarde en una habitación a la luz de las velas, pasándonos un porro, compartiendo anécdotas.) Yo volvía a casa del colegio y la

encontraba con un hombre, normalmente un desconocido, pero a veces un hombre al que yo conocía, un vecino. Una vez fue un policía, y otra, el padre de una amiga de Lily.

Era parte de la enfermedad que había espantado al padre de Lily años atrás y que obligaría a su madre a entregar a Lily al cuidado de unos tíos.

No la echaba de menos, confesó. Me sentía culpable, pero no la echaba de menos. Estaba demasiado asustada y avergonzada para querer vivir con ella. Agradecí mucho mudarme a otra ciudad, donde nadie sabía nada de ella. De hecho, aunque venía a visitarnos con cierta frecuencia, y aunque hablábamos por teléfono al menos una vez a la semana, nunca volvimos a compartir casa.

Con el tiempo, gracias a los nuevos medicamentos, su madre se estabilizó lo suficiente como para que pudieran tener algo parecido a una relación normal. Pero esos mismos medicamentos fueron también responsables de los efectos secundarios que acortarían su vida. Murió el mismo día que nació el primer hijo de Lily.

Había algo en Lily –todo en Lily– que inspiraba fantasías de rescate. En un mar de jóvenes frágiles, ella destacaba como la que más probabilidades tenía de ahogarse. Una de sus compañeras de cuarto, muy resacosa, se fue de una clase para volver a la residencia, encontró la nota de Lily y dio la alarma. Un registro del edificio condujo al tejado justo a tiempo.

Lily pasó más o menos una semana en el hospital local, tras lo cual sus tíos accedieron a sus deseos de volver a la residencia universitaria en lugar de regresar a casa. Volvió a ser nuestro problema. Sus estados de ánimo lúgubres, sus ataques de llanto, sus amenazas de acabar con todo... Nadie diría que eso no era perturbador. Pero pocos se lo echaban en cara. Nosotras, que queríamos salvarla, estábamos dispuestas a perdonárselo todo. Incluso esa maldita guitarra.

Sin embargo, la Lily que conocimos y la que se graduó cuatro años más tarde eran personas distintas. Empezó yendo mal en las clases, pero en el último año lo había compensado con creces. Luego, mientras el resto de nosotras seguíamos a la deriva, sin saber qué queríamos hacer después –o para siempre–, ella siguió adelante, encontró un trabajo con buen sueldo, pagó los préstamos estudiantiles, se casó bien y formó una familia. Ella era la única que ahora parecía estar siempre segura de lo que quería y de cómo conseguirlo, y a pesar de sus altibajos a lo largo de los años, casi nunca se quejaba de su vida; desde luego, nunca manifestó nada parecido a un deseo de acabar con ella.

La mujer más cuerda que conocíamos, una esposa y madre feliz, cariñosa y responsable a la que simplemente le gustaba follar mucho y que, para que todo fluyera, necesitaba un montón de amantes,

complementados con polvos de una noche.

Parte de la transformación se debió a la edad, por supuesto, y no fue la única que maduró en aquellos años universitarios. Pero si le preguntases a Lily, ella diría simplemente: Olaf.

No es su verdadero nombre. No creo que nadie supiera nunca cuál era su verdadero nombre, al igual que nadie sabía con seguridad de dónde era. No era estudiante, no era profesor, no era un empleado de la universidad, pero, aun así, era parte del paisaje del campus. Imperdible. Casi dos metros de estatura, delgado aunque musculoso, pelo largo y despeinado de un rubio ceniza, ojos del azul frío de los lagos de montaña: de ahí lo de «Olaf». También conocido como el Vikingo. La edad, otro misterio. Pasados los treinta, seguro; más cerca de los cuarenta. Podías preguntarle sobre estas cosas, pero no ibas a obtener respuestas claras. De hecho, Olaf no hablaba mucho. Tampoco sonreía mucho.

Rumores: era un médico que había perdido su habilitación profesional. Había empezado en otro campus –Harvard– donde había formado parte del círculo que rodeaba a Timothy Leary. Fuese o no cierto, era, como Leary, un fervoroso creyente en los poderes beneficiosos de las drogas psicoactivas y consideraba una tragedia que, debido a su popularidad recreativa, se hubiera prohibido su uso clínico.

Olaf era conocido por fijarse en alguien –siempre una mujer, siempre joven y guapa, con los mismos ojos grandes estilo niño desnutrido, una criatura claramente problemática y vulnerable emocionalmente– y tomarla bajo su protección. Se hacía amigo de la mujer, se ganaba su confianza (algo que parecía conseguir con increíble facilidad) y entonces, durante cierto tiempo, le suministraba dosis de setas, mescalina o LSD. La guiaba con prudencia a través de sus viajes, animándola a hablar con libertad, si bien él rara vez hablaba, solo escuchaba. Y que Olaf te escuchara, decía Lily, era reconocer que nadie te había escuchado jamás en tu vida.

No podía pensar en nada especialmente sabio o maravilloso que él le hubiera dicho alguna vez, decía. Pero, de algún modo, en la seguridad de su espacio (un apartamento en un sótano no muy lejos del campus) y de sus brazos (sabía que el sexo tenía que ser parte de ello), se encontró a sí misma reflexionando, se vio a sí misma entendiendo cosas que nunca antes había esperado entender –sobre su infancia, por ejemplo; sobre su madre desequilibrada y el desertor cobarde de su padre– y, por primera vez, se sintió capaz de hablar sobre ellas.

Yo había compartido antes un montón de cosas con otra gente, dijo, pero esta era la primera vez que me veía capaz de poner en palabras los sentimientos. Y no se guardó nada, dijo.

Por muy vudú que sonara todo el asunto, los resultados eran reales. Cuanto más tiempo pasaba Lily con Olaf, más centrada estaba. Su ánimo se estabilizaba. Sus notas subían. Incluso tocaba mejor la guitarra.

Entonces, ¿por qué no acudía todo el mundo a este milagrero? Muchas lo habrían hecho, pero por más que sufrieras, no podías acudir a Olaf. Tenías que ser elegida. Él tenía que escogerte.

La ruptura, cuando llegó, fue brutal. Y durante un tiempo temimos que todo el buen trabajo de Olaf se perdiese. Pero parecía que ahora Lily era demasiado fuerte para eso. Lo pasó mal, pero se sobrepuso. Pronto empezó a salir con alguien que había conocido en la biblioteca, y ahora que era capaz de concentrarse mucho mejor que antes, empezó a tomarse las asignaturas en serio y descubrió lo satisfactorio que podía ser el trabajo académico.

Estaba demasiado agradecida hacia Olaf para sentirse traicionada cuando la sustituyó por otra chica, dijo. Además, siempre había sabido que ese era su modo de ser, él no le había prometido nada, nunca le había dicho que la amaba. Y ahora que todo había terminado, veía que, en realidad, nunca había estado enamorada de él, no de una forma romántica. Entonces, ¿qué tipo de relación era? No era del todo amor, ni amistad, ni eran gurú y discípula. Era un tipo de vínculo totalmente diferente, decía ella. (Terapeuta y paciente, aunque del tipo menos ortodoxo, era lo que me resultaba más parecido.)

Lo que siempre lamentó fue haber perdido el contacto. A menudo pensaba en él, y a lo largo de los años intentó retomarlo varias veces, o al menos tener noticias suyas, sin suerte.

Desapareció, decía. ¿Había existido de verdad? Olaf. No es su verdadero nombre. El Vikingo. Con los años parecía cada vez menos una persona real. Más bien parecía una alucinación que pudo haber tenido durante uno de sus viajes, dijo.

Hasta que un día, me dijo, más o menos cuando cumplió cincuenta años, estaba en una playa, dando un paseo por la orilla, sola, cuando una brisa sopló desde el agua, y...

No sé cómo explicarlo, dijo, pero él estaba allí. Recuerdo que esa mañana me desperté justo antes del amanecer con ganas de dar un paseo mientras la playa estaba desierta.

El último día de unas vacaciones en familia, todos los demás aún dormían.

El aire estaba muy quieto, incluso sobre el agua, dijo ella, pero entonces llegó esa ráfaga repentina llena de gotitas frías. Y él estaba allí. Fue un shock tan fuerte que tuve que parar y sentarme en la arena. Y, al minuto siguiente, fue como si todo lo que habíamos vivido juntos volviera a mí como una avalancha increíble: cada mirada, cada palabra, cada caricia. Y la nostalgia, el dolor de esa pérdida; era

insoportable, dijo. Empecé a llorar tan fuerte que creí que se me desgarraban las tripas.

Al principio pensé que estaba teniendo un flashback de LSD, recordó ella, aunque Olaf siempre decía que eso era una leyenda. Tuve miedo de estar sufriendo algún tipo de ataque cerebral, incluso de estar muriéndome. Pero pronto se me pasó. Cesó el dolor, cesó el miedo y me calmé. Me sentí mecida. Alguien me mecía. Ya no oía las olas ni las gaviotas. Solo había un silencio profundo a mi alrededor, a nuestro alrededor.

Estaba segura de que Olaf acababa de morir y que había venido a ella para decírselo. Y para decirle que todo iba bien.

La parte que no me resultaba nueva, dijo –la parte que yo conocía demasiado bien–, era esa devastadora sensación de pérdida. Era exactamente lo que había sentido al perder otras personas, dijo. El mismo anhelo, la misma pena. Es lo que sientes cuando se muere alguien.

Pero nunca le había pasado, dijo, que el espíritu de alguien la buscara.

Pensé que tal vez el luto que Lily sintió en aquel momento junto al mar no era en realidad por Olaf, sino por aquella etapa concreta de su vida: aquellos días lejanos, aquellos días perdidos de juventud.

Y aquí viene otra cosa. Y otra cosa extraña. Desde que escuché esta historia, muchas veces me ha venido a la mente. De la nada me imagino a Lily en aquella orilla y recuerdo cómo describió la abrumadora sensación de pérdida, y cómo Olaf estaba allí para consolarla. En momentos de dolor –como cuando, no hace mucho, un pariente cercano murió inesperadamente– he obtenido consuelo al recordar sus palabras.

Ella habría dicho que era el espíritu de Olaf. Pero yo ni siquiera lo conocía, ¿por qué iba a buscarme su espíritu?

No soy supersticiosa. No creo en los espíritus. Y, sin embargo, el consuelo era real.

El primer problema era este. Una de las autoras de Violet, Iris, estaba en California con su marido, donde habían ido a visitar a los padres de él. Era el setenta cumpleaños del suegro de Iris, y habían planeado una gran fiesta. La intención era estar fuera más o menos una semana, pero nada más llegar empezó el confinamiento. La fiesta se había cancelado –gracias a Dios, dirían pronto todos, cuando la sola idea de una gran fiesta se había vuelto aterradora– y ahora su vuelo de vuelta también se había cancelado. No tenían ni idea de cuándo regresarían.

Por suerte, los suegros tenían una casa espaciosa en Palo Alto donde podían pasar la cuarentena cómodamente todos juntos. Pero Iris estaba ansiosa por volver a casa cuanto antes. Tras muchos intentos, en el umbral de la mediana edad, por fin se había quedado embarazada, y su primer bebé iba a nacer en diez semanas.

Antes de marcharse a California habían conseguido que alguien se quedara en su apartamento. Tenían un pájaro al que no podían dejar solo más de un par de días. Era un loro, un guacamayo, una raza muy inteligente y sociable que necesitaba mucha atención. Los loros desatendidos sufrían cambios drásticos de personalidad, explicó Iris, a veces hasta la locura. (En el instituto tuve un profesor que tenía todo un aviario de loros rescatados, y yo sabía que Iris no exageraba.)

La persona que había accedido a cuidar del pájaro era el hijo de un amigo, un estudiante de la Universidad de Nueva York, alguien que ya les había cuidado el loro anteriormente. Pero ahora no quería estar allí. De hecho, ya se había ido. La universidad había cerrado, todos sus amigos se habían ido de la ciudad, él no tenía ningunas ganas de quedarse encerrado solo en un apartamento ajeno en una ciudad donde un virus mortal estaba haciendo estragos fuera de control. Quería volver a Vermont, a su casa. Se había marchado avisando en el último momento para aprovechar el viaje con otro estudiante que iba a Vermont. Había dejado comida y agua de sobra para el pájaro y había salido pitando, según Iris, sin intención de volver hasta que volviesen a programar clases presenciales.

Aunque Iris tenía amigos entre sus vecinos a los que podría haber recurrido, todos se habían marchado también, huyendo como tantos otros neoyorquinos a sus casas en el campo. De hecho, los diez apartamentos del edificio de Iris, un piso cerca de Madison Square Park, estaban vacíos.

Prefería no pedírselo a alguien que necesitase algún tipo de transporte, explicó Violet. Está buscando a alguien que pueda ir caminando, por eso pensé en ti.

Lo vi no tanto como un favor sino más bien como un regalo del cielo. Una excusa para pasar al menos una parte de cada día en otro espacio. Y vaya espacio.

Considéralo el encuentro entre una gran imaginación, un gusto excelente y un montón de dinero, dijo Violet.

Ella e Iris se habían hecho amigas cuando Violet estaba editando un libro ilustrado de gran formato que Iris había escrito sobre diseño de interiores. Iris y su marido, que era arquitecto, habían trabajado juntos en varios proyectos, incluido su apartamento en NoMad y otra casa que habían creado a partir de lo que en su día fue un viejo monasterio en algún lugar del norte del estado. Tenían una tercera casa en Marfa, Texas, que aún estaba sin terminar.

Yo había visto fotografías de las tres casas cuando hojeé el libro de Iris en la fiesta que dio Violet con motivo de su presentación, y supe por qué Violet dijo del apartamento, A lo mejor no vas a querer marcharte nunca.

El estudiante, que me pareció un cretino irresponsable, tenía tanta prisa por marcharse que olvidó dejar la llave. Pero no importaba, dijo Iris; había avisado al encargado del edificio para que me dejara otra llave en la portería. Aunque los residentes se habían ido por el momento, a los empleados del edificio los habían considerado trabajadores esenciales y acudían a diario. Una más de las innumerables extrañezas de la vida en el confinamiento: todo un edificio boutique de lujo y su personal al completo solo para mí y un viejo pajarito.

Sería ideal si pudieras estar allí durante varias horas al día, me dijo Iris. No es que tengas que pasar cada minuto con él, pero que sepa que no ha sido abandonado. Necesita ejercicio físico y mental diario, y mucha admiración. Le encanta pavonearse. Se ha mirado al espejo y sabe lo hermoso que es.

(Ese loro es un pavo real.)

Se llamaba Eureka y era de raza miniatura; medía solamente la mitad que la mayoría de los guacamayos grandes. Era todo verde salvo un toque escarlata en cada hombro y parches blancos alrededor de los ojos. De un tono de verde tan brillante y frondoso que mirarlo era refrescante, como una mata de flora tropical. Una de esas razas célebres por ser capaces de imitar el habla, pero, según Iris, no muy hablador.

Nunca nos interesó del todo, dijo, ser como muchos otros propietarios de loros. Esa gente a la que le divierte enseñar a sus pájaros a decir palabrotas. Nos encanta mirarlo y jugar con él y, por

supuesto, le hablamos, pero nunca hemos intentado enseñarle a repetir lo que decimos. Sin embargo, entiende cosas. Yo solía hacer una clase de yoga en línea todas las mañanas y no di crédito la primera vez que le oí recitar *Om*.

Teníamos una gata, dijo Iris. Una bengalí. Ella *sí* que era habladora. Maullaba constantemente, y Eureka le devolvía el maullido. De hecho, descubrió que, si él estaba en su jaula y ella en otra parte de la casa y él maullaba con suficiente insistencia, podía hacerla aparecer. Le encantaba ese truco. Y cuando estaban juntos no era raro que mantuvieran toda una conversación. Era una cosa adorable, aunque también podía sacarte de quicio. A veces, también imitaba su ronroneo, o eso creíamos, aunque más bien parecía un trino.

La gata ya era bastante mayor cuando les llegó Eureka, dijo Iris, y murió el año pasado. Tras eso y durante un tiempo, Eureka maullaba y, cuando la gata no venía, se quedaba callado y se quedaba abatido en su percha.

Yo pensaba que debía estar echándola de menos tanto como yo y eso me partía el alma, dijo Iris. Incluso ahora a veces maúlla, y pensamos que debe de estar recordándola y pensando: Vamos a intentarlo de nuevo, quizá esta vez venga.

Si yo tuviera un loro, no creo que pudiera resistirme a enseñarle a hablar. Recuerdo lo emocionados que estábamos cuando el profesor del colegio nos invitó a visitar su aviario. No podía creer lo grandes que eran algunos de los pájaros. Algunos también daban miedo. Como Lucifer, que no era un loro, sino un cuervo enorme que nos miraba desde el hombro del profesor. Nos advirtieron que ni siquiera señalásemos a Lucifer. Creedme, dijo el profesor, está esperando que uno de vosotros le alegre el día.

Había una cacatúa que no paraba de girar la cabeza de un lado a otro diciendo, ¡Vaya peste! Y una guacamaya escarlata que chillaba una y otra vez, ¡Di algo! ¡Di algo! La profesora dijo que probablemente expresaba su frustración al oír a la gente decir eso todo el santo día (su anterior hogar había sido una tienda de animales exóticos en un concurrido centro comercial).

Y sí, más de uno de ellos procedía de hogares donde habían aprendido a decir palabrotas, cosa que avergonzó a la profesora y levantó ampollas en no pocas madres, pero logró que los niños casi nos hiciéramos pis de felicidad en los pantalones.

El más impresionante de todos era Fígaro, que cantaba fragmentos de ópera. Desafinaba, pero daba igual. Desde entonces he descubierto que no son raros los loros que cantan, bailan, maúllan y son malhablados. (Véase: YouTube.)

Dado lo mucho que pueden llegar a vivir los loros –algunos incluso hasta los cien años–, se me ocurre que quizá algunos de los pájaros del

profesor sigan con nosotros. El propio profesor, si no recuerdo mal, era de mediana edad. ¿Qué pasó con los pájaros que le sobrevivieron? Recuerdo que nos contó que una de las razones por las que había tal abundancia de aves rescatadas era que muchas de ellas sobrevivían a sus dueños.

Eureka tenía unos cinco años, dijo Iris, y podría vivir otros veinticinco más o menos. (2045, pensé. ¿Cómo sería el mundo para entonces?)

A veces, dijo Iris, Eureka habla solo. Al menos eso es lo que parece. Se le oye murmurar, en una vocalización distinta que cuando se dirige a alguien más. Grazna cuando quiere atención, y si esa atención no es suficiente puede llegar a gañir de enfado. Pero, aunque a veces puede ser bastante ruidoso, gracias a Dios no es chillón.

Otra de las principales razones del gran número de aves rescatadas: la gente descubre que ellos –o sus vecinos– no soportan el barullo.

Tenemos suerte de vivir donde vivimos, dijo Iris. (Los pisos de su edificio, de construcción sólida, ocupaban toda la planta, con techos altos y material grueso entre los pisos.)

Con mayor razón, entonces, resultó desconcertante que Eureka chillase. Chilló la primera vez que me vio. Y teniendo en cuenta que un loro que grita es un loro angustiado, no fue una presentación muy prometedora.

Yo lo tomé quizás como una sorpresa: era difícil que hubiera estado esperándome (¿*Miau*?). O podría haber sido pura decepción. Después de todo, yo era una extraña, no era de su bandada.

Sin embargo, como todos los de su especie, Eureka era listo. No tardó mucho en comprender las cosas. Yo estaba allí para servirle, y por mucho que echara de menos a su familia, lo aprovecharía al máximo. Si yo era la única con la que jugar a lanzar y recoger, pues jugaría. Y si la prueba consistía en cuánto le admiraba una persona, bueno, era una prueba que yo había pasado con facilidad. Era tan bonito que cada vez que lo veía era como volver a verlo por primera vez.

En cualquier caso, no podía estar más agradecido por mi compañía que yo por la suya. Ninguna hora de aquellos días insólitos y angustiosos pasó más rápido que las que pasé entretenida con él. Todos los días me levantaba con ganas de hacer este sencillo plan: caminar varias manzanas por las calles extrañamente vacías y ocuparme de mi obligación plumífera. Era una de las pocas cosas que me sentía segura de poder llevar a cabo y que no me hacía preguntarme, ¿Por qué estoy haciendo esto?

La cura de muchos males, lo llaman. Para aliviar el estrés y la ansiedad, para consolarte durante el duelo, la tristeza y la pérdida: busca a alguien que necesite tu ayuda.

No solo las personas que vivían aisladas decidieron acoger o adoptar a un animal de compañía durante el confinamiento. Incluso los que vivían día tras día en hogares abarrotados, agotados ante la falta de intimidad, veían el cuidado de un animal no como una imposición más, sino como un consuelo y una distracción. Algunos que, por alguna razón, no podían tener un perro o un gato, se hicieron con otro tipo de mascota, un pájaro, por ejemplo, o una cobaya. Una persona que conozco se agenció un par de ratas. Otra, una serpiente. Lo que sea que te ayude a pasar la noche: no he conocido a ninguna, pero sé que hay personas que tienen insectos y arañas como mascotas, entre las que destacan las cucarachas silbadoras y las tarántulas.

Todas esas historias compartidas de una u otra criatura que ha sacado adelante a un ser humano, le ha infundido esperanza y le ha salvado la cordura. El alivio que se obtiene al ver vídeos de animales, incluidas las retransmisiones en directo de animales salvajes y del zoo. (Conozco a una psiquiatra que lleva años recetando a sus pacientes deprimidos ver vídeos de animales.) El efecto alentador y calmante de observar a criaturas vivas dedicadas a sus inocentes quehaceres, ajenas a la crisis que había puesto patas arriba el mundo de los humanos, aunque algunos animales también fueran susceptibles de infectarse. Osos panda en un zoo cerrado que se aparean con éxito por primera vez en diez años, un loro que juega al cucutrás con el gato del vecino: algunos confesaron ver estos vídeos una y otra vez.

Me sorprende que tantos vídeos de animales los muestren divirtiéndose. Como el que pilló a un cuervo bajando repetidamente en trineo por un tejado nevado sobre la tapa de un tarro.

Eureka me hizo desear tener mi propio pájaro. Pero era una sensación familiar. No soy capaz de pasar por delante de una granja sin soñar con tener mi propia vaca. Mi propia cabra, mi propio cerdo. Si no un caballo, quizás un poni o un burro. En cualquier caso, aunque he tenido varias mascotas, entre las cosas de las que más me arrepiento está el no haber tenido más animales en mi vida.

Nunca estoy segura de cómo responder a la pregunta sorprendentemente común: ¿Qué habría sido si no fuese escritora? (¿Por qué quiere saberlo?) Pero siempre pensé que podría haber

encontrado satisfacción trabajando con animales. No como veterinaria –nunca habría podido ser médico de ningún tipo–, pero sí como zoóloga o adiestradora. (Como muchos que carecen de paciencia al interactuar con otros humanos, en lo que respecta a los animales tengo todo el tiempo del mundo.)

Una vez, cuando era joven, tuve una entrevista de trabajo en la que me pidieron que nombrara a una persona cuya vida envidiara y que dijera por qué, e inmediatamente dije Jane Goodall. (Sigue siendo cierto. Más que nunca, quizá, ahora que, aunque ha llegado a una edad muy avanzada, sigue aferrada a su labor conservacionista y ha declarado que, a pesar de todos los funestos pronósticos, todavía no ha perdido la esperanza en el mundo.)

Goodall y sus chimpancés, Penny Patterson y Koko, Irene Pepperberg y Alex. Siempre sentiré envidia hacia la gente que desarrolla vínculos extraordinarios con miembros de otras especies. (Una fantasía relacionada: ¿quién no querría ser el chico que se ganó la confianza de E.T.?)

Como la mayoría de los anhelos profundos, este empezó en la infancia. Primero vi la versión cinematográfica de *Nacida libre* y luego leí el libro. Dame una razón por la que no pudiera convertirme de mayor en Joy Adamson, mudarme a Kenia, criar a mi propia leona huérfana y –como ya sabía que iba a ser escritora– publicar un superventas sobre ello.

Puede que «Jane Goodall» no fuera la mejor respuesta, dado que el trabajo, que no conseguí, era de secretaria en una consultoría de gestión. Y resultó que el entrevistador nunca había oído hablar de ella.

Algunos años antes hice enfadar a un profesor de primaria con mi respuesta a la pregunta, ¿Qué quería ser de mayor? Pensó que había dicho domadora de leones para hacer reír a la clase. Para ser justa, a veces sí que decía cosas solo para hacer reír a la clase.

De niña, a Goodall le encantaban los libros de Tarzán y el Doctor Dolittle. Jugaba con su chimpancé de juguete, Jubilee, y soñaba con ir a África algún día y tener la oportunidad de observar a los de verdad. Mientras tanto, se convirtió en ornitóloga.

Entre las aficiones pandémicas, la observación de aves ocupaba un lugar destacado en la lista de las más populares. Fue una suerte que la primera oleada coincidiera con la migración primaveral. La alegría vicaria al observar criaturas que eran libres para volar y socializar entre ellas. Parte del encanto procedía de prestarle atención a algo en lo que nunca te habías fijado porque siempre estabas demasiado distraída. Algo corriente. Algo bonito. Construir nidos, aparearse, pelearse, alimentarse. Y pensar que todo eso había estado ocurriendo justo al otro lado de la ventana. Y con el ruido habitual de la actividad humana enmudecido, es mucho más fácil apreciar el canto de los

pájaros.

Los conservacionistas animaban a los observadores de aves a estar atentos también a los pájaros muertos, muchos de los cuales habían sido víctimas de choques con los edificios. Una mujer que caminaba por los alrededores del World Trade Center encontró más de doscientos cadáveres en una hora. Si encontrabas un ave herida, que también había muchas, te pedían que colaborases llevándola a un hospital de animales salvajes. «Ayudar a un animal salvaje es lo mejor del mundo», escribió un rescatista en su blog. «Resultan tan mágicos en tu mano.»

Del tráiler de un documental francés sobre la naturaleza que sería la primera película que vi en cuanto volvieron a abrir los cines: «Encontrarse con un animal es rejuvenecedor. Te abre una puerta al otro lado. A lo incomunicable».

No existe una sensación mejor. Así describe un naturalista la experiencia de estrechar lazos con una criatura salvaje. En su caso, con un pulpo que vive en un bosque submarino de algas en el Cabo Occidental de Sudáfrica. Su encuentro tuvo lugar en un momento de crisis para Craig Foster, que llevaba unos dos años con depresión y se veía incapaz de continuar con su trabajo como cineasta. Él mismo diagnostica parte de su malestar como un profundo anhelo de estar dentro, y no fuera, del mundo natural, algo que lleva tiempo sintiendo exasperantemente. Así que empieza a bucear a diario.

Al principio, dice, se dio cuenta, poco después de ver el pulpo hembra por primera vez, de que había algo que aprender de ella. Decide visitarla todos los días y observar cómo vive. Pero no podría haberlo hecho sin su confianza, y el momento en que ella le revela no solo que confía en él, sino que la curiosidad es mutua, marca el principio de su salvación.

Durante más o menos un año –el tiempo de vida del pulpo– el hombre y el molusco son amigos. Su desesperación se aligera. Vuelve a ser capaz de trabajar. Empieza a rodar el material que se utilizará para un documental sobre los dos. La inolvidable escena en la que ella extiende un tentáculo para tocarle la mano por primera vez. Y otra, cerca del final, cuando ella se adhiere a su pecho en un abrazo.

Antropomorfismo, decían algunos científicos. Proyección. No es realmente amistad, sino más bien la eliminación de una barrera de miedo, y una familiaridad que permite una mayor intimidad. (En una palabra, amistad, ¿no?)

Animales que se diviertan. Hay una escena en la que, aunque no está del todo seguro, a Foster le parece que el pulpo está jugando con un banco de peces.

Fue lo salvaje que representaba el pulpo lo que le cambió, dice

Foster. Al permitirle entrar en su mundo, llegó a ser no solamente su amiga, sino también su maestra. Durante los meses en que la siguió y estudió, ella le enseñó a sensibilizarse con el medioambiente y con las criaturas salvajes, y cambió también su relación con los humanos.

Según nos cuenta, nunca había sido sensible hacia los animales. Pero ahora no solo sentía afecto por el pulpo, sino también orgullo hacia su capacidad de supervivencia. Eludir a los depredadores, idear estrategias para cazar comida, recuperarse del ataque de un tiburón que la dejó lisiada: qué inteligencia, qué ingenio, se maravilla él. Qué agallas.

Su lucha a lo largo de su vida, a menudo desafiante, le parece un reflejo de su propia vida a medida que se recupera, recompone sus piezas y recobra la confianza en sí mismo. Es el tipo de autoconfianza que ahora se siente preparado para inculcar a su hijo, un naturalista en ciernes, que empieza a bucear con él. Y observa cómo el chico va absorbiendo una lección aún mayor: la delicadeza.

La delicadeza es lo más importante que pueden enseñar horas y horas en la naturaleza, dice Foster.

Me hizo sentir lo valiosos que son los espacios naturales, dice. Empiezas a preocuparte por todos los animales, incluso por los más diminutos, comprendes lo vulnerables que son sus vidas, lo vulnerables que son todas las vidas. Empiezas a pensar en tu propia vulnerabilidad y en la muerte, en tu propia muerte.

Y en las horas y horas que pasó explorando el bosque de algas, se quedó atónito una y otra vez por la inteligencia –la genialidad– de lo que él llama la mente del bosque, un gran cerebro submarino desarrollado a lo largo de una eternidad, y por el sofisticado trabajo que realiza para mantenerlo todo en equilibrio.

Probablemente a la mayoría de las personas les costaría creer que un pulpo salvaje pudiera interactuar afectuosamente con un ser humano si la prueba no se hubiera filmado. A mí me habría costado creerlo. Pero es que nuestra estimación de la capacidad de los no humanos para pensar y sentir siempre ha sido errónea, tal como finalmente estamos empezando a comprender. Si hubiéramos prestado más atención, desde el principio, cuánto habríamos aprendido sobre lo que significa ser un animal, sobre cómo vivir en la naturaleza, con la cual los animales humanos han estado tan a menudo en conflicto destructivo. (Sentir que no eres un visitante, sino parte del mundo natural es una diferencia asombrosa, dice Foster.) Cuántas depresiones nos habríamos ahorrado. Pensemos en todas las extinciones que se podrían haber evitado, cómo nuestra propia especie y el planeta al

completo se podrían haber salvado.

Antropomorfismo: deberíamos haberlo convertido en nuestra religión, oí decir una vez a un activista medioambiental. Irracional, pero qué religión no lo es. Y consideremos cuántas otras creencias irracionales ha abrazado siempre la gente.

Antes de salir del agua, quiero citar a otra buceadora y directora de documentales. Odio ser vieja, decía Valerie Taylor, que tenía entonces ochenta y cinco años. Pero al menos eso quiere decir que estuve en el océano cuando era prístino. Ahora es como ir adonde había una selva tropical y ver un campo de maíz.

Aquí, como freno contra la misantropía, en la que hoy en día es demasiado fácil caer, y en la que una nunca debería permitirse caer, me recuerdo a mí misma que algo en Foster le hacía ver al pulpo que merecía la pena el riesgo de mostrarse vulnerable hacia este hombre. Al fin y al cabo, podía ser un cazador, un depredador, como suelen ser los hombres. (Todos los animales desconfían del hombre, observó Rousseau, y no se equivocan.) Tan malo como los tiburones de los que debe huir y esconderse constantemente.

Pregunta: ¿Qué la llevó a confiar en él? Pregunta más importante: ¿Qué le hizo encariñarse con él?

Foster pensó que, dada su alta inteligencia, fue su propio interés y cierto deseo de estimulación lo que debió de motivarla. Convincente. ¿Pero no crees que debe de haber algo más, alguna cualidad humana, alguna bondad que ella notó, que hizo posible su improbable vínculo?

Creo en la biofilia humana. Creo que la afinidad con otros seres vivos, el deseo de estar junto a ellos y de conectar con ellos, y el amor por la belleza natural se encuentran en nuestro ADN. Cómo cuadrar esto, sin embargo, con lo que ve cualquiera que viva en nuestros días: el impulso humano de afear cada vez más el mundo y, al final, destruirlo.

Un nuevo temor: que los antiecologistas enfurecidos y los negacionistas del clima, al identificar los esfuerzos de conservación con su enemigo izquierdista y progubernamental, fomenten el ecocidio, descargando su odio contra la propia naturaleza.

Camiseta vista a un pasajero de avión: «Dispara a un lobo, haz llorar a un liberal».

La pasión de Valerie Taylor eran los tiburones. A veces muerden. Cuando eso ocurría, decía, me quedaba quieta y esperaba a que me soltaran, porque habían cometido un error. (¿Antropomorfismo?) No es que espere que los demás se comporten igual que ella. Solo quiere que dejemos de masacrarlos.

Cuando apareció *Lo que el pulpo me enseñó* –después de medio año de tristeza pandémica y en medio de un ciclo incesante de noticias sobre la injusticia racial y social, la crisis climática, el aumento de la

delincuencia violenta y el declive de la democracia–, a muchos espectadores les pareció misericordioso.

Fue el tipo de historia que me hace pensar que debería haber cambiado mi vida. En lugar de eso, la he desperdiciado.

El segundo problema era el siguiente: Llevaba una semana cuidando al pájaro cuando supe de otro amigo que tenía problemas. En realidad, era la hermana del amigo. Era una neumóloga jubilada de Oregón que había venido a Nueva York como voluntaria para ayudar a tratar al creciente número de enfermos por coronavirus. Mi amigo y su familia se habían mudado a su casa de campo en Connecticut, y él había dejado que su hermana se quedase en su apartamento mientras tanto. Pero ahora, bajo la presión de unos inquilinos asustados, el administrador del edificio le había exigido a la médico que se marchase.

Poco civilizado, desde luego. Pero al menos no la apedrearon ni le echaron lejía, como ocurría en otras partes del mundo.

La solución obvia, al menos durante ese momento incierto (y ¿no estábamos todos hartos de oírlo?: la incertidumbre era la única certeza que se tenía), era que ella se quedara en mi casa y yo en la de Iris.

La verdad es que es un alivio, dijo Iris, que cada vez se sentía más preocupada porque Eureka pasara demasiado tiempo solo.

No era la primera vez en mi vida que deseaba tener un pájaro y, de hecho, un loro era exactamente el tipo de pájaro que hubiera querido. Un loro grande y bonito como los que había visto en el aviario de mi profesor y en el zoo. O, si eso era mucho pedir, tal vez algo más manejable: un periquito o un canario.

Sin embargo, lo que siempre me lo impedía era la jaula. Convivir con un animal nacido para volar confinado en una jaula me habría molestado, y la idea de cortarle las alas sonaba espantosa. (Por suerte, cortarle las alas no era una de mis tareas. Iris recurrió a los servicios de un peluquero profesional, un hombre que vino completamente disfrazado con una mascarilla respiratoria que le cubría toda la cara y que no me dirigió la palabra ni una sola vez. También se ocupó de las garras de Eureka.)

Yo me hacía preguntas sobre Eureka. ¿De dónde había salido? Iris no me lo había dicho, pero supuse que se lo había comprado a un criador: la única manera ética –y estaba segura de que la única legal– de hacerlo. Sabía que algunos loros silvestres, incluidos casi todos los guacamayos, estaban en peligro de extinción, que algunas especies ya se habían extinguido y que una de las principales razones, además de la pérdida de su hábitat, era la captura de aves para el comercio de mascotas. Yo sabía que muchas aves tropicales aún no declaradas en

peligro aparecían en las listas de las consideradas amenazadas o vulnerables.

Para estar cautivo, Eureka era inusualmente afortunado. Tenía algo más que una jaula. Tenía su propia habitación. En la que el famoso equipo de diseño de Iris y su marido había aplicado su maestría, al igual que en el resto del piso, creando algo parecido a un recinto zoológico. En la habitación había una gran exuberancia de helechos y otras plantas, por el momento también a mi cargo.

Estuvimos investigando, me dijo Iris, para asegurarnos de que nada fuese tóxico para los guacamayos. Habían pintado las paredes con lo que, de acuerdo con otras investigaciones, se parecería a una parte de la selva tropical sudamericana donde la raza de Eureka habitaba en estado salvaje. Para recordarle su hogar, supuse, aunque era un hogar que nunca había conocido ni conocería. Entre el follaje había mariposas brillantes, flores exóticas y otras aves silvestres, todas exquisitamente dibujadas y de colores vibrantes, así como un par de monos de rasgos profundamente expresivos y vívidos.

Todo me recordaba a las escenas selváticas de Henri Rousseau, y es que, de hecho, los murales eran obra de un artista profesional al que se le había encargado pintarlos.

La más pequeña de las tres habitaciones del piso era lo suficientemente grande como para albergar una jaula inmensa de acero inoxidable con cúpula, que ocupaba la cuarta parte del espacio. (Pensé en esto varios meses después, cuando leí un artículo sobre la imposibilidad, para algunas personas, de mantener las distancias con los demás durante el confinamiento. Por ejemplo, en una zona de Hong Kong donde, según el *New York Times*, el espacio estándar por persona era de cuatro metros cuadrados y medio, menos de un tercio del tamaño de una plaza de aparcamiento en Nueva York. Y de nuevo, cuando recordé que el apartamento en un sótano que la poeta Marianne Moore había compartido con su madre era tan estrecho que comían sentadas en el borde de la bañera. Lo que, a su vez, me hizo pensar en otro poeta, Joseph Brodsky, al recordar el minúsculo espacio que se labró mientras vivía en la única habitación que conformaba toda la casa suya y de sus padres en Leningrado: «Aquellos diez metros cuadrados eran míos y fueron los mejores diez metros cuadrados que he conocido en mi vida».[5])

Dentro de la jaula había perchas de diferentes alturas, cuerdas para trepar y una escalera de cuerda para balancearse. Fuera de la jaula había una zona de juegos especialmente diseñada, con una percha de madera como un pequeño árbol donde Eureka solía pasar la mayor parte del día. El árbol tenía una serie de ramas de diversas alturas para que pudiera subir y bajar, cosa que parecía gustarle. Pero su lugar preferido era la rama más alta, que lo colocaba al nivel de mis

ojos. Podía pasarse mucho tiempo recorriéndola poco a poco, llegando casi hasta el final de un lado y volviendo al otro pasito a pasito –¿era un juego?–, y yo podía pasar mucho tiempo observándolo. Observando cómo me observaba, en realidad. Primero con un ojo, luego con el otro, con las pupilas contrayéndose y dilatándose –pequeña mediana grande, pequeña mediana grande–, lo que más tarde aprendería que se llamaba «ojo clavado». (En el armarito donde se guardaba la comida de Eureka y otros productos para mascotas, encontré algo de información sobre loros, que leí.) A veces llegaba tan lejos que se caía del borde, y entonces tenía que agarrarse, abriendo las alas, graznando en lo que yo creía que era solo un simulacro de alarma, a punto de perder el equilibrio, pero sin que eso sucediera. Sin duda, un juego.

La habitación tenía dos ventanales y recibía mucha luz. Esto era importante porque un loro necesita luz natural, y aunque Iris a veces sacaba a Eureka al parque, no quería que yo lo intentase, ya que incluso un pájaro con las alas cortadas es capaz de volar cierta distancia, sobre todo si hay viento. Y había muchas formas de que un pájaro acabase mal al aire libre. Había coches. Había perros. Al parecer, el célebre (aunque a menudo exagerado) valor de los loros tentaba a un número creciente de ladrones. Un guacamayo jacinto azul atado a una percha en un patio trasero de Brooklyn había sido secuestrado y retenido por alguien que pedía un rescate de cincuenta mil dólares.

Eureka estaba bien adiestrado –trepaba obediente a mi brazo cuando había que meterlo en la jaula o sacarlo de ella–, pero, como la mayoría de los de su especie, podía ser caprichoso, y no había modo de saber cómo se iba a comportar con alguien a quien no conociera. Iris dijo que debía acordarme siempre de mantener cerrada la puerta de la habitación cuando Eureka estuviera fuera de la jaula, porque el resto del piso no estaba protegido contra los pájaros. Y, por supuesto, no queremos sus excrementos por todas partes. Su percha de pie también le servía para hacer caca, y le enseñaron a usarla (¡quién iba a decir que se podía enseñar a un pájaro a hacer sus necesidades!), pero yo tenía que estar lista para accidentes.

Mirar por la ventana lo excita, dice. Las palomas, en particular, lo excitan, y si pasa una bandada o una se posa en el alféizar, es casi seguro que se hará caca. (Oh, Eureka, ¿qué se siente al ver a otras aves sobrevolando el cielo, libres, libres, libres?)

El hombre que lo había cuidado antes que yo claramente no había seguido las instrucciones. Encontré caca con costra en el respaldo de uno de los sofás del cuarto de estar. Había estado durmiendo en el dormitorio principal y lo había dejado hecho un desbarajuste, con la cama sin hacer, un par de calcetines hechos una bola y una camiseta

en el suelo. También había un cuenco de cereales sin lavar en el fregadero de la cocina, un cenicero sucio en la mesa del comedor y un persistente olor a cannabis.

Nuestra asistenta vive en Queens, me dijo Iris. Suele venir dos veces por semana, pero se está quedando en casa con sus hijos hasta que sea seguro reabrir el colegio. Creo que las limpiadoras son consideradas trabajadoras esenciales, dijo Iris. Si quieres, puedo encontrar una empresa que te limpie el piso mientras estás allí.

Le dije que no quería. Pero tampoco quería tener la responsabilidad de ocuparme yo misma de un lugar tan grande. La solución, pensé, era limitar mi uso del piso. Necesitaría la cocina, claro, pero no cocinaría más que en mi propia casa, es decir, casi nada.

Había una cocina descomunal con seis placas y una plancha, dos hornos y ocho modos de cocción diferentes. Busqué en Google la diferencia entre «horneado» y «horneado por convección» y «convección auténtica» y lo que «prueba» quisiese decir.

Es bueno saberlo, pero no iba a ponerme a hacer pruebas con ninguna masa mientras estuviera allí. No me iba a dejar llevar por la manía de la repostería –tan extendida que había generado escasez de harina– por muy tentadoras que fueran las recetas virales de los pasteles y galletas que se promocionaban como la Comida Reconfortante Que Ahora Todos Necesitamos. (Al mismo tiempo: informes de una crisis de aumento de peso, los seis kilos de la cuarentena se convirtieron rápidamente en los nueve kilos de la cuarentena, y más, hasta que alcanzamos una media nacional de trece kilos. Un adolescente declaró haber engordado el doble de esa cantidad.)

El primer día que puse un pie en la cocina, no entendí por qué no había frigorífico, pero por supuesto había uno –descomunal, a juego con los fogones– oculto tras un panel. Otro panel ocultaba un segundo frigorífico, mucho más pequeño, para el vino. Y detrás de un tercer panel (no pude evitar pensar en uno de esos programas de televisión que dan premios carísimos, como *Reina por un día*) había una lavadora y una secadora.

La cocina tenía una gran isla elíptica revestida de mármol y sillas altas tapizadas: ni siquiera hacía falta utilizar el comedor. Y aunque el salón era probablemente la habitación más bonita de la casa, no me atraía. Sin gente, resultaba vacío y formal, casi como un espacio público, aunque lujoso, como el salón de un hotel refinado.

Era mucho más seguro, nos dijeron, que nos trajeran directamente a la puerta de casa la compra y cualquier otra cosa que pudiéramos necesitar o desear. (¿Qué confinamiento?, rezaba el tuit viral, que lo describía más bien como «la clase media se esconde mientras la gente de clase trabajadora les lleva cosas». Otra versión: los blancos se

esconden mientras los negros y marrones les llevan cosas. Una realidad incómoda que se esperaba mitigar de algún modo recompensando a los repartidores con propinas exorbitantes.) Pero yo no necesitaba comida a domicilio. El mercado de productos locales del barrio abría cuatro días a la semana y una panadería cercana abría siete días a la semana, y entre uno y otra, por mucho que durara el confinamiento, tendría suficiente.

A diferencia del hombre que me precedió, elegí dormir en el tercer dormitorio, el que sin duda se convertiría en la habitación del bebé, aunque me percaté de que no habían hecho nada hasta el momento para convertirlo en un cuarto infantil. Supuse que Iris y su marido habían esperado a que se acercara la fecha del parto, sin imaginar que se encontrarían atrapados a miles de kilómetros de distancia.

La habitación tenía una cama doble con el tipo de colchón de firmeza alta que me gusta, persianas opacas y baño privado. Y aunque el tamaño de la pantalla era solo una cuarta parte del de la sala de estar, había un televisor. Había también un televisor pequeño en un rincón de la habitación de Eureka. (Nos dijeron que a los loros les gustaba ver la tele, dijo Iris. Pero, aunque al principio sentía curiosidad, enseguida perdió el interés: no era igual que observar a las palomas.) No parecía mostrar particular interés por la música, aunque muchos loros sí.

Y, en otro rincón de la habitación de Eureka, estaba mi propia percha, un sillón de cuero color coñac con un reposapiés a juego. La primera semana, cuando aún iba y venía entre dos viviendas, tras ocuparme de las necesidades de Eureka me instalaba en él con mi portátil hasta que llegaba la hora de irme. Aunque Eureka nunca se resistió a que lo devolviera a su jaula, me di cuenta de que mi marcha le producía ansiedad. O al menos eso interpretaba yo ante el baile de agachar la cabeza y dar saltitos-con-un-piey-con-el-otro que ese momento siempre desencadenaba.

Asegúrate siempre, *siempre*, de decirle adiós cuando te vayas, me había advertido Iris, dejándome imaginar las nefastas consecuencias que podrían sobrevenir si me olvidaba. Pero nunca lo olvidé y, una vez en mi casa, a veces me resultaba duro pensar en él allí solo, enjaulado, en la habitación silenciosa y oscura. Me preguntaba cuánto dormía. ¿Y soñaba? (Yo misma tuve un sueño en el que Eureka aparecía como pasajero en el asiento de avión contiguo al mío, de un tamaño muchas veces más grande que el suyo verdadero.)

Tenía un montón de juguetes diseñados para las actividades que realizan los loros en la naturaleza –buscar comida, trepar, masticar, triturar– y para el simple placer de hacer ruido: cascabeles y sonajeros y una pandereta del tamaño de una moneda de un dólar. Iris había dejado instrucciones para versiones de varios juegos, como el de

lanzar y buscar y el escondite. Tenía un juego de bolos: tres bolos diminutos que derribaba a la perfección cada vez con una pequeña pelota de goma. También tenía un carrito de la compra en miniatura que le gustaba llenar de comestibles de juguete y hacer rodar por el suelo. (¿A quién se le ocurrió algo así, para un pájaro?) Parecía que lo que más disfrutaba era que le pidiese elegir bajo cuál de los tres vasos estaba escondido el anacardo después de que yo los cambiara rápidamente de sitio, no porque fuera un gran reto, pensaba yo, sino porque podía comerse el anacardo.

Sé que puede ser aburrido para ti jugar con él a diario, dijo Iris, pero de verdad es importante para su salud. Cuando haga algo bien, como darles a los bolos con la pelota, pongamos, estaría bien que montaras un poco de alboroto. Dile «Buen chico», aplaude, e incluso acaríciale la cabeza y el cuello con el pulgar. Ya sé que parece una tontería, pero verás qué contento se pone. Y probablemente le oigas responder «Buen chico».

Lo vi. Lo oí. Al principio me costaba creer que una criatura tan inteligente como Eureka no se aburriera con estos juegos simples y repetitivos, o que no se sintiera tonto empujando ese carro, que me resultaba bastante indigno. (Desde entonces he visto vídeos de pájaros que juegan a juegos más sofisticados, como uno entrenado para desplomarse y hacerse el muerto cuando le disparaban con una pistola de juguete. Y también numerosos vídeos de pájaros haciendo varias cosas con la intención específica de molestar a los gatos.) Pero realmente él parecía feliz. Parpadeaba –en realidad, golpeaba los párpados– y abría parcialmente el pico con una sonrisa. O, ya que según la ciencia los pájaros no pueden sonreír físicamente, la llamaré su cara de felicidad.

Cuando pensaba en ello, sin embargo, me parecía que esa felicidad podría haber sido su reacción a mi reacción; en otras palabras, que estaba contento por haber conseguido hacerme feliz *a mí*. Cuando le digo: «Buen chico», por supuesto que parezco complacida. Entonces él lo repite para complacerme aún más. Cualquier pájaro que hable y esté familiarizado con la gente ha de saber que nos encanta que nos repitan nuestras propias palabras.

Por Dios, dijo Violet. Deja de darle vueltas. ¿Qué más da, mientras él esté contento?

Para mí sí suponía una diferencia. No se lo habría dicho ni a ella, ni a Iris, ni a nadie, pero el rato en que jugaba con Eureka podía ponerme melancólica. Ver divertirse a animales puede ser un espectáculo enternecedor, supongo que en parte porque estrecha la grieta entre nosotros y ellos. Y si pensamos demasiado en lo que puede estar sintiendo un animal y en lo cercano o casi indistinguible que puede ser ese sentimiento de una emoción humana (digamos, la

nuestra), no es imposible caer en, bueno, la melancolía.

Sin embargo, ser testigo de la inocente felicidad de un animal es, como todo el mundo sabe, una de las grandes alegrías de nuestra especie.

¿Ves cómo sonríe?, dice Valerie Taylor sobre un tiburón que ha fotografiado. Con ternura, aunque sabe perfectamente bien que no es así.

Me gustaba más observar a Eureka cuando no estábamos jugando, cuando parecía haberse olvidado de que yo estaba allí. Aves: los únicos dinosaurios supervivientes del mundo. Me gustaba observarlo con este hecho asombroso en mente. Hubo una época de mi infancia en la que me obsesionaban los dinosaurios. Nunca habría creído que, en la vida adulta, pasarían años sin que un brontosaurio me rondara por la cabeza.

Incapaz de volar, ejercitaba las piernas a propósito, marchando en círculos alrededor de la habitación o –más a menudo– volviendo a recorrer los mismos metros de suelo. Había algo señorial en su porte que, con su paso medido y la cabeza inclinada hacia abajo, le confería un aire de pensador.

Tal como Iris había dicho que ocurriría, a veces lo sorprendía hablando solo, murmurando y cacareando en voz baja, y cuando lo hacía solía ser mientras caminaba de un lado a otro (ella lo imaginaba resolviendo ecuaciones). Una vez, después de dormitar en mi cómoda butaca, me desperté y lo encontré dirigiéndose al aire desde su percha. No se distinguían palabras, pero el ritmo y el tono de su balbuceo eran los de alguien que intenta resolver algo, no un problema matemático, sino una discusión dialéctica de cierta intensidad.

Cuando le llamé por su nombre sin pensar, se sobresaltó tanto que se bamboleó y casi pierde el equilibrio. Estiró el cuello y me miró fijamente. No era su cara de felicidad. Siguió un silencio elocuente y castigador. ¿Quién sabe qué gran idea habría evitado que se le ocurriera? Se dio la vuelta lentamente, levantando las plumas de la cola, y no tuve duda de que lo que había dejado caer en el suelo estaba dirigido a mí en sentido figurado.

El tercer problema llegó inadvertidamente una noche mientras dormía. No lo oí entrar. A la mañana siguiente apareció en la cocina, bostezando, descalzo, vestido con un pantalón gris de chándal y una camiseta blanca manchada.

Casi se me cae el zumo de naranja, pero no sentí miedo. Supe inmediatamente que debía de ser el hombre que había estado allí antes, el estudiante que se había olvidado de dejar la llave cuando se marchó a Vermont. Alguien a quien el portero ya conocía y cuyo nombre seguía figurando en la lista de personas con permiso para entrar en la vivienda.

Él tampoco se sorprendió de verme. Cuando llegó, tras aprovechar el viaje con un amigo que iba en coche hacia Brooklyn, había visto señales de mi presencia. Antes de eso, sin embargo, daba por hecho que el lugar estaba vacío, al menos por la noche. Sabía que Iris había encontrado a alguien nuevo que cuidase de los pájaros, pero no había ninguna razón para que ella le informara de mi mudanza.

¿Quieres decir que Iris no sabe que estás aquí?

Aún no, me dijo con una despreocupación que me molestó.

No entiendo, dije.

Había cogido un vaso del escurridor y lo estaba llenando de agua en el fregadero. Bostezaba y movía la cabeza como si no acabara de despertarse. Me hizo esperar y se bebió el agua hasta la última gota antes de decir, Fue una cosa de última hora. Una emergencia.

¿Qué fue?

Simplemente cambié de opinión, dijo.

¿Quieres decir que has vuelto para quedarte? ¿Sin preguntar ni decir nada a nadie?

Mira, no es para tanto, dijo, un poco molesto él también. Ya me había quedado aquí a dormir antes. Iris es muy amiga de mis padres. De todos modos, ahora puedo cuidar de Eureka de nuevo. De hecho, en parte he vuelto por eso. Echaba de menos al pequeño.

Una cosa de última hora, una emergencia, simplemente cambié de opinión, echaba de menos al pequeño. ¿*Cuál de estas cosas fue*?, quise gritarle. No me tomé la molestia de explicarle que mi propia casa seguía siendo utilizada por la neumóloga, cuya necesidad por parte del hospital era evidente que no iba a terminar pronto, y que, de todos modos, mi casa era demasiado pequeña para que dos personas mantuvieran la distancia de seguridad entre sí y que, además, su

fuerte exposición diaria a los pacientes de Covid hacía que compartir un espacio vital con ella fuese un riesgo considerable.

Yo no quería comentar nada con él. Solo quería que Iris le dijera que su ayuda ya no era necesaria y que tenía que volver a Vermont o adonde fuese. De inmediato.

Tendré que hablar con Iris yo misma, dije tajantemente.

No hay problema, dijo. Estaba mirando distraído la cocina. ¿Te parece bien si me preparo algo de comer? Me muero de hambre.

Ya estaba hurgando en el frigorífico.

Antes de que me fuese, me preguntó mi nombre. Se lo dije, pero no lo retuvo, y pocas horas después tuve que repetírselo. Tampoco lo retuvo, y más tarde esa misma noche tuve que volver a repetírselo. A la mañana siguiente recordaba la segunda sílaba, pero se equivocó en la primera. (A decir verdad, a mí eso me pasa mucho.) Esta vez no me molesté en corregirle.

Su nombre era uno poco común que empieza por C. Voy a llamarle Cardo.

Decidí hablar con Violet antes que nada. Fue entonces cuando me enteré del cuarto problema.

¡Pobre Iris! Supe de ella anoche, dijo Violet. Como si no fuera suficientemente terrorífico esperar tu primer bebé en medio de una pandemia y estar varada tan lejos de casa. Y encerrada con tu suegro, que, por lo que sé, siempre ha puesto de los nervios a Iris. ¡Y encima ahora él tiene el virus! Síntomas leves, pero, aun así. Tiene setenta años, y ahí están todos juntos en la misma casa, aunque hasta ahora nadie más ha dado positivo. No tienen ni idea de cómo ha ocurrido, ya que apenas ha salido de casa: ninguno de ellos lo ha hecho. Ojalá supiéramos más sobre este virus y cómo se propaga.

Por lo que parece, va a tener que dar a luz allí, dijo Violet. Viajar no es seguro, estar en Nueva York no es seguro, y pronto estará demasiado avanzada como para volar. Estaba intentando hacerse a la idea justo cuando su suegro enfermó. Es una casa grande y lo han aislado, por supuesto, pero no me extraña que esté muerta de miedo. Tiene una salud excelente, pero un embarazo a su edad se considera de alto riesgo. Y ahora le ha subido la tensión, lo que podría ser una señal de peligro. Pobre Iris.

Confieso que, aunque lo sentía un poco por Iris, en ese momento estaba bastante más centrada en mi pobre yo.

Tengo que decírselo enseguida, me dije. Iris tiene que explicarle la situación y conseguir que se vaya. Es decir, es obvio que él y yo no podemos quedarnos aquí juntos mientras esto dure, sobre todo porque no tenemos ni idea de cuánto tiempo será. ¿Y cómo puedo confiar en él? Por lo que sabemos, no es un tipo responsable que digamos. Si

sale, ¿cómo sé que no irá a fiestas o raves secretas o lo que sea, como hacen algunas personas –sobre todo jóvenes– en estos días?

Cuando Violet sugirió que tal vez la médico encontraría otro lugar donde quedarse, levanté la voz.

¡Eso no es justo? ¿Se supone que hemos de cambiar todos nuestros planes para acomodar a este chico excéntrico? A la mujer ya la han echado de un sitio desde que llegó aquí, así que no voy a obligarla a mudarse otra vez. Ayudarla me hace sentir que al menos estoy aportando mi granito de arena a los trabajadores sanitarios, mucho más útil que darle golpes a una estúpida sartén todas las noches por la ventana. Además, me he instalado aquí. Me gusta estar aquí. Me gusta tener a Eureka como acompañante.

No seas tan territorial, dijo Violet. No veo por qué no podéis compartir los dos un espacio tan grande. Mantened horarios diferentes y alejaos el uno de la otra.

¿Estás de broma? ¿Quién querría estar encerrada con un perfecto desconocido?

No es un perfecto desconocido. Es un amigo de la familia al que le pidieron que se quedara en ese piso antes que a ti. No es un tipo cualquiera que entró desde la calle.

Bueno, para mí muy bien podría serlo, dije, y creo que es un disparate pretender que vivamos juntos.

Son tiempos locos, dijo Violet. La gente se ve obligada a hacer todo tipo de cosas que preferiría no hacer. Todo el mundo está teniendo que adaptarse a hacer las cosas sobre la marcha.

Para ti es fácil decirlo, desde la seguridad y privacidad de tu mansión. (Nunca lo había pensado, pero con la pandemia me sorprendió la cantidad de gente a la que conocía que tenía una segunda residencia.) ¿Qué harías si se plantase en tu puerta?

Piensa, dijo Violet. Podría serte de ayuda. No sabemos lo mal que van a ir las cosas. Dicen que las personas confinadas más vulnerables a la depresión son las que están completamente aisladas. Quizá sea bueno para ti tener a alguien cerca, especialmente una persona joven. Puedo imaginarme que sería realmente incómodo si fueses de una edad más cercana a la suya, pero...

A él no se le olvidó devolver la llave, dije.

¿Te dijo eso?

No. Lo estoy diciendo yo. Creo que se guardó la llave por si quería volver. Da igual, dijo Violet. No vale la pena alterarse por eso. Supongo que podrías pedirle que se vaya, decirle que te incomoda que estéis los dos allí, a ver qué dice.

Creo que debería ser Iris o su marido quien hablara con él, dije. Es su casa.

Vale. Todo lo que pido es que, cuando hables con Iris, por favor,

intenta no presionarla. Cuando hablé con ella estaba llorando.

Decidí mandarle un correo electrónico a Iris en lugar de llamarla. Pasaron dos días antes de que me contestara. A pesar de que había dicho que él también se pondría en contacto con ella, Iris todavía no tenía noticias de Cardo.

Pero me he puesto en contacto con su madre, dijo. Quería conocer toda la historia antes de llamarte.

Es una mala historia, dijo.

Sus padres le han echado de casa.

No me sorprende demasiado, dijo. Lleva mucho tiempo en guerra con ellos. Podrías preguntarle a Violet al respecto.

Aunque Violet no lo había mencionado, ahora me enteraba de que la madre de Cardo, sobre la que recordaba vagamente que, según alguien me dijo, escribía poesía, había escrito unas memorias que le había entregado a Violet y que esta había rechazado.

Siento muchísimo todo esto, dijo Iris. Pero me pregunto si, por ahora, podrías soportarlo. Me gustaría que nos hubiera avisado, por supuesto, pero las cosas no son exactamente normales para nadie en estos días, ¿verdad? No obstante, te aseguro que es un buen chico. En su día vivimos en el mismo edificio. Sus padres todavía viven allí.

Espera, ¿qué?, dije. ¿Tienen casa en Nueva York?

Sí, en Tribeca. Vermont es su casa de campo.

Bueno, por lo que más quieras, ¿por qué no puede quedarse allí?

Iris hizo una pausa. Es un poco complicado, dijo. Él odia ese apartamento. Es el detonante de demasiadas cosas, al parecer. Incluso su terapeuta pensaba que debía evitarlo. Por eso vivía en una residencia universitaria. Para ser sincera, sus padres no se sienten cómodos dejándolo solo en su apartamento. Le quitaron la llave hace un tiempo.

¿Por qué?

Parece ser que una vez, cuando estaban de vacaciones y él estaba allí solo, lo destrozó todo.

¿En serio?

No. Retiro lo dicho: *destrozar* es demasiado fuerte. Aunque sí causó algunos daños. Rompió cosas. Debía de estar borracho o drogado en ese momento. Se enfadó por algo –tiene dificultades con la ira– y rompió cosas. Y supongo que algunas de esas cosas eran de valor. Desde entonces, su madre le tiene un poco de miedo. Bueno, no a él exactamente, sino a lo que pueda hacer.

Quise señalar que, en realidad, no había tal diferencia.

Él es una buena persona, volvió a insistir. Y aunque tuvo algunos problemas cuando era más joven, le iba mucho mejor... hasta esta maldita pandemia. Quería salir de la ciudad, dijo. Él quería estar con

sus padres, pero supongo que era demasiado para ellos, estar encerrados todos juntos en un pueblito de montaña. Por un lado, se negaba a asistir a clase a distancia, y no dejaba de pelearse con sus padres por ello, hasta que un día anunció que ya no tenía que ir a clase porque dejaba los estudios. A mediados de su último semestre va y decide eso. Te puedes imaginar cómo les sentó.

Según su madre, dijo Iris, era imposible vivir con él desde el día en que llegó, sin dar aviso, como parece ser su costumbre. (Ella se rió, yo no.) Simplemente apareció. Malhumorado y hostil, se quejó su madre, y él no paraba de decirle las cosas más horribles; ella no dijo exactamente qué, pero su comportamiento también estaba causando mucha tensión entre ella y su marido. Todos los días había al menos una explosión, y empezaron a tener problemas para concentrarse en su trabajo. Y después de una bronca muy fuerte, ella y su marido decidieron que no tenían más remedio que pedirle que se fuera.

Me siento mal contándote todo esto, dijo Iris, porque sé que lo hace quedar fatal. Pero lo conozco desde hace mucho tiempo, y si no confiara en él nunca le habría dejado quedarse en nuestra casa. Es solo que con sus padres... Bueno, a decir verdad, siempre ha sido un gran problema para ellos.

Y ahora lo era para mí.

Después de colgar, me di cuenta de que ella no me había preguntado ni una sola vez por Eureka.

Supongo que ahora tiene muchas otras preocupaciones, dijo Violet. Él no es lo primero que se le viene a la mente.

Trastorno explosivo intermitente. Ese es el término clínico, dijo Violet. Empezó más o menos cuando llegó a la pubertad.

¿Eso estaba en el libro de su madre?

Sí.

¿Su madre escribió un libro sobre eso?

No. El libro trataba de su propia vida, de su infancia –que fue poco común porque su padre era diplomático y ella creció viajando por todo el mundo– y de cómo llegó a ser poeta. Ya sabes, una de esas memorias sobre los comienzos de los escritores. Pero también escribió sobre ser esposa y madre. Su marido es investigador en una consultora política, medio jubilado y bastante mayor que ella. Ella tenía más de cuarenta cuando se quedó embarazada, y su marido ya tenía hijos y nietos de otro matrimonio. Probablemente no tenían la energía para criar a un niño normal, y mucho menos a uno difícil. De hecho, no tenían planes de tener hijos. Pero el embarazo fue tal sorpresa que a ella le pareció una especie de milagro y decidió que, al fin y al cabo,

no quería perderse la maternidad. Y es bastante franca sobre el hecho de que llegó a arrepentirse.

Según recuerdo, continuó Violet, el niño tuvo una niñera hasta que empezó el colegio, que fue cuando las cosas empezaron a ir mal. Era un niño tímido y rechoncho al que acosaban mucho. Siempre fue un llorón, no en el sentido de quejica, sino uno de esos niños siempre bañados en lágrimas.

Como Lily, dije.

Sí, como Lily. Y si eres como Lily y además eres un chico, es muy probable que seas un solitario, y un blanco fácil. Así que ahí estaba este hijo único tan sensible y emotivo. Que no tenía amigos. Ya sabes, un niño *de esos*.

Sí que lo sabía, y me estremecí al recordar a un canijo con el pelo como los estropajos Brillo en mi propia escuela secundaria, y el placer que incluso las chicas sentían al darle empujones y patadas.

Entonces al final, siguió Violet, en la escuela secundaria, se las arregló para hacerse amigo de otro chico. Durante todo un año fueron inseparables. ¿Y entonces? Todos los veranos, la familia del chico iba a Hawái a visitar a la familia, y un verano el chico estaba aprendiendo a hacer surf –no sabía que permitieran hacer surf a niños tan pequeños, pero así es– y se ahogó. Pensarías que sus compañeros de clase le darían un respiro al pobre chico...

Pero el acoso no hizo más que empeorar, interrumpí yo. (¿Hubo alguna vez algo más predecible que la crueldad humana? ¿O más escalofriante que ver lo temprano que empieza?)

Sus padres le dejaron faltar a clase durante unas semanas, cuenta Violet, pero se impacientaron con sus lágrimas y su incapacidad para superarlo, incluso con la ayuda de un terapeuta de duelo. De hecho, a su padre, que parece una especie de matón, siempre le desagradó la emotividad de su hijo. Todo lo que quería era que el chico creciera.

Aunque sus notas siempre fueron malas, continuó Violet, estaba claro que en realidad era muy brillante. Y cuando llegó al instituto, se volvió competitivo. Nunca antes le había importado, pero ahora quería demostrar lo listo que era, quería hacérselo ver a la gente. Quería superar a todos los demás, sacar sobresalientes, y lo consiguió. Al mismo tiempo, se obsesionó con su aspecto, con su cuerpo, su peso y su físico.

Lo llegué a conocer una vez, dijo Violet. Trabajaba de camarero en una de las fiestas de Navidad de Iris, un chico llamativo, de pelo largo y musculoso. Había empezado a hacer culturismo y ejercicio como un fanático a los catorce o quince años. Había días en que entrenaba hasta ocho horas, decía su madre. Y entonces descubrió las dietas. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando, había desarrollado un grave trastorno alimentario. Todo el mundo piensa que es cosa de

chicas –tú lo tuviste, yo lo tuve, Lily lo tuvo–, pero los chicos también pueden tenerlo. De hecho, escuché que los desórdenes alimenticios entre hombres están aumentando. De todos modos, pasó el verano entre su penúltimo y último año de instituto en un hospital psiquiátrico, en algún lugar de Nueva Jersey. A sus padres les preocupaba que nunca pudiera ir a la universidad, pero como vemos, lo hizo y se supone que se graduará este año. No tengo ni idea de por qué habla ahora de dejarlo. Tal vez sea solo hablar por hablar. Pero culpo a la situación, este tiempo totalmente retorcido en el que todos estamos viviendo ahora. Nadie que yo conozca piensa con claridad o se comporta con normalidad estos días.

Ya sabes cómo fue cuando empezó la pandemia, todo el mundo entró en pánico, dijo Violet. Todos querían estar en algún lugar donde les pareciera encontrarse a salvo. Supongo que, como la mayoría de los demás estudiantes, pensó que debía irse a casa con Mamá.

(Pero legiones de universitarios conmocionados habían lanzado una petición: *No podéis echarme de la residencia, no quiero ir a casa, ¡si me encierran en casa no estaré seguro!*)

¿Por qué rechazaste su libro?, le pregunté. ¿No era bueno?

Algunas partes eran bastante buenas, dijo Violet. Escribía sobre lo que ocurre cuando un hijo divide a una pareja feliz y pone en peligro su matrimonio, y cuando el amor por tu marido pesa más que el amor por tu hijo. Y eso me pareció interesante, y admirable por su franqueza, nada de ese sentimentalismo piadoso habitual cuando se toca el tema de la maternidad. Pero el resto del libro no estaba tan centrado. Las memorias personales son difíciles de vender, incluidas las de los escritores. Además, no es una escritora famosa. Al final, el libro era más una autobiografía que unas memorias, y eso no es algo que busquen los libreros. Pero, aparte de todo eso, el libro me dio escalofríos.

¿Por qué?

Una madre que escribía así sobre su hijo... No me parecía bien que expusiera sus problemas y a él mismo.

¿Y qué pasa con los hijos que escriben sobre sus padres?

Eso es diferente.

¿Por qué?

Bueno, digamos que es donde pongo el límite. No podía dejar de pensar: es su madre, se supone que debe protegerlo.

Pero si hubieras sabido que el libro vendería un millón de ejemplares, lo habrías contratado.

Sí, claro. Pero volviendo *a ti*, creo que puedes confiar en el juicio de Iris. Es alguien a quien conoce desde que era un niño. De hecho, hubo un tiempo en que prácticamente vivía en su apartamento. No sabía si algún día podría tener un hijo, y él era un imán para sus sentimientos

maternales. Y aunque ella y los padres de él eran amigos, siempre le horrorizó lo incompetentes que eran criándolo, tan impacientes y críticos. De todos modos, dado lo que Iris siente por Eureka, sabes que nunca lo habría dejado en manos de alguien inestable.

No estoy diciendo que ya no tenga problemas, añadió. Alguien con una historia como la suya, siempre es vulnerable. ¿Cómo era? ¿Cómo podía yo saber que algún día no volvería a descender la campana de cristal?

Es así: «¿Cómo podría yo saber si algún día en la universidad, en Europa, en algún lugar, en cualquier lugar, la campana de cristal con sus asfixiantes distorsiones no volvería a descender?».[6]

¿Y cómo puedo yo saber que no volverá a tener uno de sus ataques de rabia, dije, que no decidirá volver a romper cosas?

Violet se rió. Le preocupaba más que fuese yo quien lo hiciera, dijo.

Violet tenía razón (Violet solía tener razón): ni a Cardo ni a mí nos costaba mucho evitarnos. Teníamos habitaciones separadas con baños propios –gracias a Dios– y rutinas diferentes. Yo me levantaba temprano y él tarde, cuando yo ya me había ido. Como hacía mejor tiempo, me quedaba fuera cada vez más rato, aventurándome cada vez más lejos, deteniéndome en los parques que había por el camino. Aunque nunca me llevaba el móvil, siempre traía algo para leer.

Al recordarlo, parece menos un recuerdo que un sueño, lo transformada que estaba la ciudad tras el duro golpe. Llevaba años descorazonada por su creciente desfiguración: los rascacielos bestiales, la basura amontonada y el estruendo infernal, la publicidad estridente mirases adonde mirases.

En la ciudad nunca fui libre, dijo un hombre que se hizo ermitaño. En la ciudad siempre hay alguien en tu camino. Vivir en cuevas durante veinte años le había generado satisfacción, dijo. (Sobre la cerda que era su única compañía, le comentó a un periodista: La quiero y me escucha.)

Ahora no podía evitar sentirme culpable del placer que sentía en las calles sin vida. Ser la única peatona, manzana tras manzana, tener media hectárea de Central Park para ti sola. (Y ay, los gavilanes colirrojos, el águila calva que aterrizaba casi a tus pies.) Si en el pasado a menudo me vi deseando estar en otra parte, agradecida ante cualquier motivo que me alejara temporalmente de Nueva York, una vez que comenzó la pandemia no sentí ningún deseo de irme. No compartía el resentimiento generalizado hacia los que habían huido a sus casas de campo, pero comprendía la fantasía común de que los muchos que se habían marchado ahora –junto con los millones de turistas que habían desaparecido– no volverían.

Cosas que una persona con un teléfono móvil pueda haber sentido la tentación de fotografiar y compartir:

Unos jóvenes amantes acurrucados besuqueándose apasionadamente a través de sus mascarillas.

Un caniche negro común con un impermeable de estampado de leopardo a juego con unos patucos y una mascarilla. (¿No hay nada que los perros no soporten que les hagamos?)

En la ventana de una floristería cerrada, un resto de Antes: *Se*

necesita ayudante. Que tenga idea de algo.

Marquesina de cine: NOS VEMOS AL OTRO LADO.

Él también salía todos los días, no a pasear, sino a montar en bicicleta. (Se me entrecortó la respiración la primera vez que lo vi: un héroe de película de acción, con su maillot y sus mallas de ciclista.) Normalmente ya había salido cuando yo volvía. No solíamos utilizar la cocina al mismo tiempo, y casi siempre que me lo encontraba llevaba los auriculares puestos. Una vez, cuando estaba sentado en la encimera de la isla, logré llegar a la nevera a sus espaldas, sacar lo que quería y marcharme sin que se diera cuenta. Me sorprendió que siempre limpiara lo que ensuciaba y más aún ver sus compras: seguía una dieta (vegana) más variada y sana que la mía.

Sin discusión alguna, se hizo cargo de Eureka (pero las plantas me las dejó a mí). Yo seguía pasando un rato cada día con Eureka, pero no soportaba estar en la habitación cuando Cardo también estaba allí. Cómo me dolía verlos juntos en *mi* silla. Qué humillante era sentirme celosa. Iris me había pedido expresamente que no dejara salir a Eureka de su habitación, pero Cardo se paseaba a menudo por el piso con él sobre el hombro.

Somos hermanos, me explicó, para hacerme sentir aún más excluida.

Un día yo estaba jugando con Eureka y Cardo entró por casualidad. Echó un vistazo a la habitación como si fuera la primera vez que la veía y dijo, Este sitio es una mierda.

No quería entablar conversación con él, pero sentía curiosidad. ¿Qué quería decir con eso?

Bueno, míralo, dijo haciendo un círculo con el brazo. Crear toda una jungla falsa para él cuando, en primer lugar, no debería estar aquí. Como si estas pinturas fueran a compensar el haberlo sacado de la naturaleza para meterlo en la cárcel. Una jaula gigante no deja de ser una jaula. Y para él, todo este lugar es eso: una jaula dentro de otra jaula dentro de otra jaula.

Me quedé estupefacta. Me pregunté si en algún momento le había hecho saber su desaprobación a Iris.

Ella no lo sacó de la naturaleza, le dije. Se lo compró a un criador.

Me lanzó una mirada desdeñosa.

Un animal salvaje criado en cautividad sigue siendo un animal salvaje, dijo. ¿Y por qué la gente cría loros que sabe que nunca van a vivir en libertad, cuando no pueden estar seguros de con qué tipo de personas van a acabar esos pájaros? Para ganar dinero, eso es todo. No hay otra razón. Ellos son los que deberían estar en la cárcel.

Solo hay una excusa para poseer un pájaro silvestre, dijo, y es si se trata de un rescate. Y de esos hay muchos.

Me dijo algo que yo no sabía: Eureka había sido un regalo de cumpleaños que su marido le había hecho a Iris.

Tendría que haber adoptado uno, dijo Cardo. Pero tenía miedo de hacerlo porque, como cualquier animal de protectora, las aves rescatadas suelen venir con problemas: problemas que las convirtieron en rescatadas para empezar, problemas causados normalmente por las mismas personas que acabaron deshaciéndose de ellas. ¿Y por qué iba a tener que lidiar con eso su adorada esposa?

Resultaba chocante oírle atacar así a Iris, que era tan cariñosa, comprensiva e indulgente con él.

¿Ves esto?, dijo, cogiendo un libro de bolsillo de la pila de libros sobre aves que había en el armarito. Cuando se publicó fue muy popular; ya sabes, a todo el mundo le gusta una buena historia de amor entre un humano y un animal, ¿verdad? ¿Y qué pasó? Pues que todas esas personas que leyeron el libro decidieron que querían tener la misma experiencia mágica. También quieren un Alex en su vida. Lo que ocurre es que muchos de estos Alex resultan dar mucho más trabajo de lo que pensaban, o que el Alex que les tocó no era como el célebre Alex, no era tan inteligente ni tan divertido, y de algún modo, la persona se sintió decepcionada, o tal vez simplemente se aburrió. Y ahora hay una maldita plétora de loros grises africanos sin hogar. La mayoría de ellos con décadas de vida por delante.

Es como lo que pasa todas las Navidades, continuó. A la gente le regalan cachorros con los que al final no se quedan. Como los pollitos y conejitos que la gente les regala a sus hijos por Pascua. Luego dicen, ¿O sea que no siguen siendo bebés monísimos? ¿Así que crecen?

Pensé en la famosa queja del poeta Ogden Nash sobre los gatitos.

Pensé en el terapeuta familiar deprimido al que una vez oí decir que había conocido a demasiada gente que, en cierta manera, no había calculado que tener un bebé significaba que un día tendrían un adulto.

Pensé en todas esas mascotas de la pandemia.

Pero no dije nada. Incómodo, supongo, por mi silencio, se disculpó.

No era mi intención saltar así, dijo. Y no quería interrumpir tu juego con Eureka. (Desde el momento en que Cardo entró en la habitación, Eureka había estado intentando llamar su atención, saltando sobre la punta de su zapato y tirándole del bajo del pantalón con el pico.) Al final, para mi alivio, se marchó.

Sin embargo, pocos días después, volvió a las andadas. Esta vez se trataba de la cocina, donde me sorprendió almorzando. Mientras se preparaba la comida, hizo comentarios despectivos sobre los paneles que ocultaban los electrodomésticos. Dijo que la cocina de gas y la nevera habían costado unos veinte mil dólares cada una. ¿Cómo lo sabía? Eran de la misma marca que las que sus padres tenían en su loft. Y, al igual que Iris y su marido, sus padres tenían tres casas.

Él pensaba que tener varias casas debería ser ilegal, dijo. No porque hubiera tantas personas sin hogar en el mundo –aunque las había, por supuesto–, sino porque un estilo de vida así no era sostenible. Y todo el mundo lo sabe. Pero en lugar de hacer recortes, la gente busca excusas. ¡Las segundas residencias son buenas para la economía!

Lo mismo con los viajes, dijo. Viajar en avión es una de las cosas más perjudiciales para el medioambiente, pero si sugieren que se viaje menos, la gente empieza a hablar del turismo y de lo malo que sería para la economía de esos destinos vacacionales que la gente dejara de ir.

No digo que no sea cierto, dijo. Pero ¿qué hay de la gran verdad? Nuestra única esperanza es que todo el mundo se ponga de acuerdo ya mismo para vivir de la misma forma que millones de personas en todo el mundo a las que no les queda otro remedio que consumir lo menos posible. Crear una sociedad más equitativa, dicen los liberales, y claro, eso suena muy bien. Pero lograr que más gente alcance nuestro nivel de riqueza no va a hacer sino destruir más ecosistemas, acabar con millones de especies vegetales y animales y convertir en inhabitables cada vez más lugares de la Tierra. Lo que realmente hay que hacer es acercar a todo el mundo a la pobreza. Pero, por supuesto, nadie quiere oír eso.

No le dije que, justo en ese momento, no quería oír eso. O que no necesitaba que me sermonease sobre cosas que ya sabía. No discutí con él cuando dijo que tener varias casas debería ser ilegal. Sí agradecí que, como la cocina era tan enorme, él y yo pudiéramos almorzar sentados a más de dos metros de distancia.

Imaginé que ese tipo de diatribas habían tenido algo que ver con que sus padres no soportaran vivir con él. (De hecho, me dijo que su verdadera razón para irse a Vermont no había sido estar con Mamá. Al parecer, una de las perras –una border collie anciana que había pertenecido a la familia desde que él era niño– estaba a punto de morir y él no podía soportar la idea de no verla por última vez para despedirse de ella.)

¿Había acertado con el precio de esos electrodomésticos? Sí. Pero mi búsqueda en Google también me mostró una cocina que costaba medio millón. Sin duda, con unos pocos clics más habría dado con una que costara más; a los que podían permitirse la de medio millón de dólares había que darles algo a lo que aspirar.

Me dijo, ¿Nunca comes otra cosa que sándwiches de queso a la plancha y tostadas con aguacate? Era mi forma de no complicarme: comer lo mismo todos los días. Un hábito que había desarrollado

mucho antes del confinamiento y una parte de mi vida que no había cambiado. También simplificaba las cosas porque no me gustaba cocinar, y no me gustaba cocinar en parte porque cuando lo hacía era más probable que comiera en exceso y, en general, picotear me satisfacía más que comer tres platos. Pero ante todo no me gustaba cocinar porque no se me daba bien, nunca se me había dado bien, aunque hubo etapas de mi vida en las que dediqué mucho tiempo y energía a intentar ser, si no buena, al menos competente en ello. Eran invariablemente las mismas etapas en las que intenté vivir en pareja, y aunque los finales de esas relaciones difícilmente podían achacarse a mi falta de habilidades culinarias o de cualquier otra habilidad doméstica, los dos tipos de fracaso permanecían unidos en mi mente. Los dos tipos de fracaso representaban, para mí, una especie de fracaso femenino, aunque muchos escalones por debajo del fracaso de no haber tenido hijos: la que desprecia la maternidad es despreciada por muchos, incluida nada menos que una autoridad como el Papa, que recientemente condenó la preferencia por las criaturas *con pelaje* como «una señal de degradación cultural».

¿Por qué el plato que yo cocinaba nunca resultaba tan rico como la receta me llevó a pensar, o como el que había cocinado otra persona? Quizá porque, a menudo, en el desbarajuste que había formado mientras cocinaba (por no haber dominado nunca el esencial «limpiar sobre la marcha»), descubría más tarde un ingrediente que había dispuesto de antemano pero que, de algún modo, me las había apañado para olvidar.

(Siempre me sorprende ver recetas descritas como rápidas y fáciles que en realidad requieren bastantes ingredientes y el uso de un robot de cocina. Por no hablar de la compra de los ingredientes y la limpieza después de comer.)

Cuando me entró el frenesí por el orden, una de las primeras cosas de las que me deshice fue una estantería llena de libros de cocina, ninguno de los cuales había abierto en no sé cuánto tiempo. Y una vez, cuando mi horno dejó de funcionar, pasaron más de dos años antes de decidirme a sustituirlo.

En un grupo de terapia para pacientes con trastornos alimentarios –todas éramos mujeres jóvenes–, una persona relató la intensa satisfacción de cocinar un plato elaborado y tirarlo por el inodoro cucharada a cucharada, y otra de matar el hambre untándose en la lengua una capa de bálsamo de tigre. Otra se lamentaba de que no existieran los bocados inocentes. Todo lo que aparecía en el plato, inevitablemente, en algún momento, ya fuese en el campo, en una granja o en una planta, había implicado la explotación de trabajadores humanos o la tortura o el sacrificio de animales, o todos esos males juntos.

No hay forma de vivir sin dañar a los demás: ¿por qué el mundo fue hecho así? ¿Cómo puede un mundo así ser la creación de un Dios *amoroso*?

Cuando Simone Weil, de treinta y cuatro años y enferma de tuberculosis, se murió de hambre tras negarse a comer nada más que las raciones asignadas a los soldados franceses que luchaban en la Segunda Guerra Mundial, no intentaba morir (aún le quedaba demasiado trabajo por hacer), sino ser una buena persona.

Queja en un chat de internet dedicado a la bulimia: nos dicen una y otra vez que estamos dañando nuestra salud, dañando nuestro aspecto, y luego nos muestran una imagen tras otra de la princesa Diana, bulímica durante mucho tiempo, que lució siempre perfecta hasta el día de su muerte.

A diferencia de mí, a Cardo le gustaba cocinar. Lo había aprendido todo sobre la cocina vegana como parte de su terapia durante el verano que pasó en el hospital psiquiátrico, dijo. Preparaba sobre todo platos sencillos de verduras y alubias o verduras y tofu, hacía tacos y curris, tenía mucha mano con las especias, y hacía muchos batidos. Cocinaba demasiado: el frigorífico estaba lleno de sobras, que él me animaba a comer y yo siempre rechazaba.

Había dejado de beber recientemente. Había bebido mucho –cerveza o vodka– antes de tener que marcharse de la residencia. Hasta se había desmayado algunas veces. Una de esas veces estaba en una fiesta en el apartamento de alguien, donde según parece tuvo lugar una agresión sexual. Aunque él no había estado en la habitación donde ocurrió, al ser interrogado por la policía tuvo que admitir que no recordaba en absoluto gran parte de esa noche, incluyendo cuándo y cómo había abandonado la fiesta. Eso me asustó, dijo. Pero se automedicaba –a diario– con cannabis. También se atiborraba de helado sin leche.

Un misántropo. Un hombre de los que te explican cosas. Posiblemente un ecoterrorista en ciernes, les dije a unos amigos durante uno de nuestros cócteles por Zoom. Solo quiero que se marche.

La primera vez que conocí a gente como Cardo fue cuando fui a la universidad: jóvenes nacidos con privilegios, criados con privilegios y arremetiendo siempre contra los privilegios. Todos los que conocí acabaron llevando más o menos el mismo estilo de vida que sus padres: profesiones de élite, carteras de inversiones, viajes por todo el mundo, casas para las vacaciones...

Solía enfadarme con un hombre con el que viví por la forma en que

hablaba a menudo de la casa en el campo que veía en nuestro futuro. No necesitamos dos microondas, decía yo, deshagámonos de uno. Respecto a lo cual, él protestaba: No, guardémoslo para cuando tengamos nuestra casa en el campo. Mi enfado surgió del hecho de que, en aquel momento, teníamos serios problemas para llegar a fin de mes, sobrecargados de deudas (sobre todo suyas), siempre retrasados en el pago del alquiler, sobreviviendo a base de comidas baratas en una desolada zona industrial de Brooklyn, y que, dado todo esto, y las vidas que habíamos elegido, el trabajo artístico poco remunerado al que habíamos decidido dedicar nuestras vidas, la idea de una casa en el campo parecía tan fuera de nuestro alcance como una completa fantasía. Y en medio de ese brete –un brete que, estoy segura, tuvo mucho que ver con nuestra ruptura– lo que menos me apetecía era fantasear.

Con el tiempo se acabó materializando lo de una casa en el campo. Para entonces hacía tiempo que nos habíamos separado. Cuando empezó la pandemia, él se retiró allí con su mujer.

Otra ironía: ese viejo rincón desolado de Brooklyn alberga ahora algunos de los edificios más caros de la ciudad. Pero ya sabías que iba a decir eso.

Un día, al salir, oí unos gritos. Era Cardo, al teléfono con alguien que al principio supuse que debía de ser uno de sus padres, pero que en realidad era su novia. Era una compañera de clase suya, ahora refugiada con su familia en Chicago.

¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Ya sabes lo que quiero. Te lo he dicho cientos de veces. Te quiero. Te quiero, pero ya no puedo seguir así. Cada vez que hablamos ahora, nos peleamos. Eso me está matando. Dices que no te escucho, pero tú eres la que no escucha. Por favor, decídete de una puta vez. Haz lo que quieras, pero por favor, te lo pido por favor, deja de darme la lata.

Tienes que aprender por experiencia lo que dice un personaje de un cuento de Edna O'Brien: que la razón por la que el amor es tan doloroso es que siempre consiste en que dos personas quieren más de lo que dos personas pueden dar.

Cuando era niña pensaba que de mayor escribiría libros infantiles. Cuando crecí un poco pensé que escribiría historias de amor: grandes historias de amor romántico. Más tarde supe que ya no se podía escribir ese tipo de historias. Me refiero a la trama matrimonial que era central en esas novelas clásicas que a mí misma me habían hecho

querer escribir novelas. Del cortejo al matrimonio ya no resultaba un argumento prometedor. Una boda al final no podía querer decir que ahora ya todo iría bien en el mundo. La fornicación no era un camino seguro hacia la ruina, el adulterio no implicaba que alguien tuviera que morir, y enamorarse no era la clave para la comprensión del ser. La literatura se había cansado de todo eso.

Entonces, ¿por qué me asalta a veces el deseo de escribir una historia de amor a la antigua? Pura ficción, sin que esté inspirada en mis propias experiencias.

Se dice que Wagner compuso su ópera *Tristán e Isolda* porque quería escribir sobre un gran amor como el que él nunca había vivido. Cosa que para él significaba una tragedia violenta de proporciones épicas en la que ambos amantes pasan por un angustioso sufrimiento y acaban muertos.

La parte de nosotros que quiere casarse y tener una familia es la parte que quiere ser normal, como los demás, seguir el camino que nos enseñaron que era el correcto, no solamente hacia la felicidad, sino hacia el honor, la aceptación y la comunidad. La parte de nosotros que quiere un romance tan fuerte como un filtro de amor es la parte que quiere volverse loca.

A los hombres de mi vida, no los quise a todos por igual, y a veces me pregunto: ¿sabe el que más amé que era él? ¿O cada uno de ellos piensa de sí mismo que fue el Único?

Incluso si escribiera sobre mis propias experiencias, gran parte de eso seguiría siendo ficción: no hay relato más propenso a la distorsión que el recuerdo de un amor que salió mal.

En una exitosa canción de los años sesenta, un hombre espera encontrar trabajo para poder comprar el coche y los «regalos bonitos» que harán que él y su chica pasen a la historia, como Romeo y Julieta. Y si no encuentra trabajo, dice, su amor acabará en una tragedia, como Romeo y Julieta.

Sobre el recuerdo de mi primer amor se despliega una sombra. Yo tenía más o menos la edad de Julieta cuando comenzó, y él era dos años mayor. Íbamos al mismo instituto, que era casi cien por cien blanco. Él venía de un mundo totalmente distinto al mío: una casa grande en una colina, un club de campo, gente WASP. Para su padre, que saliéramos juntos era una desgracia. Todo el rato intentaba separarnos. Cuando nada más funcionó, amenazó con quitarle las llaves del coche a su hijo. Con eso casi lo logra. Pero seguimos adelante, con el amor conquistándolo todo, con nuestras vidas de canción de rock and roll. Y al final no fue la intolerancia la que escribió nuestro último verso. Fue Vietnam.

Interludio

Me gusta la forma en que Rousseau declara en la primera frase de su autobiografía que está a punto de hacer algo que nunca se ha hecho antes y que nunca se volverá a hacer.

El problema con cualquier primera frase, dijo Joan Didion, es que te quedas atrapada en ella. Todo lo demás fluirá a partir de esa frase. Y en el momento en el que pongas las *dos* primeras frases, todas tus opciones se habrán esfumado.

Antes de empezar, demasiadas opciones. Después, en la siguiente exhalación, ninguna.

Cuando no puedas dormir, dice un viejo remedio contra el insomnio, empieza a contarte la historia de tu vida. Por alguna razón, el bloqueo del escritor siempre me ha parecido una especie de insomnio.

Me gusta que Norman Mailer dijera que hay un toque del bloqueo del escritor en el trabajo diario de un escritor.

No recuerdo quién dijo, El insomnio es la incapacidad para olvidar.

Cuando te cueste escribir, levántate, sal, date un paseo por la calle. Descubrirás que ciertas calles existen precisamente con ese fin. Una vez vi a un hombre –sin hogar, por su aspecto– rebuscando en la basura. Sacó un par de páginas de periódico, las examinó y las volvió a tirar. Buscando más al fondo, sacó una revista, echó un vistazo a la portada y la volvió a tirar. Mierda, dijo, alejándose. Ya no hay nada que leer en estos putos contenedores.

Rousseau continúa diciendo que ha adornado la historia de su vida solo para llenar vacíos cuando le fallaba la memoria. Pero, por descontado, nunca te avisa.

Nunca escribas «no me acuerdo», dice el Editor; debilita tu autoridad.

Pero si escribes como si lo recordaras todo el Lector se olerá que algo no cuadra.

Me cae bien el estudiante de mi curso de posgrado en narrativa que dijo, He leído tus novelas y hay una cosa que tengo que preguntarte: ¿te has inventado algo?

Me gusta que Allen Ginsberg le dijera a un adolescente que quería saber sobre qué debía escribir, que escribiera sobre el amor que sentía por sus amigos.

Una vez cometí el error de escribir sobre un amor demasiado pronto después de que se acabase, olvidando el consejo de Chéjov de que uno

debe sentarse a escribir solo cuando se sienta frío como el hielo.

¿Cómo puede ser un gran novelista un hombre que no sabe nada sobre el amor?, dice un personaje de una novela de J. M. Coetzee acerca de un personaje llamado John Coetzee.

Me gusta que Virginia Woolf dijera, Todo lo que leo estos días, incluida mi propia obra, me parece demasiado largo.

Que Borges dijera, A diferencia de la novela, un relato puede ser, a todos los efectos, esencial.

Pero no que Jeanette Winterson haya dicho, Creo que los libros largos son groseros.

No que Céline dijera, Las novelas son algo así como el encaje, un arte que se extinguió con los conventos.

Cada vez me gusta más la idea de un seudónimo.

Sugared Nouns[7] fue la sugerencia del ordenador, después de pasar el corrector ortográfico.

Algunos escritores usan seudónimos para poder ser más veraces; otros, para poder decir más mentiras.

Me gusta cómo Lily Tomlin solía presentar una parte de su actuación, El siguiente sketch es sobre mis padres. He cambiado sus nombres para proteger su identidad.

Puedes empezar por el cine de ficción o por el documental, según Jean-Luc Godard. Empieces por el que empieces, inevitablemente acabarás encontrando el otro.

Me gusta el témpano de hielo en el corazón que, según Graham Greene, todo escritor ha de tener. Yo lo tengo.

Y la pizca de estupidez de la que Flannery O'Connor dijo que el escritor de ficción no puede prescindir. Yo también la tengo.

Me gusta que Alan Bennett haya dicho, Para un escritor, nada es tan malo como para los demás, porque, por espantoso que sea, le puede ser útil.

El oncólogo dice, Eso no me suena a ningún escritor que *yo* conozca.

Me gusta la paráfrasis que hace John Banville de Bennett: Los escritores no sufren tanto como las demás personas.

Como un enorme golpe de suerte describió García Márquez su diagnóstico de cáncer, pues le animó a empezar a escribir su autobiografía.

Siempre hay una hoja de papel. Siempre hay un bolígrafo. Siempre hay una salida, escribió H. L. Mencken, quien, sin embargo, esperaba que su vida no durara demasiado.

Escribir..., papel..., lápiz se dice que fueron las últimas palabras del poeta Heine. A menos que fueran: Por supuesto que Dios me perdonará; ese es su trabajo, como también se ha dicho.

Me gusta que, al final de su vida, Darwin dijera que querría haber leído más poesía.

Que Keynes dijera que querría haber bebido más champán.

Que Chéjov dijera, Hace mucho tiempo que no bebo champán, y luego apurase su copa y muriera.

Me gustan las últimas palabras. Beethoven: En el cielo oiré.

Käthe Kollwitz: Buena suerte a todos.

Tráiganme una escalera. ¡Rápido, una escalera! (Gógol)

Y epitafios chiflados: Sé que no a todo el mundo le parece triste esto.

Quería escribir una novela cómica, entonces me di cuenta de que tenía mi propia vida a mano.

Sugared Nouns: Mi vida y muerte como escritora.

Una vez que emprendes el camino de la autobiografía, se preguntaba Calvino, ¿dónde te detienes?

Siempre habrá encajeras, siempre habrá conventos.

Pero hacia ti, mi amor, nunca me sentiré tan fría como el hielo.

Segunda parte

Vi el cuaderno nada más entrar en el parque. Alguien se lo había dejado sobre un banco, donde me llamó la atención su cubierta de color rojo brillante: una Moleskine mediana encuadernada en cuero (casualmente yo tenía una igual). Seguro que no ha sido a propósito, pensé. Alguien debía de estar sentado allí, probablemente escribiendo en la libreta, y luego la dejó a un lado y se olvidó de ella. Era el tipo de error del que se informaba en todas partes esos días, errores debidos a un despiste inusual: un síntoma de niebla cerebral pandémica. (Hasta entonces, dos veces me había olvidado de sacar la tarjeta después de usar un cajero automático.) Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie, excepto a un barrendero del parque más allá, recogiendo la basura.

Agarré la libreta y la abrí por la primera página, donde sabía que encontraría un lugar con información sobre cómo devolver el diario, incluso un espacio en blanco para el importe de la recompensa. Pero no habían rellenado esa información.

Justo entonces apareció ella, caminando rápidamente en mi dirección. Llevaba un abrigo del mismo color escarlata que el cuaderno y una boina de fieltro también roja, aunque de un tono más claro. Desde donde yo estaba, pude leer la ansiedad en sus andares y, al acercarse, en su expresión. Debió de darse cuenta de que había olvidado el cuaderno y se apresuró a recuperarlo; le debía de preocupar que hubiera desaparecido.

Sin embargo, cuando me vio allí de pie, con el cuaderno en la mano, la mujer se quedó helada y, en lugar de contenta, agradecida o aliviada, parecía consternada.

Confundida, pero confiando que mi mirada le resultase tranquilizadora, le tendí la libreta: ¿Es suya?

Sacudió la cabeza –una vez, pero con total seguridad–, evitando mis ojos, antes de apresurarse a pasar, andando cada vez más deprisa hasta alejarse casi corriendo.

¿Qué acababa de ocurrir? Estaba segura de que el cuaderno le pertenecía a aquella mujer. ¿Por qué no lo cogió?

Me pareció saberlo. Debía de sospechar que lo había abierto, y no solo hasta la primera página. Digamos que era su diario privado, un lugar donde anotar sus pensamientos íntimos, donde desnudar su corazón y su alma. Que una extraña hubiera invadido su intimidad, que hubiera visto algo que jamás estuvo destinado a ser compartido,

la angustiaba. Era humillante. Prefería perder el cuaderno para siempre antes que enfrentarse a esa vergüenza. Después de todo, había optado por no proporcionar la información «En caso de pérdida...».

(Si esto fuera una novela de misterio, nuestra historia podría tomar ahora un giro siniestro. Dentro del cuaderno: pruebas de un crimen ya cometido o pistas sobre uno futuro...)

Sin saber qué más hacer, dejé el cuaderno donde lo había encontrado. Al momento, una ardilla saltó del suelo para sentarse encima, como una criatura de cuento cuya tarea fuera protegerlo. Pero cuando me pidió comida y yo le mostré las palmas vacías, se largó.

Me dije que al menos había una posibilidad de que la mujer volviera más tarde a buscar de nuevo el cuaderno. Y después de dar mi largo paseo habitual, di la vuelta para ver si seguía donde lo había dejado. No estaba. Intenté convencerme de que ya estaba a salvo en manos de su dueña. Pero, al recordar al barrendero que había estado allí antes, supe que lo más probable era que hubiera acabado en su carrito.

Todo este episodio tuvo un efecto exagerado sobre mí. Cada vez que se me venía a la mente –y lo hacía con frecuencia–, sentía una oleada de arrepentimiento. ¡Si tan solo hubiera retrasado cinco minutos mi llegada al parque! Racionalmente, sabía que, por supuesto, no había hecho nada malo. Aun así, es posible –de hecho, es usual– sentir culpa por algo de lo que uno no es culpable. Con la excepción de los psicópatas, los humanos están hechos así. Hay quienes se destruyeron por no haber sido capaces de impedir que destruyeran a otros. Existe el fenómeno de la culpa del superviviente.

Seguía viendo a la mujer mientras se alejaba a toda prisa de mí, con la cabeza gacha y los hombros encorvados: esa imagen de derrota. Pensé en su abrigo y su cuaderno a juego, y en su boina casi conjuntada, y en que el rojo debía de ser su color favorito. El rojo es mi color favorito.

De vuelta a casa, sube por las escaleras de su apartamento, donde vive sola. Asciende despacio, a paso cansado. Una vez dentro, se quita el gorro, pero no el abrigo. Se lo desabrocha, pero sin quitárselo se deja caer en una silla junto a la mesa de la cocina. Se sienta a la mesa con su abrigo de invierno y se queda mirando por la ventana. Su vista da a otras ventanas –hay un edificio de apartamentos enfrente– y, como ya es tarde, muchas ventanas están iluminadas, y varias de ellas muestran pantallas de televisión, algunas sintonizadas en el mismo canal. La rueda de prensa diaria sobre el coronavirus. La doctora Birx. El presidente Trump. Debería encender su propio televisor, piensa –en tiempos de crisis, manténgase informado–, pero no da el paso para hacerlo.

Se queda sentada mirando al otro lado como hipnotizada por el parpadeo de las pantallas, sin molestarse en quitarse el abrigo o

levantarse para encender la luz. Está sentada en la penumbra y el silencio, ese silencio roto únicamente por las sirenas que se han vuelto tan familiares y que siempre perseguirán los recuerdos de quienes estuvieron en el epicentro de la pandemia.

Un personaje en un cuadro de Edward Hopper. Una más de sus personas corrientes, de aspecto aislado y vulnerable que incitan al espectador a pensar, Algo triste les ha ocurrido.

Tal vez tuviera miedo de una infección, sugiere un amigo mío. Como todo el mundo en estos días.

Pero yo llevaba guantes.

Bueno, ¿qué se supone que tenías que hacer?, dice otro. ¿Correr detrás de ella e insistirle en que se llevara la maldita cosa?

Y, además, ni siquiera sabías que era un diario.

Sí lo sabía. Estaba segura.

No hay forma de entender el comportamiento de la gente en estos días. Ni lo intentes.

Tal vez no debería haberle sonreído. A lo mejor lo malinterpretó.

La incapacidad para dejarlo ir, la culpa irracional, el autoenfado: conocía estas señales.

Errores de pensamiento. Hay métodos para detenerlos, dicen los psicólogos. Y la salud mental exige que se detengan. Para el escritor, un dilema. Para el escritor, la reflexión obsesiva es imprescindible. La imaginación debe ir detrás de los pensamientos oscuros a lugares oscuros, nunca se puede decir, Alto, no vayas allí. ¿Y no es ese el trabajo, imaginar las vidas de los demás y por lo que están pasando?

Podría inventar una novela entera con esa Moleskine. (No te preocupes, no lo voy a hacer.)

Lo cual no quiere decir que me alegre de haberme encontrado con esa mujer.

Tengo este temor. Soy tan miope que, sin gafas, la mano que veo al final de mi brazo está borrosa. ¿Qué pasaría si un día me encontrara en un lugar horrible –por ejemplo, una cárcel o un campo de detención, o me viera obligada a huir para salvar la vida– y perdiera las gafas, se me rompieran o me las quitaran? ¿Qué pasaría entonces?

Una vez se lo comenté a unos invitados a una fiesta y todos se partieron de risa. ¡Como si algo así te pudiera pasar a ti!

Sin embargo, piensa en todas las personas del mundo a las que ya les ha pasado, incluidas las muchas que pensaban que nunca podría ocurrirles.

Catastrofismo. Tendencia a creer que el peor resultado posible es el inevitable. El tipo de error de pensamiento que puede conducir a la ansiedad y la depresión.

Con el mundo en llamas y sus sistemas derrumbándose, aquí, allá y

en todas partes –esperanza tras esperanza que al final acaban siendo solo falsas esperanzas–, ¿qué utilidad tiene ya este diagnóstico?

Otra señal: Estoy esperando mi capuchino para llevar cuando, sin pensar, apoyo una mano en el mostrador y el camarero me regaña como a una niña. Pone No Tocar, me dice, dándole un manotazo a una hoja de papel pegada a la encimera. Lo dice en una voz tan alta que la oyen un compañero suyo y los que esperan en fila detrás de mí.

Conozco al camarero, lo conocí hace años, siempre ha sido un placer verle: un hombre agradable, atractivo, de barba rizada, de una edad y un acento que no acabo de ubicar. De hecho, en estos días de contacto social tan restringido, agradezco especialmente mis breves interacciones con él, y siempre había sido simpático conmigo.

Por supuesto, retiro la mano del mostrador de inmediato. Por supuesto que me disculpo. Pero él ni me mira, frunce el ceño y, cuando cojo la taza y le doy las gracias, no responde.

Ya en el exterior, me horrorizo al descubrirme al borde del llanto. Ya no quiero el café, que tiro a la papelera más cercana. Solo quiero irme a casa. Me ha regañado como a una niña y yo me he convertido en una niña. ¡No tenía por qué gritarme! Ahora no volveré jamás. (Sí que vuelvo, aunque solo mucho tiempo después, cuando, a juzgar por su comportamiento, tan amistoso como siempre, parecería que ese problema nunca hubiera surgido entre nosotros.)

¿Por qué se enfadó tanto por una cosa tan nimia?

¿Por qué me sentí tan herida por algo tan nimio?

Tal vez ser una de esas personas que tenían que ir a trabajar todos los días mientras otros se quedaban a salvo en casa le estaba afectando.

No hay forma de entender el comportamiento de la gente en estos tiempos. Ni lo intentes.

Ahora que el tiempo era más cálido, a Cardo le había dado por dormir en la azotea. Resulta que había una terraza con un alero y varios muebles de exterior. Subió una almohada y el edredón de su cama y durmió en una de las tumbonas acolchadas.

Siempre he dormido bien fuera. No sé por qué no lo hace más gente. Antes de que existiera el aire acondicionado, durante las olas de calor, la gente de la ciudad acampaba con sus vecinos en azoteas y escaleras de incendios. Es tan tranquilo por la noche. Ojalá se vieran las estrellas, aunque por lo menos hay luna. Y no hay nada como despertarse temprano y ver salir el sol.

No era algo que quisiera hacer. Sin embargo, sentí una punzada de envidia. Me hizo sentir que realmente me estaba perdiendo algo. Que yo ni siquiera me pudiese visualizar haciendo algo así me hacía sentir vieja. Es más: no me cabía la menor duda de que, de haber tenido una edad más cercana a la suya, habría dormido allí arriba con él.

Empecé a despertarme cada vez más temprano. A menudo aún estaba oscuro cuando salía. Un domingo por la mañana, mientras caminaba y caminaba sin ver a nadie más, me retrotraje al día de Año Nuevo de 2001. Estaba en Roma. Me había saltado todas las celebraciones de Nochevieja, me había ido a la cama temprano y antes del amanecer ya estaba despierta. En la villa donde me alojaba nadie se levantaría hasta horas después, lo que parecía ocurrir en todas partes aquella mañana. La temperatura era inusualmente suave, más propia de octubre que de enero. Tenía la Ciudad Eterna para mí sola mientras emprendía el que quizá fuera el paseo más hermoso de mi vida.

Ahora, al cruzar Union Square, oí un grito detrás de mí. ¡*Eh, tú! ¡Apártate de mi camino!*

Un ciclista. ¿Qué me aparte de *su* camino? Pero si esto era una plaza peatonal. ¿Y qué pretendía echándoseme encima, cuando había mucho espacio a nuestro alrededor?

Un loco. Sin rostro, con gafas oscuras de ciclista y un pasamontañas negro. Al pasar pedaleando, me dijo, ¿No tiene miedo, señora?

No sé muy bien por qué no lo tenía. En parte porque en mi mente aún estaba en Roma, en parte por sus maneras relajadas e incluso juguetonas. O tal vez porque me había acostumbrado a las

excentricidades pandémicas de la gente, las extrañezas que ahora caracterizaban la vida cotidiana. Trazó un lento círculo a mi alrededor, obligándome a permanecer quieta, antes de marcharse con una risa maníaca que hizo salir volando a algunas palomas cercanas.

Seguí caminando. Ahora había unas cuantas personas más a la vista. Otro ciclista, un corredor, una mujer y un niño con un Frisby que jugaban a lanzárselo ahí en medio con su perro.

Unos minutos después, lo volví a ver. Había girado con su bicicleta y volvía en mi dirección. Se movía rápido y apenas aminoraba la marcha a medida que se acercaba.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Correr? ¿Gritar?

¿*No tiene miedo, señora*?

Inclinándose hacia mí, se bajó el pasamontañas hasta la barbilla, carraspeó y me tosió en la cara. Luego se marchó pedaleando, con los brazos en alto y la cabeza echada hacia atrás, soltando una retahíla de aullidos como los de un coyote.

Al otro lado de la plaza, la mujer, el niño y el perro se detuvieron a mirarme fugazmente antes de volver a sus juegos.

No fue un acierto intentar caminar y mirar por encima del hombro al mismo tiempo mientras lloraba. Por suerte no me caí, y por suerte el esguince no fue tan grave como para no poder volver a casa cojeando. Aunque al día siguiente tenía el tobillo derecho hinchado y agarrotado, con la piel moteada de magulladuras.

Tenía que haber una conexión, me pareció, entre este incidente y el vértigo que empezó a molestarme. Incluso después de que se redujera la hinchazón, el vértigo me impedía salir. Me vestía y estaba lista para irme, pero al llegar a la puerta me mareaba. A veces el mareo era tan fuerte que me provocaba náuseas, y a veces las náuseas eran tan fuertes que me provocaban vómitos. Por supuesto, se me ocurrió que podría haber cogido el virus, que el hombre me había infectado, que tal vez incluso se había propuesto hacerlo, pero no fue el caso. Más tarde decidí que probablemente no había ninguna relación: el vértigo es común en personas mayores de sesenta y cinco años.

Sin embargo, recordé el comentario de Joan Didion acerca de los síntomas que la habían llevado a buscar ayuda psiquiátrica en junio de 1968. Tenía treinta y tres años. Recordándolo unos años después, escribió, «Un ataque de vértigo y náuseas no me parece una reacción nada descabellada al verano de 1968».[8]

Demasiado facilón. Ella sabía que no era probable que el ataque fuera una respuesta al verano de 1968.

En el informe psiquiátrico redactado en aquel momento, que Didion

compartió, el diagnóstico revelaba «su visión fundamentalmente pesimista, fatalista y depresiva del mundo [...] Desde su punto de vista, vive en un mundo de gente movida por motivaciones extrañas, conflictivas, mal entendidas y por encima de todo engañosas, que los llevan de forma inevitable al conflicto y al fracaso».

Esto describiría, más o menos, la visión actual de la mayoría de los estadounidenses que conozco. Aunque yo añadiría: un sentimiento abrumador de vergüenza.

Si es cierto que la incapacidad para afrontar el futuro es un síntoma de trastorno mental, no conozco a nadie que ahora no esté trastornado, que no lo haya estado durante algún tiempo.

En 2016, la elección de Donald Trump detuvo la novela en curso del célebre escritor de ficción especulativa William Gibson. El resultado le había pillado, como a tantos otros (al menos en parte gracias a esas encuestas tan desatinadas), totalmente por sorpresa. Lo cambió todo, dijo; las emociones y las razones del comportamiento de los personajes ya no tenían sentido.

Gibson, un genio de la predicción de acontecimientos futuros, nunca había imaginado que Estados Unidos llegaría a esa situación. En entrevistas posteriores a la publicación de la novela que tuvo que actualizar, confesó que se había bloqueado creativamente. Cuando contempla el futuro de la civilización actual, su prodigiosa imaginación visionaria falla. No se le ocurre ninguna salida para el lío en que nos hemos metido.

Recuerdo 1968. El año que rompió América en pedazos. Sabía por qué Didion había elegido «Arrastrarse hacia Belén» como título de su famoso ensayo sobre los años sesenta, publicado un año antes, y por qué lo abría con versos del poema de Yeats. Las cosas se desmoronan, el centro no se sostiene, la anarquía se desata sobre el mundo. *Aquí está pasando algo*, decía la canción. Algo realmente malo, aunque su naturaleza exacta *no quede muy clara*.[9] Entonces, como ahora, mucha ansiedad, paranoia, temores apocalípticos. Pero, aunque los ecologistas ya habían empezado a dar la voz de alarma, el fin de la civilización se veía como el resultado más probable de una guerra nuclear, o de un accidente nuclear. No del cambio climático. No de una pandemia.

«Arrastrarse hacia Belén» tomó forma en un momento de la vida de Didion en el que ella también se encontró bloqueada, «paralizada por la convicción de que escribir era un acto irrelevante, de que el mundo tal y como yo lo había entendido ya no existía. Si quería volver a trabajar, tenía que aceptar el desorden».

Para ella, aceptar el desorden no incluía encontrar razones para la esperanza, aunque el gran sueño de los años sesenta era, por supuesto,

que el mundo que ya no existía fuera sustituido por otro más justo, pacífico y hermoso. Las marchas, los paros y otras manifestaciones de protesta eran inútiles, según ella, porque «el corazón de las tinieblas no residía en ningún error de la organización social sino en la sangre misma del hombre»,[10] una creencia que consideraba común entre su generación (a la que denominaban «silenciosa»). Había motivos para trabajar, y trabajar duro, porque no había mejor manera de hacer frente a tiempos difíciles. Pero esto no era lo mismo que la esperanza.

Recuerdo mi primer encuentro con el mito de la caja de Pandora, la versión narrada en *Mitología*, de Edith Hamilton, ese texto fundamental para mí que me reveló el lugar central que ocupa la narración en la comprensión de la vida. Lo descubrí en la escuela primaria y me encantó desde entonces. Recuerdo lo desconcertada que me dejó, igual que, según supe más tarde, se han sentido los eruditos a lo largo de los siglos.

En realidad, Hamilton da dos versiones.

En la primera versión, existe la mujer Pandora, pero no la caja. Por rabia hacia el titán Prometeo, cuyo amor hacia los hombres le había llevado a robar el fuego divino para dárselo y enseñarles cómo obedecer la ley relativa a los sacrificios de animales de forma que se quedaran con las partes elegidas, Zeus creó un «hermoso desastre»: Pandora, dotada por cada uno de los dioses de algún rasgo seductor, sería la ruina de los hombres (en aquella época –la Edad de Oro– los únicos humanos que existían eran hombres). *De ella, la primera mujer, procede la raza de las mujeres, que son un mal para los hombres, con una naturaleza para hacer el mal*. (Así, la creación de las mujeres significaba que la Edad de Oro había terminado.)

En la segunda versión, los dioses llenan una caja con todos los dolores, enfermedades y penas que le podrían sobrevenir a un mortal. Luego, sin revelar su contenido, entregan la caja a Pandora, prohibiéndole para siempre que la abra. Pero cuando la curiosidad se apodera de ella (como sabían que ocurriría, ya que el objetivo era la venganza de Zeus por la benevolencia de Prometeo hacia los hombres), levanta la tapa y suelta todos los males sobre el mundo. Cuando cierra la tapa, solo queda una cosa: la esperanza.

¿Qué? ¿Significa eso que, como parte del castigo de Zeus, siempre quedaría retenida la esperanza? Pero, para empezar, ¿qué hacía la esperanza en una caja de males?

Que la *esperanza permanece* ha sido una lectura común del mito: no importa qué males nos visiten, no importa cuánto sufrimiento tengamos que soportar, siempre existen la bendición y el consuelo de la esperanza para ayudarnos a salir adelante.

Pero si esos males hubieran permanecido dentro de la caja, no habrían tenido poder para hacer daño. ¿No significaría esto que, para

hacer su buena obra, había que dejar salir también a la esperanza?

Así lo veía Nietzsche: *Por supuesto que la esperanza es un mal*. En realidad, es el peor de todos los males, decía, porque prolonga los tormentos del hombre. Y, por supuesto, esto formaba parte del castigo que el Padre de Dioses y Hombres tenía en mente.

Entre los muchos tormentos de Nietzsche, sabemos que había varias dolencias corporales, y no nos sorprendería saber que, el día que se le ocurrió esta idea, estaba sufriendo una de sus horribles migrañas.

Resulta que Didion también sufría de migrañas. De hecho, contó que, mientras escribía «Arrastrarse hacia Belén», estaba «más enferma que nunca», y que recurría a «ginebra y agua caliente para mitigar el dolor y [...] Dextroanfetamina para mitigar la ginebra». También nos cuenta que el significado del ensayo, tan importante para ella, parece haberse perdido en muchos lectores: «Nunca había recibido reacciones tan universalmente desatinadas».

Se dice que «caja» es un error de traducción. En realidad, debería ser el tarro de Pandora. Se supone que el recipiente en cuestión era un gran tarro de almacenamiento. La ilustración de Hamilton muestra a una vampiresa agitando angustiosamente los brazos mientras unas maldiciones fantasmales personificadas salen como humo de un gran cofre abierto, parecido a un cofre del tesoro, a sus pies.

Siempre me he preguntado por la verificación de datos que se llevó a cabo –o no– en el ensayo de Didion, publicado por primera vez como artículo de portada bajo el título «La generación hippie: Arrastrarse hacia Belén» en *The Saturday Evening Post*. Estoy pensando en particular en la anécdota que aparece casi al final, cuando, como invitada en un cuarto de estar de Haight-Ashbury, le presentan a Didion a una niña de cinco años que, según dicen, en ese momento está bajo los efectos del ácido. Didion relata que la niña –Susan– está leyendo un cómic muy concentrada, y cuando Didion la interrumpe para charlar, ella responde de forma perfectamente lúcida. De hecho, según Didion, «lo único raro que le veo es que lleva pintalabios blanco».[11] En otras palabras, no hay nada ni en el aspecto ni en el comportamiento de Susan que haga pensar en alguien que ha tomado una potente sustancia alucinógena.

«Ahora ya hace un año que su madre le da ácido y peyote.» Didion afirma esto como si estuviera citando indirectamente a Susan, aunque no suena como algo que diría una alumna de parvulario drogada. En cualquier caso, Didion parece tomarlo como un hecho, lo que nos deja

sin saber por qué no indagó más sobre los efectos que ese año de consumo de drogas que alteran la mente tuvo en una niña tan pequeña.

Didion conoce a Susan a través de alguien llamado Otto (si los nombres de las personas mencionadas en el ensayo son reales o ficticios es otra cosa que me ha hecho sentir curiosidad). Otto es uno de los varios hippies con los que pasa tiempo en el Haight mientras escribe su texto. «Tengo algo en mi casa que te va a dejar flipada», le dice, y resulta que se refiere a Susan, a la que, por alguna razón desconocida, una amiga de su madre ha llevado a casa de Otto.

Cuando unos amigos y yo leímos por primera vez el ensayo de Didion, como tarea para uno de nuestras asignaturas universitarias, estas palabras, y el hecho de que Susan no parece estar en absoluto drogada, nos hicieron pensar que Otto –junto con la amiga de la madre de Susan– podría haberle estado tomando el pelo a Didion. Pensamos esto porque sabíamos que tomarle el pelo a la gente –especialmente a los más poderosos, y ante todo a los poderosos que escribían sobre ellos (en un momento Didion reconoce que la consideran una «envenenadora mediática», una criatura con la que ningún hippie debería siquiera hablar)era el tipo de comportamiento por el que la generación era famosa. Pitorreo: el *modus operandi* de la contracultura.

Podíamos imaginárnoslo: esta republicana absolutamente fuera de onda, con su falda y su blusa de señora, sus medias y sus tacones, y con su bolsito a cuestas, que llega a San Francisco, «donde los chavales que desaparecían se juntaban y se llamaban a sí mismos "hippies"» por encargo de su revista conservadora de clase media. (Nunca te fíes de nadie que tenga más de treinta años, decía una consigna del movimiento, y la propia Didion se sentía tan alejada de sus sujetos de estudio que sigue refiriéndose a las adolescentes como «chiquitas»).

Los hippies eran muy conscientes de la atención nacional que se había centrado en ellos y de los muchos rumores disparatados que corrían, sobre todo en relación con el sexo y las drogas. (Queremos ver a los salvajes, ya sabe, los gitanos, oí una vez que le decían unos turistas a un poli de Nueva York, que asintió y les mandó a Washington Square Park.)

Asegurarles a los mojigatos y crédulos que los rumores eran ciertos –*Sí, por supuesto que vamos desnudos todo el tiempo, y es cierto que nunca nos bañamos, y todo el mundo se folla a todo el mundo durante todo el día*– era parte de la diversión. Que los hippies daban LSD a sus hijos era una de esas historias de miedo que circulaban por ahí, como la del grupo que había tomado ácido y luego se había sentado a mirar el sol hasta que todos se quedaron ciegos, y no muy distintas de los diversos

mitos sobre los caramelos envenenados de Halloween que se repiten año tras año.

«Tengo algo en mi casa que te va a dejar flipada.»

Si hay una precaución que cualquier hippie debería haber tomado es no llamar la atención del Hombre. Qué extraño, entonces, que Otto no temiera en absoluto que esta forastera, esta periodista de investigación, pudiera dar parte de lo que había presenciado en su cuarto de estar, y ¿no estaba obligada a hacerlo por las leyes de protección de menores?

Didion sabe tan poco sobre alucinógenos que llega a la conclusión de que cierto hombre (y los hombres nunca son «chiquitos») tiene un mal viaje, solo porque no deja de mirarse los dedos de los pies. Que ella crea lo que Otto le cuenta sobre Susan no es sorprendente. Lo que es más que sorprendente, en cambio, es la ausencia de revisión posterior.

Tiempo atrás, Otto le había contado a Didion otra historia de terror, en este caso sobre una chica de catorce años que, mientras paseaba inocentemente por el Golden Gate Park, fue detenida, fichada y sometida por la policía a un «examen pélvico». Otto le explica a Didion el mal viaje que le causaría esto a alguien que estuviera de bajada de ácido, aunque –confusamente– no parece haber ninguna razón para pensar que la chica estuviera de bajada de ácido.

Cuando Didion le pregunta a Otto si puede ponerse en contacto con la chica, él le dice que está ocupada ensayando para la obra de teatro del instituto. ¿Cómo? ¿Cada minuto de cada día? ¿Y los padres y profesores de la chica? También en este caso, una puerta tras la que cualquier reportero querría mirar ni siquiera se abre. Nunca escuchamos otra palabra sobre esta chica, ni sobre su falsa detención, ni sobre su «examen pélvico», más allá de que la obra para la que está ensayando es *El mago de Oz*.

Décadas después, tras el estreno de un documental en el que se le pregunta a Didion cómo se sintió en su famoso encuentro con Susan, incluso los admiradores confesarán sentirse desconcertados por su respuesta. Es un momento que recuerda con grata satisfacción, un caso de fabulosa suerte periodística, lo que ella llama «oro». «Vives para momentos así, si estás haciendo un reportaje», dice.

«Arrastrarse hacia Belén» le dio a la gente la inequívoca impresión de que el abandono y el abuso de menores, junto con otros ejemplos de comportamiento criminal y degenerado, eran una característica principal de «la generación hippie». No es que hubiera suficientes hippies para formar una generación, pero si su retrato sensacionalista hubiera sido cierto, aquella reunión histórica sin precedentes –esos tres días de paz y música que tuvieron lugar en una granja al norte del estado de Nueva York unos dos años después de la publicación del

ensayo– habría deparado tres días de pesadilla.

Cuando le contamos esto a nuestro profesor y le dijimos que pensábamos que a Didion podrían haberla engañado, nos aseguró que era demasiado inteligente para que eso ocurriese. Cuando le dijimos que nunca habíamos oído hablar de ningún hippie que diera ácido a un niño pequeño y que su ensayo nos parecía ofensivo, por la forma en que hacía que todos los hippies que conocía parecieran depravados, locos o estúpidos, se encogió de hombros. Quizá los hippies de la Costa Oeste sean diferentes, dijo.

Leí en alguna parte que, en torno a 2015, los psicoterapeutas empezaron a oír hablar a la gente de los sueños que tenían sobre Donald Trump. Muchos de los sueños eran similares. Estaba el grupo de personas que soñaba que sus madres habían empezado a salir con Trump, y el otro grupo que soñaba que Trump era su profesor en el colegio. Algunos de los sueños eran violentos; otros incluían abusos sexuales. Había sueños en los que Trump aparecía como el salvador del mundo y otros en los que era su destructor. Podía ser aterrador –un monstruo o una especie de invasor alienígena– o podía ser una figura simpática, un hombre afligido que necesitaba amor y compasión.

Fuera lo que fuese, apareciera como apareciese, estaba claro que había calado hondo, muy hondo, en la cabeza de los estadounidenses.

Yo estaba entre aquellos cuyo sueño era violento, un sueño sobre abusos sexuales.

Recuerdo el estado de agitación de algunas de mis jóvenes alumnas al día siguiente del tercer debate presidencial, durante el cual él había protagonizado una de sus actuaciones más groseras y amenazadoramente misóginas. Sus voces susurrantes y temblorosas. Su incredulidad.

Descubrí que, además de ser una de las que habían soñado con Trump, pertenecía a un grupo de personas afectadas por una fantasía particular, embarazosa de contar. Nuestros peores temores no se cumplirían, decía la fantasía. Porque una vez en el cargo, Trump cambiaría. Como el Grinch que robó la Navidad, como Ebenezer Scrooge, de algún modo vería la luz. Comprendería lo felices que serían todos, incluido él mismo, si empleara todo su poder, el poder del ser humano más poderoso de la Tierra, para hacer el bien. («Todo el mundo va a tener un seguro médico precioso, un seguro médico tan precioso que no te lo vas a creer»).

Lamentable, sí. Pero el miedo convierte a la gente en niños.

Después de las elecciones, era difícil saber qué hacer con cierta realidad. La periodista negra que informó de lo contenta que estaba su madre de que Trump hubiera ganado, porque *ahora la América blanca*

tendrá que enfrentarse a quiénes son en realidad. El chino-americano que dijo que había votado a Trump porque *a los liberales no les importan los asiáticos*. Los chicos de izquierdas cuyo odio hacia Hillary Clinton era tan malicioso que *lo único que importaba era que perdiera*. El milenial que me habló de todos los milenials que conocía que detestaban a Trump pero que habían estado esperando que derrotara a Clinton de todos modos porque, *con Trump, la política sería más interesante*.

Sin duda, cada una de estas personas se creía cuerda.

Día tras día, los resultados de dos cómputos. El número de vidas estadounidenses perdidas por el coronavirus: unas 115.500 a finales de primavera, un total que casi se triplicará a finales de año. El número de mentiras contadas por Trump desde el inicio de su presidencia: unas 15.000, cifra que se duplicará con creces el día de las elecciones.

Volvería a ganar, y si no lo hiciera se haría con el poder y se haría presidente vitalicio: *media nación encantada con esto*. («Tanta gente me quiere. Tanta, tanta. Es tan cierto.») Por primera vez se evaluaría una presidencia estadounidense en términos de su amenaza para la salud mental de los ciudadanos estadounidenses.

Creo que la gente es más buena que mala. Cuando Obama dijo esto solo estaba repitiendo lo que muchos habían dicho antes. Otra versión: *Creo que en el mundo hay más gente buena que mala*. Lo que no se puede deducir, sin embargo, es que, gracias a las cifras, el bien vaya a prevalecer. Lo que no se puede dejar de tener en cuenta es que, en determinadas circunstancias, los malos pueden conseguir que los buenos actúen mal y, además, para alcanzar determinados objetivos –la victoria en tiempos de guerra, por ejemplo– lograr que los buenos actúen mal se eleva al nivel de una necesidad.

Por eso Joan Didion decía que no creía que ir a una barricada pudiera cambiar en lo más mínimo el destino del hombre.

Según Flannery O'Connor, la gente sin esperanza no escribe novelas.

La gente sin esperanza no escribe novelas. Yo estoy escribiendo una novela. Por lo tanto, será que tengo esperanza.

¿Tiene sentido?

Buenas noticias desde California: El suegro de Iris había superado la enfermedad, nadie más de la familia se había contagiado y la presión arterial de Iris había bajado. Sin embargo, habían decidido que lo más seguro para ella sería permanecer en Palo Alto durante las últimas semanas de embarazo y tener el bebé allí.

Le aseguré a Iris que, en casa, todo iba bien. Cardo y yo nos entendíamos, a Eureka se le cuidaba con cariño y no tenía que preocuparse por nada.

No me sorprendió en absoluto saber que la doctora que se alojaba en mi apartamento había contraído el virus y estaba en cuarentena. Una vez recuperada, decidiría si seguir trabajando como voluntaria en el hospital o volver a su casa en Oregón. (A esas alturas, el Covid estaba tan extendido que allí también la necesitarían con creces.) Yo esperaba que se fuera. No era solo que quisiera alejarme de Cardo. Tenía la idea de que, si volvía a mi casa, podría volver a trabajar.

Al mirar atrás, siempre me preguntaba: ¿cómo pasé el tiempo? Con el pie en alto siempre que era posible, leía muchas noticias, pero el resto de la lectura –leer por placer– se había vuelto demasiado difícil. Simplemente, me faltaba la concentración necesaria para llegar muy lejos en un libro. Tenía que volver a empezar desde el principio. También veía muchas noticias y muchas películas y programas de televisión. Las noticias daban demasiado miedo como para no ser fascinantes, aunque si bien las películas y los programas de televisión requerían menos concentración que la lectura, desconectaba tan a menudo que perdía el hilo de la historia.

Parecía dar igual en qué centrase mi mente: siempre era presa de pensamientos intrusivos. Y aquí se me presenta un dilema: describir o no describir esos pensamientos. No quiero describirlos, pero tampoco quiero que pienses que es por pereza. La verdad es que este es uno de esos raros momentos de la escritura en los que no le veo ventajas a ser específica. ¿No basta con que te diga que esos pensamientos, que podían surgir en cualquier momento y a veces lo hacían hasta una docena de veces por hora, eran perturbadores? Breves pesadillas de vigilia. No estoy hablando de escenas retrospectivas de algo que hubiera vivido realmente; de hecho, rara vez aparecía yo misma. Era más bien como si un vasto catálogo de posibilidades violentas e inhumanas se hubiera alojado en mi mente, y en contra de mi voluntad siguiera pasando sus páginas. Una especie de *libro* de

Pandora.

Por la noche era diferente. Por la noche me despertaba con frecuencia en una especie de torbellino. Aparentemente había olvidado algo de suma importancia. Pero, por mucho que permaneciese desvelada intentándolo, nunca podía nombrarlo. Los miedos al futuro me atormentaban –no solo los grandes miedos que compartía con todos los demás, como el miedo a contraer el virus y tal vez incluso morir, o a las consecuencias de nuestra política, cada vez más oscura y caótica–, sino los pequeños miedos inspirados por los aspectos más mundanos de mi vida.

Había perdido toda confianza en mí misma para realizar tareas comunes. Me quedaba tumbada en la cama, obsesionada con mi lista de tareas pendientes, observando con impotencia cómo –gracias a los numerosos obstáculos que mi mente iba generando– se iba transformando en una lista de cosas que no podía hacer. Que encargase un mueble y no acabara cagándola era tan improbable... que mejor ni intentarlo. (Para mí, las palabras *Requiere montaje* o incluso *Requiere algo de montaje* en cualquier producto siempre han sido un freno.)

Los planes de viaje que había hecho para esa primavera habían tenido que cancelarse, por supuesto, y estaba segura de que no iba a ir a ningún sitio pronto. Entonces, ¿por qué me quitaban el sueño preocupaciones imaginarias sobre la pérdida o el robo de mi pasaporte, equipaje o cartera mientras estaba en el extranjero? Por no hablar del miedo a perderme. (Pero esto ha sido una fobia de toda la vida.) ¿Por qué la posibilidad de tales percances, que después de todo en la vida real no carecen de arreglo, me llenaba del tipo de pavor que corresponde a una calamidad real?

La ansiedad más implacable era que mi portátil se estropeara o que perdiera la conexión a internet. Para el caso, me podrían meter en una mazmorra.

Durante el día podía ser tan olvidadiza que no recordara lo que había desayunado, pero en las horas oscuras de la noche era una genia de la memoria. Podía recordar cada momento lamentable de mi vida. Cada error cometido, cada humillación, cada fracaso, cada pecado, cada daño que había causado a otra persona, adrede o por accidente, cada cosa mala o estúpida que había dicho o hecho.

Me acerco peligrosamente a la autocompasión: no es bueno.

Has estado llorando, dijo Cardo.

No me molesté en responder, solo cogí el vaso de agua que había ido a buscar a la cocina y me retiré a mi habitación.

Ahora pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. De pie seguía teniendo episodios de vértigo y náuseas. Las náuseas me quitaban el

apetito. Por comodidad, había aceptado la oferta de Cardo de compartir todo lo que él cocinaba, pero rara vez probaba más que unos pocos bocados y nunca nos sentábamos a comer juntos. La comida me resultaba en general tan insípida que, durante un tiempo, me preocupó estar experimentando la pérdida del gusto, un conocido síntoma de Covid.

El «síndrome de la caverna» como respuesta a la pandemia pronto empezaría a recibir mucha atención, pero en realidad yo ya lo había experimentado antes, cuando se llamaba agorafobia.

«Ya sabes que nunca pasa nada bueno si sales de casa», decía Larry David en el anuncio institucional sobre la cuarentena. «Solo trae problemas».

Uno de los problemas que temía era toparme de nuevo con ese asqueroso de la bicicleta.

Aún podía reírme con Larry David, o con cualquier chiste bueno, y aún podía alegrarme con Eureka. Hubo un día en que me desperté y pensé que me pasaba algo en la vista. Era como si les hubieran extraído el color a las cosas. Solo veía gris, beis o negro. No era un síntoma del virus, que yo supiera, pero de todos modos me entró el pánico. Me levanté, fui a la habitación de Eureka y contemplé con alivio su plumaje llamativo.

Cardo me había enseñado cómo, si cogías una pelota y la hacías rebotar por todo el largo pasillo del piso, Eureka la seguía con rebotes perfectamente sincronizados. (Muchos pájaros hacen música, pero ¿qué otro animal tiene el sentido del ritmo de los loros?) Una actuación desternillante que siempre me hacía reír a carcajadas, ¡y luego Eureka también se reía! Pero, aunque sabía que lo echaría de menos, seguía queriendo irme. Tenía miedo de que si no empezaba a escribir pronto no volvería a hacerlo nunca más.

Si te cuesta concentrarte, prueba a escribir cosas muy cortas, según aconsejan. Un escritor que conozco sugiere experimentar nada más que con un título y una frase.

El novelista célebre

Explicó en una entrevista que pasó de escribir novelas a escribir poesía después de enterarse de que el célebre poeta John Ashbery escribía solo una hora al día.

Entre las personas que conocí que murieron de Covid esa primavera había un hombre al que había conocido varios años antes, en un congreso de escritores, donde impartimos juntos un taller de una semana. Coincidimos una segunda vez, años después, en la ceremonia de entrega de un premio literario. Formaba parte del consejo de

administración de la fundación que concedía el premio. También formaba parte del profesorado de un departamento de inglés universitario cuyo director me había pedido que evaluara algunos de sus trabajos para un examen de titularidad. Estaba a punto de cumplir sesenta años cuando murió por complicaciones del coronavirus.

Un mes más tarde se supo que el hombre que creíamos conocer era un fraude. Afroamericano de Detroit, se había inventado una identidad como inmigrante latino que había huido con su familia de Cuba a Estados Unidos cuando tenía siete años. Había sostenido este embuste tan exitosamente que incluso la gente más cercana a él se sintió engañada. Había escrito un libro entero inspirado en sus experiencias como cubano-americano, incluido el aprendizaje del inglés como segunda lengua. Su posición en el mundo académico y en la comunidad literaria se basaba enteramente en esa *vita* espuria.

Ahora que la verdad había salido a la luz, la gente estaba dividida. Muchos estaban indignados por lo que consideraban una traición a la confianza y un acto imperdonable de apropiación cultural. Otros creían que, por inapropiado que fuera, el engaño podía perdonarse a la luz de lo buen profesor que se sabía que había sido.

Los escritores se reinventan constantemente, decían algunos. Lo que había hecho en realidad no era más delito que ponerse un seudónimo. Digamos que, por alguna misteriosa razón, en el fondo siempre se había sentido latino. (Pensé en cierta autora de unas memorias fraudulentas sobre el Holocausto, una mujer que no era judía, cuya defensa había sido, en efecto, que siempre se había *sentido* judía.) Algunos argumentaron que, si la gente tenía derecho a elegir su género, ¿por qué no también el derecho a elegir su raza, o su etnia?

Me preguntaron si estaba enfadada ante el engaño; después de todo, había escrito apoyando su trabajo. Pues no. Me encontraba entre los que se sentían más bien tristes y confusos. Resulta doloroso pensar en el peaje que debió de pagar por una pantomima tan prolongada. No conocíamos el alcance de su duplicidad, no podíamos decir con seguridad qué había sido real de él y de su pasado y qué había sido una farsa. No conocíamos su verdadera vida, y si no conocíamos su vida, ¿cómo íbamos a conocer su muerte? ¿A quién estábamos llorando exactamente?

No, no estaba enfadada. Y tampoco me sorprendió mucho, ya que este episodio encajaba perfectamente con la época, en la que todos vivíamos con la sensación de que, en cualquier momento, se desvelaría una nueva historia inexplicable.

Déjame contarte algo que escuché ayer mismo: dos mujeres en el autobús en el que viajaba hablaban de la amenaza de una guerra nuclear. Ya sabes, ese podría ser el plan de Dios, dijo una. Un invierno nuclear para arreglar el calentamiento global. Una idea absolutamente

brillante por parte de Dios, sugería el tono de esa mujer. La otra mujer asintió. Esperemos que así sea, dijo. Y luego, ¿qué te ha dicho el médico sobre ese sarpullido?

Autor orgulloso

El placer de ver a una joven hermosa leyendo su novela en el vagón de la línea L se vio algo estropeado por el hecho de que moviese los labios.

Una noche, después de que Cardo subiera a la azotea, vi que me había dejado una porción de una especie de guiso para cenar: tofu con espinacas. Tenía hambre, pero no de tofu con espinacas. En el congelador encontré medio litro del postre favorito de Cardo: helado de leche de avena y caramelo. Leí los ingredientes con irritación. *Si no lleva leche, no es un helado*. Demasiado impaciente como para dejar que se derritiera, calenté el envase en el microondas, aunque recordaba haber oído que calentar helado en el microondas disminuía su sabor. No sabía –ni me importaba– si eso también ocurría con el helado sin leche. Me comí todas las cucharadas de una sentada, que en realidad no era una sentada: comí de pie.

Veo que anoche tuviste un pequeño ataque de ira, dijo Cardo.

Le dije, ¿A qué te refieres?

Bueno, cuando coges algo que no te pertenece...

Fue grosero, reconocí. Fue egoísta. Demostró una completa falta de control. Fue vergonzoso, ¿de acuerdo? *Nada de eso lo convertía en un ataque de ira*.

No te alteres, dijo. Sonreía. Como si mi debilidad fuera una especie de triunfo para él. Simplemente me alegra ver que comes algo, dijo. Siempre y cuando no lo vomitaras después.

Qué descaro, le dije furiosa a Violet. Mira que echarme esa reprimenda.

Ha sido tan bueno contigo, dijo. ¿Por qué no puedes ser amable tú también?

Admití que no se había portado tan mal como yo había predicho, que en general había sido, en fin, bastante amable. Pero aun así quería que se fuera.

No es nada de lo que *hace*, dije. Y no es que el piso no sea lo suficientemente grande para los dos. Pero es tan diferente tenerlo

aquí. No puede evitarlo, lo sé, pero llena todo el lugar de testosterona.

Violet se rió. Ese es el verdadero problema, ¿verdad? Ahí estás, viviendo muy cerca de ese joven tan guapo y sexy, un recordatorio flagrante de lo que no puedes tener, de lo que has perdido, de esa parte emocionante de la vida que ahora ha quedado atrás y que nunca podrás recuperar, y aunque no es culpa suya, le echas la culpa a él.

Es natural, dijo Violet. A partir de cierta edad, todo el mundo guarda luto por su juventud. Pero si no tuviera el aspecto que tiene, no sé si estarías tan amargada.

No me retractaré de lo que dije antes, de que Violet suele tener razón.

Me sentaron mal sus palabras –en aquel momento, las negué–, pero al final me ayudaron a calmarme. Daba igual lo que me pasase, este dolor, esta pena, era normal.

Ese mismo día Cardo salió y compró cuatro envases de medio litro de helado de leche de avena y caramelo.

Come todo lo que quieras, me dijo.

Lo cual hizo que se me revolviera el estómago.

Debería haberte preguntado, dijo. Tal vez preferías otro sabor.

Lo cual hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Aún peor

Tras una noche de sueños turbulentos, Gregor Samsa se despertó y descubrió que su mujer se había transformado en una cucaracha gigante.

Tardé un minuto en darme cuenta de que el trozo de aspecto incomestible que me había dejado en el plato de comida –lo que parecía un bocado de chocolatina ranciaera en realidad un comestible de cannabis.

A su lado, una nota: Útil para el tratamiento de las náuseas y la ansiedad, así como estimulante del apetito.

Intenté recordar la última vez que me había colocado, pero no pude.

¿A través de qué algoritmo había pensado internet que, entre los libros que podrían gustarme, estaba *No es fácil ser un conejito*?

Parece que el pequeño P. J. Diverconejito ya no quiere ser un conejito. Así que se va a vivir con otros animales, uno después de otro, solo para aprender que, después de todo, ser un conejito es lo mejor para él.

Una lección objetiva sobre la autoaceptación y cómo sentirse cómodo con quien eres.

Quizá fuera en parte el efecto del comestible de cannabis, pero este tipo de pensamiento pedagógico tiende a confundirme. ¿No llegarían al menos algunos niños a la conclusión de que, independientemente de

lo que sientan por ser ellos mismos, ser un conejito sería mejor? Estoy segurísima de que así es como yo habría leído el libro de pequeña.

Una vez, una profesora me contó que había preguntado a sus alumnos de tercero: Si pudieras hacerle una pregunta a un perro, ¿cuál sería? Y un niño respondió: Perro, cuando sea mayor, ¿qué seré?

Pensé en una conocida escritora que ponía los ojos en blanco al ver cómo internet no dejaba de sugerirle que sus propias novelas podrían interesarle.

Siempre me han recomendado muchos más libros que sé que nunca me gustarán que los que probablemente me gusten. Pero tengo curiosidad por saber qué hay en mi historial de navegación y compras que haya inspirado la recomendación de este libro en particular: un «libro para principiantes», con un nivel de lectura de tres a siete años.

Seguramente fue el comestible lo que me hizo cabecear con las manos sobre el teclado. Soñé que me secuestraban. El secuestrador me llevaba a algún sitio en tren. Me senté aterrorizada a su lado, hasta que se acercó una pasajera. Tenía un libro en la mano y me preguntó si se lo firmaba. Al tratarse de un sueño, era un libro escrito por otra persona. El secuestrador no puso ninguna objeción, así que agarré el libro y escribí mi nombre y debajo «¡Llama al 911!». Cuando le estaba devolviendo el libro, me desperté.

Existe un remedio infalible para el bloqueo del escritor, según un profesor que conozco: empezar por las palabras *Me acuerdo*.

Es cierto que siempre que veo esas palabras –dondequiera que aparezcan– quiero seguir leyendo. Y uno de mis libros favoritos es *Me acuerdo*, de Joe Brainard. Otra cosa que a veces se les pregunta a los escritores: ¿Qué libro ha leído que le hubiera gustado escribir? El milagro del libro de Brainard es que tú mismo *puedes* escribirlo. Basta con hacer lo que él hizo: ir anotando un recuerdo tras otro a medida que se te vienen a la mente (ordenándolos después como quieras), empezando siempre con la frase *Me acuerdo*.

En realidad, Brainard escribió más de un libro de memorias de este tipo a lo largo de los años, pero con el tiempo se recopilaron en un solo volumen (al que se suele denominar obra de no ficción autobiográfica, pero que algunos califican de obra poética).

Milagroso: un libro en el que casi todas las frases empiezan por «me», pero cuyo autor no puede ser calificado de narcisista. Excepto si se comparte la opinión popular de que todos los escritores son narcisistas en cierta medida y que los que escriben sobre sí mismos lo son en grado extremo. (Me gusta esta aclaración del narrador de un libro de Stendhal: «No es por egoísmo por lo que digo "yo"; es simplemente la forma más rápida de contar la historia».)

Brainard, que también era artista plástico, nació en 1942, y *Me acuerdo* trata en gran medida sobre hacerse mayor como queer en Tulsa, Oklahoma, a mediados del siglo XX. Entre las muchas cosas que recuerda están: las faldas con un caniche bordado y las camisas Perry Como, la gente bailando «el Swing», «el Pollo» y «el Bop», los compañeros de clase de la escuela primaria que se enviaban tarjetas de San Valentín, los sombreros de Davy Crockett, los zapatos de ante azul, los cardados y los copetes muy altos, las llaves de los patines, las colas de mapache que colgaban de las antenas de los coches, los lecheros, los abridores de botellas con pedrería, los niños de la sopa Campbell, Jane y Dick y Sally y Spot, los pantalones capri y los sombreros pastillero.

De lo que se deduce que *Me acuerdo* es también una pieza perdurable de la cultura popular americana.

También se recuerdan: las angustias, maravillas, placeres y vergüenzas de la mayoría de edad. Anhelos y desconciertos eróticos. Preguntas. Si Dios es omnipotente, ¿por qué no acaba con la polio y

las guerras? ¿Cómo puede salir un bebé por un agujero tan pequeño? ¿De verdad comen las cabras latas de conserva?

Numerosos recuerdos –la mayoría, de hecho– son tan corrientes que muchas otras personas también los recordarán. El día en que dispararon a John Kennedy. Y muchas «primeras veces»: cigarrillo, erección, hacerse una paja, emborracharse. Para la mayoría de los lectores que conozco, esta es una de las alegrías de leer *Me acuerdo*: los recuerdos de la vida de una persona que también tratan de un pasado colectivo. Pero también he conocido a algunos que se irritaron: Yo también me acuerdo de los sombreros pastilleros. ¿Y qué?

Las imitaciones de Brainard son abundantes, y los ejercicios de «Me acuerdo» se han utilizado en clases de escritura para personas de todas las edades, así como en diversos entornos clínicos, como las sesiones de terapia destinadas a tratar el estrés postraumático.

El escritor francés Georges Perec empezó a escribir frases que empezaban por «*Je me souviens*» como ejercicio y, al igual que Brainard, acabó teniendo un libro. Le encantaba que cualquiera pudiera hacer lo que Brainard y él habían hecho –había literatura para la que no hacía falta ser escritor– y pidió que, al final de su libro, se dejaran algunas páginas en blanco «sobre las que los lectores podrán anotar los "Me acuerdo" que la lectura de estos, confiemos, les hayan suscitado».[12]

Aproximadamente un siglo y medio antes de las memorias de Brainard, un poeta inglés llamado Thomas Hood escribió «Recuerdo, recuerdo», en el que, al echar la vista atrás, el febril y abatido orador recuerda, recuerda la casa donde nació y varias imágenes adorables, como un jardín lleno de flores, de lo que parece haber sido una infancia idílica.

La lírica punzante y nostálgica de Hood inspiró a otro poeta inglés, Philip Larkin, a escribir su propio «Recuerdo, recuerdo», en el que el hablante se encuentra como pasajero en una parada de la estación de tren de Coventry, que casualmente es donde nació, un lugar «donde dejé pasar mi infancia»,[13] bromea; un vacío recordado en versos sombríamente sardónicos.

Me gusta la definición de Günter Grass de un escritor como «un recordador profesional».

Cuando quise pedirles a los alumnos un ejercicio basado en el libro de Brainard, me preocupaba que algunos se sintieran cohibidos. (*Lo que yo recuerde no es asunto tuyo*.) Así que les sugerí que hicieran dos listas, una en la que escribieran recuerdos verdaderos y otra en la que se inventaran cosas, y que las intercalaran. Sin embargo, siempre era

fácil distinguir lo verdadero de lo falso. Lo distinguía por la redacción. Y fue revelador cuántos recuerdos verdaderos eran acerca de abusos.

«Me acuerdo de cómo mi madre hacía reír a sus amigas pellizcándome hasta que me echaba a llorar.»

Los recuerdos más frecuentes: la muerte de un abuelo, el abandono de un padre, el divorcio de los padres.

Notablemente ausentes: logros académicos de cualquier tipo, el primer amor.

«Recuerdo que, después de que me extirparan el apéndice, lloré cuando me tuve que ir a casa, porque en el hospital todo el mundo era amable conmigo.»

De vez en cuando, un detalle sorprendente, como este, de una hija de inmigrantes de Europa del Este: «Me acuerdo de la barra de pan blanco que había bajo el árbol de Navidad».

El inevitable –e invariablemente varón– listillo: «Recuerdo cuando disparé a mamá entre ojo y ojo. Parecía sorprendida, aunque no debería». «Recuerdo cuando Kim Kardashian me rogó que quedásemos».

Y una vez, algo infrecuente en los escritos de los estudiantes, un buen chiste: «Recuerdo lo difícil que fue para mí cumplir treinta años. En aquel momento tenía treinta y cuatro».

Me acuerdo de lo entusiasmados que estaban la mayoría de los estudiantes con esta tarea en particular, y cómo para muchos de ellos fue el mejor trabajo que hicieron en todo el semestre.

Recuerdo que pensé, ¿No sería estupendo haber escrito algo tan *útil* como el libro de Joe Brainard? (Como la sensación que tuve cuando vi que alguien cuya obra admiraba enormemente había publicado un libro con sus relatos recopilados. Tener tu obra completa en un solo lugar... ¡cómo lo envidiaba! Un volumen grueso y atractivo. Una cubierta sencilla, sin imagen, solo el nombre de la autora y el título del libro. Me recordaba a los primeros libros franceses que tuve, aquellos libros de bolsillo de aspecto serio: la *Collection Blanche* de Gallimard. La colección blanca, llamada así por las cubiertas color crema de los libros, aunque también podría haber sido por la piel de los autores. Sobre el fondo pálido, los títulos destacan en rojo: *L'Étranger, La Nausée*.

Que todo tu trabajo quepa bien ordenado en un solo libro: qué elegante. Qué digno. No ocupa demasiado espacio en el mundo. No reclama demasiada atención. ¿Qué escritor quiere mirar atrás y pensar, *escribí demasiado*? Aunque probablemente sea cierto para la mayoría. Cuántas veces he leído la última obra de algún novelista consagrado y he pensado, Es terrible lo que les pasa a los escritores. Y, por supuesto, desde que apareció ese volumen de relatos recopilados de la persona de la que te hablaba, ya ha escrito un libro entero de

relatos nuevos.)

Me acuerdo del final de la infancia. Era junio. Había terminado sexto curso, era el día de mi graduación en la escuela primaria. En septiembre empezaría el primer ciclo de secundaria. Se acabó lo de ir andando al colegio. Tomaría el autobús, no el autobús escolar amarillo que había tomado en el jardín de infancia y en primer grado, sino el autobús normal de la ciudad. Me desplazaría como cualquier adulta, pero en lugar de pagar el billete tendría un abono. Motivo de ansiedad: ¿qué pasaría si perdiera el abono y no llevara dinero? ¿Cómo volvería a casa? Pues tendrías que ir andando (mi madre). Y, de hecho, solo había unos dos kilómetros y medio, no demasiado lejos para ir a pie, incluso con tormenta, como aprendí aquel invierno cuando una ventisca acortó la jornada escolar.

Y en lugar de sentarte en la misma aula con el mismo profesor todo el día, en secundaria ibas de aula en aula y tenías un profesor distinto para cada asignatura. Más motivos para la ansiedad: ¿serían amables? (La escuela primaria había tenido su cuota de monstruos, incluidos algunos que no solo creían en el castigo corporal, sino que lo disfrutaban.) Además de las clases habituales, como inglés y matemáticas, habría otras nuevas, como educación física, para la que necesitaría un uniforme especial.

Estudiaría un idioma –francés– por primera vez. Tendría clases de música instrumental. Tomaría clases de arte. *El mundo se abría ante mí*. Era todo un poco apabullante.

Recuerdo el sentimiento de nostalgia que a veces me invadía en los días previos a la graduación y que le otorgaba tanta intensidad al día en sí.

La única escuela que había conocido, a la que había asistido todos esos años –hasta donde podía recordar–, todo lo que había sucedido allí, años de vida y aprendizaje, trabajo y juego.

¡Y ahora no volvería a ver la escuela primaria!

Me acuerdo de unos deberes de ese primer año de secundaria: Escribe un ensayo en el que describas un día importante en tu vida. Explica por qué fue importante para ti y cómo te sientes ahora.

Fue un día feliz, fue un día triste, fue un principio, fue un final, fue un mundo nuevo que me llamaba, fue un viejo mundo perdido en el tiempo.

Era yo, obviamente bajo el vertiginoso hechizo de Dickens.

No todos iríamos al mismo instituto. Sabía que nunca volvería a ver a algunos de mis compañeros. Ni a mis profesores, ni al director, ni a las chicas de la cafetería, ni a la conserje, una inmigrante siciliana humilde y amable cuyo amor por los niños era tan intenso que la iluminaba como una aureola.

Recuerdo cómo me desperté aquella mañana, horas antes de tener

que levantarme. Vi salir el sol por primera vez en mi vida. Vi la pálida luz sobre el vestido que me había hecho mi madre, el más bonito que jamás había tenido, que ahora colgaba en la parte trasera de la puerta de la habitación: gasa de algodón azul claro, falda amplia, mangas japonesas, delantera blanca bordada con flores. Había que llevarlo con un par nuevo de calcetines tobilleros blancos y unas merceditas blancas de charol. (Un look que, solo un año más tarde, cuando cumplí doce, no habría sido recibido más que con burlas.)

Recuerdo cómo crecía mi entusiasmo cada vez que me lo probaba. De pie en una silla, mi madre hablaba a través de los alfileres que sujetaba con la boca; resulta que podía hacerlo sin que se le cayeran o se los tragara. Otra imagen de ella: tardes en una mecedora, inclinada sobre sus bordados, como en una escena de hace cien años. Y realmente, fue de ella, ¿no?, de quien aprendí muy pronto lo marcada que está la vida por la tristeza hacia lo que se deja atrás. La suya era la nostalgia pertinaz del inmigrante, que había alcanzado la mayoría de edad en tiempos de guerra y que vivía la experiencia de dejar el hogar como una herida mortal.

Recuerdo estar sentada en una roca en medio de un arroyo un día caluroso de verano. Campamento de *girl scouts*. En una excursión, habíamos parado a descansar. Recuerdo que metí una mano en el agua fría y se me ocurrió –no sé si era algo que había oído antes o algo a lo que había llegado en ese momento por mi cuenta– que era una forma de describir el tiempo: una corriente que fluye rápidamente; avanza en una dirección, no se puede atrapar ni detener. Y recuerdo que por fin entendí por qué la gente (los adultos) no dejaba de insistir en lo rápido que pasaba el tiempo, algo que hasta entonces me había parecido tan claramente falso (siempre fui más feliz en el colegio que en casa, los veranos se me hacían interminables), y por qué mi madre decía a menudo cosas como ¡*Ya es domingo*! y ¡*No puedo creer que estemos en 1964*! Y esto lo relacioné con otra cosa que decía siempre, cada vez que nos encontrábamos con alguien a quien hacía tiempo que no veíamos. En cuanto se alejaba y no podía escucharnos, decía: *Dios mío, ¡cuánto ha envejecido*!

Aquel día, sentada en la roca, me empezó a doler la mano por el agua fría, pero la dejé allí porque tenía la sensación de estar al borde de una idea, y no quería perder la concentración.

El tiempo que pasaba era *la vida* que pasaba, era *la vida* que fluía veloz en una dirección y no podía atraparse ni detenerse. Y esto era algo que pesaba sobre los adultos, una fuerza inexorable que temían. *Mi* vida, como la de los demás, también pasaba: eso lo entendía. Pero yo era todavía una niña, no sabía nada de ese miedo. Solo conocía la emoción de mi propia mente dando vueltas. Me sentí inmensamente

orgullosa.

Voy a ser poeta.

Recuerdo lo mucho que deseaba compartir esta sorprendente revelación –contarlo todo sobre la cosa tan extraña que acababa de ocurrirme allí sentada en la roca del arroyo–, pero ¿con quién? No con las chicas que estaban tomando el sol en otras rocas, o en las orillas cubiertas de hierba, y que, a sugerencia de alguien, acababan de cantar «Cuéntalo en la montaña», una de las canciones favoritas de la tropa. Sabía que si intentaba explicarles lo ocurrido sonaría raro. No era una cosa de scouts. Era una cosa que pertenecía a mi Yo Introvertido. Mi Yo Scout era mi Yo Extrovertido. Conocía la diferencia, pero las palabras todavía no.

Nuestras líderes siempre nos machacaban sobre la necesidad de mirar fuera de nosotras mismas. *Hacer el bien a diario* era nuestro lema; nuestra promesa, *Ayudar a la gente en todo momento*. Se fomentaba la autosuficiencia, pero no la introspección (mirarse el ombligo, *uy, no*). Ni la expresión personal.

Saqué mi mano dormida del agua y me uní a la canción.

Recuerdo haber ganado insignias como *girl scout* en primeros auxilios, equitación, observación meteorológica y acampada. No existía la insignia de escribiente, por escribir, como ahora. Dios mío, incluso hay una insignia por escribir novelas.

«Propósito: Cuando haya ganado esta insignia, sabré lo que se necesita para escribir una gran novela y habré escrito al menos veinte páginas de la mía. Paso 1: Deconstruir una novela. Paso 2: Crear grandes personajes. Paso 3: Desarrollar una trama. Paso 4: Escribir al menos veinte páginas. Paso 5: Editar las páginas.»

Requetefácil.

Recuerdo la manera en que entrábamos en el auditorio, como siempre hacíamos para las asambleas, en fila india por dos puertas separadas, los chicos a la izquierda, las chicas a la derecha, y el señor Quin, que tocaba «Pompa y Circunstancia» al piano.

Teníamos que ponernos en fila por altura. Delante de mí estaba Emma, delante de Emma estaba Diane, y la primera de la fila era una chica cuyo nombre he olvidado (y también de qué país era), aunque la veo con claridad. Era pequeñita, atrofiada, según decían, por una enfermedad o desnutrición infantil. Una cruz diminuta en la garganta, con aretes en sus orejitas perforadas. Con su vestido de organza rosa y su enorme lazo en la espalda, era una muñeca viviente. De la mitad de tamaño que las últimas de la fila.

Me acuerdo de la última niña de todas –la distinción probablemente era una pesadilla para ella–, tan alta como el último niño, tan alta como algunos de los padres y madres que nos miraban desde sus

asientos en el auditorio.

Estas son las estadísticas más recientes que he podido encontrar sobre mi escuela primaria, del Centro Nacional de Estadísticas Educativas y del Departamento de Educación de la ciudad de Nueva York:

Sexo: 51 % hombres, 49 % mujeres
Minorías matriculadas: 96 %
Clasificación general en los exámenes del Estado de Nueva York: 4.157 de 4.228 escuelas
Competencia en matemáticas: 14 %
Competencia en lectura/lengua y literatura: 14 %
Derecho a comida gratuita: 93 %

Al final no me hice poeta.

Recuerdo, recuerdo. Qué hermoso estribillo.

Si pudieras hacerle una pregunta a un perro, ¿cuál sería?

Nos oíamos, pero no nos veíamos, tumbados como estábamos en dos sofás dispuestos perpendicularmente, con las cabezas en ángulo recto. Era la primera vez que estábamos juntos en el salón. Eureka también estaba allí, posado en la mesa baja, mirándonos inquisitivamente, sin que se le escapara lo inusual de la situación.

Poco antes, en la cocina, estuvimos comiéndonos helados *sundae* que se nos antojaron tras fumarnos un porro. Conversación interminable sobre qué le iría mejor, si la miel o el sirope de arce, al helado de leche de avena y caramelo con plátano y nueces. Estuvimos de acuerdo en que el sirope de chocolate habría sido lo mejor de todo, pero no teníamos.

Y para Eureka: plátano y nueces sin helado. (Otra cosa que no se le escapó, pero fue por su bien.)

Pero espera, ¿por qué se llamaba *sundae*?

Por el domingo, de eso estaba bastante segura.[14] Pero, ¿por qué se escribía con *e*?

Cardo sacó su teléfono. Una historia controvertida, aparentemente, ya que varias ciudades estadounidenses afirman haber sido el lugar donde nació. Se le llamó *sundae* porque se creó por primera vez en domingo, o como alternativa a una ley de Illinois que prohibía la venta de *sodas* en domingo, o porque su inventor fue un tal Sonntag («domingo», en alemán), que le puso su apellido.

En cuanto al cambio ortográfico: posiblemente porque algunas personas se oponían a que un postre llevara el nombre del Sabbat.

Queríamos subir a la azotea cuando terminamos de comer, pero era un día de lluvia constante y torrencial.

Nueva búsqueda: ¿Por qué llueve «a cántaros»?

Otro origen incierto, probablemente gracioso. En otros lugares, en otras tierras, en otras lenguas, llovía mierda de perro u orines de vaca, cuerdas, hachas, palancas, serpientes, lagartijas, sapos, ranas, zapateros o aprendices de zapatero, viejas, viejas con garrotes, viejas con palos, maridos.

Esto último en particular me desconcertó hasta que me di cuenta de que no era por algo en abundancia (como en la canción «It's Raining Men»), sino por palizas (como esas viejas con sus palos y garrotes).

Las sillas altas de la cocina, por lo general perfectamente cómodas, no lo eran tanto cuando estabas colocada. Peor aún, cuando estabas

colocada y acababas de comer demasiado. Totalmente inestables cuando te mecías de la risa.

Tengo una idea, dijo Cardo. ¿Quieres hacer algo atrevido? Vamos a sentarnos en el salón.

Habíamos perdido hasta tal punto el sentido del tiempo, que fue como si cambiásemos de terminal en un aeropuerto.

Si pudiera hacerle una pregunta a un perro, dijo Cardo, sería: ¿por qué quieres tanto a la gente?

Pero tú ya sabes la respuesta, le dije. *Porque así nos criasteis*.

Vale, ¿qué le preguntarías tú?

No tenía ni idea. La pregunta no tenía sentido, dije. Cualquiera que fuera la respuesta del perro solo vendría del mismo lugar que la pregunta. Que no era del perro, dije.

No lo pillo.

La pregunta sugiere la posibilidad de que la respuesta provenga de la conciencia del perro, dije, cuando en realidad provendría de una conciencia humana, la mía, porque es la única opción.

Al cabo de una eternidad, Cardo dijo, No lo entiendo.

¿Entender qué?, dije, volviendo a mi lugar en el diálogo.

Volvimos a empezar.

Si pudiera hacerle una pregunta a un perro, sería: Si puedo hacerte *una* pregunta, ¿por qué no puedo hacerte *más de una*?

Eso no es jugar, dijo Cardo. Eso es ser tierna.

No importa. No se me dan bien los experimentos mentales. Los encuentro frustrantes. ¿Alguna vez te han preguntado en una entrevista de trabajo: «¿Si fueras un animal, cuál serías?»?

No, dijo Cardo. Nunca he tenido una entrevista de trabajo.

Bueno, pues sucede. Tienes que decir qué tipo de animal serías y explicar por qué. Y aparentemente la mayoría de la gente dice perro.

¿En serio?

Ajá. Pero según los asesores laborales, no es una buena respuesta.

¿Por qué no?

No has de decir lo mismo que la mayoría. Has de destacar.

¿Así que se supone que debes mentir?

Parece que sí.

¿Y cuál sería una buena respuesta? ¿Qué tipo de animal?

Según recuerdo, se recomendaba decir que serías un león o un elefante, y nunca debes decir serpiente, aunque sea verdad.

Nos entró la risa floja al pensar que alguien dijera serpiente. Pero, razonamos, una persona reptiliana nunca diría que sería una serpiente.

No lo entiendo, dijo Cardo. Alguien me dice que si fuera un animal sería el rey de la selva, y yo pienso, Esta persona es un gran narcisista, un ególatra. ¿Quiero contratar a alguien así?

No me puedo imaginar a una mujer diciendo, Yo sería un león, dije. O un elefante, para el caso. No me imagino a ninguna mujer, por mucho que amara y respetara a los elefantes, diciendo que sería un elefante.

¿Y un pájaro? ¿Se consideraría una buena respuesta? ¿Un pájaro realmente listo, como Eureka?

Por alguna razón, no creo que «yo sería un loro» funcionara bien. Aunque tal vez otro tipo de ave. ¿Un halcón, un águila o un viejo búho sabio? Por supuesto, los mejores trabajadores del mundo son los insectos, como las abejas y las hormigas. ¿Pero cómo sonaría decir que serías un insecto?

Sí, suena casi tan mal como una serpiente.

Una vez en el tren, le dije, escuché a la mujer que estaba sentada a mi lado hablar por teléfono, evaluando a alguien a quien acababa de entrevistar para un puesto de trabajo, y dijo, Este es de los que marcan casillas, no de los que resuelven problemas. Y estuve a punto de soltarle, ¿Cómo puedes saberlo solo por una entrevista?

Y entonces, ¿cómo responderías a la pregunta?, preguntó Cardo.

¿Sobre el animal? Ya te he dicho que no se me dan bien esas cosas. No tengo respuesta.

Tampoco sé qué tipo de animal sería, dijo Cardo. ¿Pero qué pasa si le dices eso al entrevistador?

Dile adiós al trabajo, supongo.

Probablemente sea lo mejor.

Y así fue, los dos pasamos otro día del confinamiento holgazaneando mientras la lluvia caía como todas las cosas antes mencionadas.

Cardo fue la primera persona que conocí que empezó a tomar microdosis de psilocibina. (Desde entonces cada vez conozco a más gente que las toma.) Le habían recetado varios medicamentos psicotrópicos desde la infancia, dijo, y nada había funcionado especialmente bien. O alguno le funcionaba durante un tiempo y luego dejaba de funcionar. Pero la marihuana y la psilocibina habían hecho maravillas, dijo; siempre se podía contar con ellas.

Pensé en Olaf y en la terapia de drogas que había desarrollado para ayudar a Lily y a otras mujeres jóvenes.

La psilocibina, incluso en pequeñas cantidades, puede aliviarte y mantenerte fuera del sótano del infierno, dijo Cardo.

Creo que fue su frase «sótano del infierno» lo que me convenció, le dije a Violet. Además, se supone que ayuda con el bloqueo del escritor. Y no es que sea adictiva.

Parece el nombre de un grupo, dijo Violet. Y también me recordó que todo lo que te coloca puede ser adictivo.

Por cierto, Cardo acababa de enseñarme un vídeo de loros silvestres adictos al opio que destrozaban el campo de adormidera de un granjero indio.

Ahora que fumábamos hierba o nos metíamos microdosis todos los días, Cardo y yo manteníamos conversaciones con regularidad. Solían empezar de forma trivial cuando estábamos colocados y ponerse cada vez más serias cuando nos bajaba el efecto.

Un día le pregunté por su novia y me dijo lo que ya había adivinado: estaban rompiendo. La acusó de querer romper con él desde hacía tiempo y no querer asumir su responsabilidad. (No estoy seguro de lo que quería decir con «algún tiempo»; solo llevaban juntos ocho meses. Pero dijo que era la vez que más tiempo había estado con alguien. Aunque nunca me enseñó una foto de ella, siempre me imaginé una gran belleza, por ese prejuicio –aunque refutado por la realidad– que dice que un hombre con su físico nunca estaría con alguien que no fuese como poco deslumbrante.)

Ella no lo admite, decía, pero tiene miedo de comprometerse con alguien que ha estado en el loquero. (Él siempre lo llamaba así: el loquero.) Y lo entiendo, dijo él, de verdad. Pero tendría que decirlo. Debería ser sincera, dijo. Pero ya ves, eso la haría sentir demasiado culpable. Así que sigue fingiendo que no cree que la quiera de verdad. Cuando le pregunto qué le hace creer eso que obviamente no es cierto,

se pone muy difusa. A veces, cuando me habla, dice que se da cuenta de que no la escucho. Parece que tengo esa mirada que indica que no estoy escuchando. Y quizá sea verdad, a veces no escucho, quizá a veces me distraigo –ella sabe que tengo un historial de TDAH–, pero eso no prueba exactamente que no la quiera, ¿verdad?

Tengo que admitir que cuando Cardo hablaba así, a veces me sentía un poco mareada.

De todos modos, dijo, es lo mejor. A ella le puede ir mejor que a mí, eso seguro. Me resulta fácil verla felizmente casada con un tipo normal. Ella misma es bastante normal, lo cual es, supongo, una razón importante por la que me sentí atraído por ella. En verdad, hubo momentos en los que me sirvió, cuando el hecho de que ella fuera tan normal me hizo sentir que yo también debía serlo, o al menos lo suficientemente normal.

Cosa que por lo general él no se sentía, dijo.

De todos modos, es lo mejor, volvió a decir. Y tras una larga pausa: Espero que tenga una buena vida. Se la merece.

Tragó saliva y yo sentí el dolor en mi garganta.

Le pregunté por qué creía que era su historial psiquiátrico lo que hacía que ella quisiera romper con él, y me dijo que era porque ella nunca le había preguntado nada al respecto, y las pocas veces que él lo había mencionado ella cambiaba inmediatamente de tema.

Fue como si le dijera que había estado en la cárcel, dijo. Simplemente no quería saber nada. Y entonces cometí el error de contarle algo que me dijo uno de los médicos justo antes de que me dieran el alta. Dijo que existía la posibilidad de que tuviera que volver allí –quizá incluso más de una vez– porque tenía cierta vulnerabilidad, y que debía ser consciente de ello siempre e intentar evitar los posibles desencadenantes.

(¿*Cómo sabía yo que algún día no volvería a descender la campana de cristal*?)

Sí, comentó, puedo verla dentro de unos años, casada y con hijos. Pero yo, cuando intento imaginarme así, ¿como marido?, Dios mío, ¿como padre? Pues eso, que no me lo puedo imaginar. Creo que nunca me veré preparado para estar con alguien.

Tuve que oponerme, no hace falta que lo diga. Tuve que decir lo obvio: aún era muy joven, demasiado joven para pensar así, para sacar conclusiones radicales sobre su vida.

¿Por qué nunca te casaste?

Exactamente lo que confiaba que no me preguntara. No estaba hecha para eso, fue todo lo que dije.

Bueno, eso es lo que estoy diciendo yo también. Creo que tampoco lo estoy.

Pero eso no puedes saberlo a tu edad, insistí.

¿Cuándo lo supiste?

No estoy segura. (Fue pronto, sí. Después de un par de relaciones que no funcionaron. Aun así, no quería rendirme: al fin y al cabo, cada hombre es diferente, y yo no buscaba un prototipo. Seguía eligiendo hombres radicalmente distintos entre sí, pero al final podrían haber sido el mismo.)

No estaba hecha para eso, me decía. No podía lograr que funcionase.

Es curioso, me dijo. La gente siempre ha hecho comentarios sobre el matrimonio de mis padres. Toda mi vida he oído decir a la gente que envidiaban a mis padres por su feliz matrimonio. Pero yo no siento nada de eso. Cuando los miro sé que yo no querría eso, lo que tienen.

¿Por qué? pregunté, aunque incluso sin haberlos conocido estaba segura de que no les envidiaría lo más mínimo.

Me parece mal que piensen siempre los dos igual. O al menos eso dicen. Como si, de no estar en total sintonía, toda la relación se pudiera venir abajo. Incluso mi terapeuta dice que hay algo malo en una pareja que nunca se pelea.

Tal vez estás exagerando, dije. Quizá tus padres discrepan sobre muchas cosas, pero nunca delante de su hijo.

Lo único que sé es que siempre se ponen uno de parte del otro. No recuerdo ni una sola vez en la que uno de ellos se pusiera de mi lado. Por eso siempre quise un hermano o una hermana. Así tendría algún tipo de aliado. Para no ser siempre yo contra ellos.

Un día me contó lo que había pasado para que sus padres le echaran de casa.

Lo que más le gusta a mi madre es la poesía, me dijo. Siempre dice que la poesía es lo que la ayuda a sobrellevar la vida. Aunque, en mi opinión, solamente le ha hecho la vida más difícil.

Cuando yo era niño, dijo, siempre que estábamos con gente ella leía algunos de sus poemas en voz alta. En cada cena, en cada fiesta, había un recital, dijo, y ella siempre se comportaba como si fuera un agasajo especial para todos, como si lo hiciera para ellos y no para sí misma.

Yo sentía vergüenza ajena, dijo. Mi padre nunca intentó detenerla, pero no parecía muy contento mientras ella leía, ni tampoco los demás. No obstante, en cuanto terminaba, él empezaba a aplaudir, muy fuerte, para que los demás captaran la indirecta. Y, por lo general, nadie decía nada después, salvo quizá, Oh, qué bonito, pero en cierto modo se notaba que solo estaban siendo corteses. Y mi madre se decepcionaba. Sucedía una y otra vez, y yo me preguntaba por qué seguía haciéndolo. Pero era como una loca compulsión masoquista. No podía contenerse.

A veces, cuando todos se habían ido a su casa, se quejaba de su falta de juicio. Debería haber sabido que ninguno de ellos lo iba a entender,

decía. Algo así como: ¡Qué saben esos plebeyos de poesía! La poesía era algo sagrado para ella, y si amabas la poesía eras una persona superior.

Leía poesía durante unas horas todos los días, dijo Cardo. Los libros de los poetas que más le gustaban los releía cada año.

Le pregunté cuáles eran esos poetas preferidos de su madre, pero no supo nombrar a ninguno.

Dijo que le habían publicado algunos de sus poemas, pero que eso no le satisfacía mucho, no solo porque era una mínima parte de lo que escribía, sino porque parecía que las revistas que la publicaban no eran las que ella valoraba.

Le pregunté qué revistas habían publicado su obra y tampoco supo decírmelo.

Siempre estaba enviando poemas y siempre se los rechazaban, dijo Cardo. Recuerdo que una vez, cuando le pregunté por qué no se rendía, me dijo, No escribo para que me publiquen. Aunque no me publicasen nunca, seguiría escribiendo. Además, sé que mis mejores cosas son tan buenas como lo que se publica por ahí.

Su trabajo diario también era escribir. Redactaba comunicados de prensa y otros documentos para un museo de arte indígena y escribía proyectos de subvenciones para varias fundaciones sin ánimo de lucro.

Eso era el pan, decía ella, según Cardo, y la poesía eran las rosas.

Nunca me ha interesado la poesía, ni la suya ni la de nadie, dijo Cardo. Lo cual no era un problema cuando era pequeño, pero empezó a molestarle más tarde. Mi padre siempre trataba de hacerme ver que debería apoyarla más, que no la animaban mucho en ese mundo porque la poesía era un campo muy competitivo y ella no tenía los contactos literarios adecuados, etcétera.

No soy quién para juzgar, dijo Cardo. Pero una vez le pregunté a mi padre. Le pregunté qué opinaba de sus poemas, y me dijo que él tampoco era quién para juzgar, que ni siquiera entendía la mayoría de la poesía, pero que, por lo que él veía, ella tenía un don para las palabras. No es que fuera una profesional, dijo su padre, no como los grandes poetas que ella admiraba, por supuesto. Pero cualquiera podía darse cuenta de que tenía talento. Así que tal vez estaban a medio camino entre los de un profesional y los de un aficionado, dijo su padre. Mejor que la media, quería decir.

Pero esa no era la cuestión, dijo Cardo que decía su padre. La cuestión era que escribir poesía era una parte muy significativa de la vida de su madre, que se esforzaba mucho en ello y que merecía más atención.

Sabía que había una falla en su razonamiento, dijo Cardo. Pero también sabía que él lo sabía, así que lo dejé. De hecho, me olvidé por completo de aquella conversación.

Hasta la gran pelea.

Sus padres se enfadaron cuando se dieron cuenta de que no asistía a las clases por internet, como era su obligación. Lo que no sabían era que había dejado de asistir a clase incluso antes del confinamiento. Ya había dejado la universidad, me dijo. Estaba tan harto que no era capaz de que me importase terminarla.

De hecho, nunca había sido feliz en la universidad, me dijo; nunca había sentido que encajara allí.

Le había costado mucho decidirse por una especialidad. Al principio pensó que podría ser Antropología, pero no le fue bien en los cursos introductorios y acabó en Ciencias Políticas. Esto se debió en parte a la influencia de su abuelo diplomático, que le contaba historias interesantes sobre su trabajo en relaciones internacionales y convenció a Cardo de que él también podría hacer carrera en el gobierno. Durante un tiempo, Cardo creyó vislumbrar un camino para sí mismo; contempló la posibilidad de algún tipo de trabajo en los servicios de inteligencia. Se daba cuenta de que podía ser estupendo, decía. Pero, desde entonces, no le parecía bien la idea de trabajar para el gobierno ni para ninguna otra institución.

Todo el sistema está hecho un asco, dijo. No hay más que ver la mierda de trabajo que han hecho con la pandemia. Todo es una gran cloaca. No hay nada que puedas hacer sin mancharte las manos. Y si era sincero, tenía que admitir que no había ningún tipo de trabajo que le entusiasmara. Y estaba seguro de que no quería estudiar un posgrado. Le daba igual ganar dinero. ¿Y qué podía hacer que no consolidara su identidad de hombre hetero, cisgénero y blanco privilegiado? ¿No estaba moralmente obligado a dejar abierta cualquier oportunidad prometedora para alguien de un grupo históricamente marginado?

En cualquier caso, ¿cómo se supone que alguien puede hacer planes a largo plazo? ¿Cómo iba a pensar en su futuro cuando el destino de la Tierra era tan incierto?

Fue en ese momento cuando deseé que los dos –o al menos yo– no siguiéramos aún drogados.

Sin saber por dónde empezar, me limité a preguntarle qué *era* lo que quería.

Me da pavor, dijo, pero la verdad es que no hay nada que quiera desesperadamente, en cualquier caso, nada que pueda tener. Me asusta no sentir nada la mayor parte del tiempo. Supongo que me gustaría haber nacido en una época en la que todas las cosas y todo el mundo no estuvieran tan jodidos.

Mis padres actúan como si yo fuera el único que está jodido, me dijo, aunque ya sabes, tal vez no todo el mundo acabe en el loquero, pero ¿por qué todo el mundo que conozco toma medicamentos con

receta o se automedica con una sustancia legal o ilegal o lo que sea? Ya no me acuerdo de cuando esto no era así.

Incluso su novia, decía. Que fuera normal no significaba que no necesitara Xanax. Y su médico se lo había recetado ya en el instituto.

El segundo año me matriculé en esta asignatura, dijo: La novela americana desde la Segunda Guerra Mundial. Leímos *En el camino* dos veces, me gustó mucho. Eso sí es algo que me gustaría tener. Ese tipo de libertad, dijo. Ser capaz de echarse así a la carretera, sin equipaje, sin plan, nada más que haciendo dedo. O subirse a un autobús y recorrer todo el país. Conocer a todos esos tipos diferentes. Tiene que haber sido genial.

(Me hizo preguntarme: ¿por qué habían cambiado tanto las cosas? Hacer autostop seguía siendo legal en la mayor parte de Estados Unidos, ¿por qué se había vuelto tan infrecuente? En parte, lo sabía, por la campaña de las fuerzas del orden para desalentarlo, difundiendo lo peligroso que era, sobre todo para las mujeres, aunque en realidad nunca fue especialmente peligroso, ni siquiera para ellas. En cierto momento, cualquier estadounidense que necesitara que lo llevaran empezó a parecer sospechoso: ¿por qué esa persona no tenía un coche? Pero qué bueno sería recuperar el autostop. Menos coches en la carretera: ¿quién no querría eso? Pero no va a ocurrir. No en una sociedad en la que el miedo a los extraños no hace más que crecer. Todavía existían los autobuses Greyhound, por supuesto, pero súbete a uno hoy y verás: nadie acaba conociendo a un extraño, nadie mira siquiera por la ventanilla, todo el mundo está mirando un aparato.

Un «Me acuerdo» de Brainard que también es uno de los míos: Siempre hay un soldado en cada autobús.

Aproximadamente un año después de esta conversación con Cardo, cuando ya es posible volver a salir a comer a un restaurante, voy a cenar con una amiga. Hacia el final de la comida, nuestra camarera, una mujer joven, se acercará a nuestra mesa con expresión compungida y dirá, No sabes qué envidia me da veros sentadas aquí juntas todo este tiempo, hablando entre vosotras. Mis amigos y yo, siempre que quedamos, cada uno saca su teléfono.)

Cardo: El profesor de ese curso nos dijo que todo seguía siendo igual una década después de *En el camino*, que cuando él estaba en la universidad los nombres de California y Colorado eran sinónimo de paraíso, y el sueño de viajar al oeste estaba en su apogeo. En los años sesenta, él mismo había hecho ese viaje a través del país varias veces, nos dijo. Las autopistas estaban llenas de gente con carteles que decían DENVER o SAN FRANCISCO o CIUDAD DE MÉXICO, dijo el profesor. Normalmente una persona sola, pero a veces una pareja, incluso una familia. Una vez, un perro solo con un cartel al cuello que decía A CUALQUIER LUGAR.

Una libertad que nunca debimos dejar escapar, se lamentaba el profesor de la clase de Cardo. Después de graduarse, él también había viajado haciendo autostop por toda Europa, dijo, sin apenas dinero en efectivo y, por supuesto, sin tarjetas de crédito. Todo eso formaba parte de ser joven, era lo único que se necesitaba entonces, dijo el profesor a la clase: ser joven. No hacía falta dinero. Necesitabas amigos, y siempre era mucho más fácil hacer amigos cuando eras joven, dijo, y por aquel entonces, hacer amigos con todo tipo de gente era más fácil que hoy día.

(No pude evitar acordarme de las palabras de un personaje interpretado por Burt Lancaster en la película *Atlantic City*: «El océano Atlántico era otra cosa en aquel entonces. Sí, tendrías que haber visto el océano Atlántico en aquellos días».)

Y, al igual que les pasaba a las amistades de los personajes del libro, que se basaban en Jack Kerouac y sus amigos en la vida real, aquellas fueron las amistades más intensas y valiosas de la vida del profesor, aquellos viajes por carretera algunos de los mejores momentos que había vivido, y pensó que siempre sería así, dijo a la clase de Cardo. Pensaba que siempre habría un camino abierto, que siempre habría autostopistas y conductores dispuestos a recogerlos, y que siempre estaría California, por supuesto (o al menos hasta el gran terremoto, por el que nadie parecía preocuparse en serio), y que California siempre merecería la pena, por largo o duro que fuera el viaje, la California de las magníficas montañas y playas y las alucinantes puestas de sol en el Pacífico y la gente alocada, amable y guapa. Y ahora, dijo el profesor, como si no fuera suficientemente desgarrador lo que habían hecho la superpoblación y el desarrollo excesivo, había incendios forestales durante todo el año y sequías que amenazaban con la devastación total.

Le pregunté a Cardo qué pensaba de aquel viejo profesor nostálgico, y me dijo que en principio estaba bien, pero que no le había gustado mucho el curso. Nunca había sido un gran lector, dijo Cardo, y, a diferencia de lo que le pasó con el de Kerouac, no pudo avanzar en la mayoría de los otros libros de la lista de lectura.

Le pregunté qué otros libros figuraban en la lista de lectura, pero no se acordaba.

Sí recordaba algunos fragmentos favoritos de *En el camino*. Cuando Sal habla de despertarse en un hotel y no saber quién es: «No estaba asustado; simplemente era otra persona, un extraño, y mi vida entera era una vida fantasmal, la vida de un fantasma».[15]

Me despierto sintiéndome así todo el tiempo, dice Cardo. Solo que yo sí estoy asustado.

«Detrás de mí, nada; por delante, todo, como siempre pasa en el camino»: todo el mundo lo recuerda.

Y: «La única gente que me interesa es la que está loca...».

Me acuerdo de una postal, recibida un día de 1970: una escena de algún parque nacional, enviada por alguien que había abandonado la universidad en su primer año. En el reverso, un préstamo de Kerouac: «Estoy a medio camino de América, en la línea divisoria entre el Este de mi juventud y el Oeste de mi futuro». Luego: «Nena, ¿ya te arrepientes de no haber venido?».

La misma época. Varada en el centro de Manhattan sin dinero suficiente para un billete de metro para volver a casa, a punto de mendigar, veo a un hombre con coleta al volante de un Bonneville descapotable blanco parado en un semáforo. Una guitarra en el asiento trasero. *The Doors* en la radio. Mientras nos dirigíamos al norte de la ciudad, me entero de que mañana se va a llevar el coche a Nuevo México. ¿Quería irme con él? Y puedo afirmar con certeza que, de no haber habido otro hombre en casa esperándome, me habría ido.

Sin embargo, ahora tengo la sensación de que nada de esto sucedió realmente, de que me lo estoy inventando todo.

Cardo: Y ahí estábamos los tres, discutiendo sobre mi futuro. Mi madre me menospreciaba, decía que era un vago, que no faltaba a esas estúpidas clases de Zoom y que iba a arruinarme la vida. Decía que cualquiera sin un título universitario no servía para nada. No puedes ir a ninguna parte sin un título, y por dejar los estudios me tacharían de perdedor, de ser demasiado tonto para terminar la universidad, y nadie me respetaría, y bla, bla, bla.

Y yo le dije que se equivocaba. Le dije que lo que decía no era cierto. Yo podía nombrar a algunos tipos brillantes que nunca habían terminado la universidad. ¿A lo mejor había oído hablar de Bill Gates? ¿Mark Zuckerberg? ¿Steve Jobs? Que justamente son algunas de las personas más inteligentes y exitosas que han existido.

Y no es que me estuviera comparando con esos tipos, dijo Cardo. O sea, nunca lo haría. Pero eso es lo que ella quiso pensar, y se rió. Y dijo, ¡Pero ese es el problema! ¡Tú no eres tan inteligente! No eres como esos hombres, solo crees serlo. Y fue entonces cuando dije... No recuerdo exactamente lo que dije, pero algo como que ella no era una gran poeta, sino solo alguien que cree serlo, y repetí lo que dijo mi padre, que ella no era una profesional.

Y supongo que eso fue lo peor que pude hacer, dijo Cardo, porque los dos se enfadaron conmigo como nunca en su vida. Y ella también estaba muy enfadada con mi padre. Cosa que nunca sucede. Después de eso, las cosas se pusieron demasiado feas en esa casa como para que me quedara. Si no me hubieran pedido que me fuera, me habría marchado de todos modos.

Hubo un largo silencio. Por fin Cardo volvió a hablar. ¿Crees que

estuvo tan mal lo que dije?

Fue cruel, dije. Fue muy cruel. Así que sí, diría que estuvo mal.

¿Y qué hay de lo que ella me dijo a mí?

Suspiré. También cruel, dije. También estuvo mal.

Temía que fuera a preguntarme quién creía que tenía razón, pero entonces cambió de tema, y solo más tarde recordé las memorias que Violet había mencionado, en las que la madre de Cardo describía cómo había sido criarlo. Estaba segura de que él no sabía nada al respecto.

¿Por qué novelas?, quiso saber Cardo. ¿Por qué no poesía?

Le conté la hipótesis de Faulkner: todo novelista es un escritor que empezó queriendo escribir poesía y fracasó, luego intentó escribir relatos cortos y fracasó, y finalmente se puso a escribir novelas.

Una idea que a Cardo le costó asimilar.

Estás diciendo que la poesía es más difícil de escribir que los cuentos, y que los cuentos son más difíciles de escribir que las novelas.

Sí. O que hay más gente capaz de escribir novelas que de escribir poemas o cuentos, que son formas más difíciles.

¿Cómo puede ser, si las novelas son las más largas y las que se tarda más tiempo en escribir?

No se trata de longitud. No se trata de tiempo.

¿Significa eso que una novela larga es más fácil de escribir que una corta?

Bueno, no. Pero, usando el ejemplo de cierto crítico, en casi todos los libros largos que leo veo un libro corto que elude su trabajo.

Cuando se le pidió a un premio Nobel que nombrara la experiencia vital más importante para el éxito artístico, respondió, El fracaso.

«La mayoría de los fracasos se producen con demasiada facilidad» fue la insólita opinión de R. P. Blackmur. «Un auténtico fracaso llega dura y lentamente y, como en una tragedia, solo se constata plenamente al final.»

Blackmur creía que su propia vida, que le otorgó la fama de ser quizá el crítico literario más brillante de Estados Unidos y un venerado profesor de Princeton, había conseguido ser un auténtico fracaso. (Otro prodigio más que no solo no fue a la universidad, sino que ni siquiera terminó el instituto, ya que fue expulsado a los catorce años tras cierto enfrentamiento con el director.)

Me gusta la poeta que incluyó en sus agradecimientos al Fondo Nacional de las Artes y a la Fundación Guggenheim, «cuyos rechazos me impulsaron a terminar este libro».

También la idea de Brian Moore de que, mientras el éxito te convierte en algo que antes no eras, el fracaso te convierte en «una destilación más intensa» de lo que eres.

Cuando le dices a alguien que tienes problemas para escribir, ¿por

qué nadie te dice, Pues deja de escribir?

Imagina a un editor que diga: No tiene que ser perfecto.

«Seguramente será muy imperfecta», contó Virginia Woolf a su diario cuando empezó a trabajar en una nueva novela. Entusiasta, sin embargo.

Con el confinamiento, la gente empezó a pensar en lo que implicaba que el trabajo que ellos hacían no se considerase esencial. Algunos confesaron que les resultaba un poco desalentador. A muchos los llevó a reconsiderar el trabajo que hacían, a plantearse encontrar otro o, al menos, a dejar el actual, al igual que muchos estudiantes dejaban la universidad. Otros pensaban conservar su trabajo, pero prometieron tomárselo menos en serio en el futuro.

Para los escritores, la distinción era fácil. Solo los periodistas son esenciales.

Escucho protestas: una consigna que cita al buen poeta sobre los hombres que mueren miserablemente por falta de lo que se encuentra en los «poemas despreciados».[16] Pero si todos, excepto los periodistas, dejaran de escribir, seguiríamos teniendo un amplio tesoro de ficción y poesía al que recurrir. Si silenciáramos a todos los periodistas, se acabarían los derechos humanos. Todos los dirigentes políticos autoritarios lo saben bien, por eso son los periodistas quienes han de preocuparse de que no los asesinen. Como, según el informe anual del Comité para la Protección de los Periodistas, lo fueron, en los años transcurridos desde 1992, más de dos mil de ellos.

Y, por supuesto, el objetivo no siempre es un periodista. Pensemos en Salman Rushdie.

Las imágenes de trabajadores sanitarios angustiados hacía difícil considerar que crear historias sobre gente inventada fuese una profesión heroica.

«¿Alguien más se ha dado cuenta de lo extraño que se está volviendo el mundo?», preguntó Salman Rushdie en el discurso de la Gala Literaria del PEN América en 2004.

Ahora somos un mundo que se define por el desastre continuo. Y Beckett tenía razón. La elocuencia sobre el desastre no basta.

Desde el principio, el humor pandémico fue prolífico y una bendición; porque el humor nos ayuda a resistir, incluso más que la esperanza. Sin olvidarnos de lo que es involuntariamente cómico. La gente que intentaba hacerse mascarillas con lo que tenía a mano: salvaslips, copas de sujetador, gorros de papel en forma de cono, hojas de repollo. La familia que durante la cuarentena tuvo la doble maldición de una dura plaga de chinches.

Por otra parte, se hizo pesado oír a tantos citar a Brecht: «En los tiempos oscuros / ¿También se cantará? / También se cantará. /

Acerca de los tiempos oscuros».

La ironía es que ahora voy y lo hago yo misma.

Citando a Brecht, una sociedad literaria organiza una charla por Zoom: *¿Qué tipo de canto crees que importa más en nuestros tiempos oscuros? ¿Y sigue habiendo lugar para la ficción*?

Crece el consenso: La novela tradicional ha perdido su lugar como género principal de nuestro tiempo. Puede que todavía no esté muerta, pero no resistirá mucho tiempo. Por muy bien hecha que esté, parece carecer de urgencia. Por muy imaginativa que sea, parece carecer de originalidad. Aunque sigue siendo un poderoso medio para retratar el carácter y la experiencia humanos, cada vez más, la narración de historias de ficción se está convirtiendo en algo irrelevante. Cada vez más escritores tienen dificultades para acallar una voz que dice, *¿Por qué te inventas cosas*?

Conclusión: Tal vez lo que se necesita en nuestros tiempos oscuros y contrarios a la verdad, con toda nuestra flagrante hipocresía y el creciente uso del relato como medio para distorsionar y oscurecer la realidad, sea una literatura de historia personal y reflexión: directa, auténtica, escrupulosa con los hechos.

Quizás también relevante: el deseo de evitar acusaciones de apropiación cultural, de no permanecer en el propio carril.

En una mesa redonda literaria, Ian Frazier dio su razón para no leer novelas: «Cuando lees una novela, empieza así: Johnny iba por la calle, y lo único que se me ocurre es: no, no iba».

El arte que nos aleja de la vida cotidiana, que nos lleva a otro estado, era la visión del cineasta iraní Abbas Kiarostami. «El tiempo de Sherezade y el Rey –el tiempo de los cuentos– ha terminado.»

Cardo se ha ido. Se ha mudado con dos compañeros de piso que necesitaban un tercero para compartir su loft en Long Island City. También tiene trabajo. Un restaurante del barrio inundado de pedidos para llevar y de reparto se encontró con tantos trabajadores de baja por enfermedad, que el dueño lo contrató por teléfono antes de conocerlo.

Podría haberle dicho que si fuera un animal sería un perezoso, y aun así me habría contratado, dijo Cardo.

No era un gran sueldo, pero aún tenía la mayor parte del dinero que su padre le había ingresado en la cuenta corriente al principio del semestre, y seguía autorizado a usar una de las tarjetas de crédito de sus padres.

Nunca me cortarían el grifo, dijo. (Frío. Poco agradecido.) Les daría demasiado miedo lo que pudiera hacer. (Descarado.)

Se llevó a Eureka con él. No había sido difícil conseguir que Iris se mostrara de acuerdo con eso, dijo. Solo tenía que pedírselo. Ella sabía lo bien que él y Eureka se habían llevado siempre, y ahora sentía lástima por Cardo. La pelea con sus padres, la ruptura con su novia... Comprendía lo mucho que necesitaba a alguien a quien cuidar. Y en ese momento toda su atención estaba en su nuevo bebé, que había nacido prematuro y acababa de salir de la incubadora.

Nadie me había preguntado. Nadie había comentado nada de esto conmigo.

Iba a dejar que a Eureka le crecieran las alas, dijo. Había encontrado un vídeo en Internet que mostraba cómo se podía enseñar a volar a un pájaro que hubiera tenido siempre las alas cortadas. Podía hacerlo dentro de casa sin peligro, porque el loft era enorme –una antigua fábrica– y tenía muy pocos muebles. En el exterior, por supuesto, Eureka tendría que volar con arnés. Pero si todo iba bien, no le volverían a cortar las alas.

Eso es maravilloso, dije, con el corazón roto.

Y los vi marcharse: fuera de mi vida, fuera de mi novela.

Antes de que la doctora que se alojaba en mi apartamento se marchara para volver a Oregón, me reuní con ella brevemente en el parque de Union Square. Dijo que la pandemia estaba lejos de terminar. Lo más probable era que siguiera con nosotros, de una

forma u otra, durante años. Era optimista en cuanto a la disponibilidad de una vacuna incluso antes de lo que se esperaba, pero no tanto en cuanto a conseguir que la gente la aceptara.

Si todos los habitantes del planeta hubieran aceptado llevar mascarilla y mantenerse a dos metros de distancia unos de otros durante un periodo de tiempo determinado –y corto–, el Covid no habría tenido ninguna oportunidad, afirmó. Ahora es demasiado tarde, y son los más vulnerables los que no tienen ninguna oportunidad.

Dentro de unos años, dijo la doctora, creo que la gente recordará todo esto y lo verá como un ejemplo más de la barbarie humana. (Nótese la esperanzadora suposición de que nuestros descendientes serán más humanos que nosotros.)

Los médicos están acostumbrados a ver a la gente comportarse de forma irracional, dijo. Ante la enfermedad, el dolor y la muerte –¿y qué esperabas?–, el comportamiento irracional es perfectamente natural. Y también estamos acostumbrados a lidiar con la negación, por el mismo motivo. Pero lo que es tan siniestro es ver este comportamiento a gran escala. Es como si el mundo entero se hubiera despertado un día y se hubiera tomado una pastilla gigante de estupidez.

Siempre he sabido lo tontos que pueden ser los seres humanos, dijo la doctora, y ha habido grupos antivacunación desde que existen las vacunas. Pero he de decir que nunca pensé que vivía en una época tan perversa, entre tanta gente tan trastornada, que, ante la disyuntiva de matar al virus o matar al doctor Fauci,[17] matarían al doctor Fauci.

Lo que la pandemia le había enseñado: a pesar de los espectaculares avances de la ciencia y la tecnología, que son uno de los mayores beneficios de vivir en nuestros días, nuestra capacidad para resolver los problemas existenciales a los que ahora se enfrenta el mundo era algo en lo que ya no tenía fe.

Yo lo había visto antes: la ira, el agotamiento, la mirada perdida. Como esos soldados que combatieron en otras guerras, la doctora tenía historias que contar –grandes–, pero para ella, al igual que para ellos, solo alguien que también hubiera pasado por lo mismo lo entendería; sería alguien con quien se podría hablar.

«Seguramente será muy imperfecta. Pero creo que es posible que haya logrado mis estatuas contra el cielo.»

Era de *Las olas* de lo que Woolf estaba hablando. Un año antes, cuando comenzó a planear la novela, escribió: «Autobiografía, podría llamarse».

Su novela más ambiciosa hasta el momento. Escrita «siguiendo un ritmo, no una trama». (Y para la que, al igual que su amigo T. S. Eliot, se inspiró escuchando al Beethoven de la última época.)

Para su siguiente gran novela (entre medias llegó *Flush*, una

biografía fingida del cocker spaniel de Elizabeth Barrett Browning), tenía una aspiración aún mayor: inventar una nueva forma. La novela-ensayo. Capítulos de ficción alternados con capítulos de no ficción, «una aventura espectacular» que incluiría, bueno, de todo: «sátira, comedia, poesía, narrativa [...] Y habrá millones de ideas, pero ningún sermón: historia, política, feminismo, arte, literatura; en resumen, un compendio de todo lo que sé, siento, de lo que me río, lo que desprecio, lo que me gusta, lo que admiro, odio y todo eso».

Un experimento que, sin embargo, fracasó. Al final, la obra en curso tuvo que dividirse en dos libros distintos: *Tres guineas*, una polémica sobre las conexiones entre la sociedad patriarcal, el fascismo, la guerra y la opresión de la mujer; y una novela, *Los años*, la historia de una familia llamada Pargiter desde 1880 hasta el «presente» de los años treinta.

«Era una primavera vacilante.»

Aunque fue un gran éxito de ventas, e inicialmente más popular que cualquiera de sus libros anteriores (imagínate, si puedes: hubo incluso una edición de los Servicios del Ejército publicada para el placer de la lectura de los soldados estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial), no era una gran novela. Ni siquiera era una muy buena novela, aunque había trabajado en ella más que en ningún otro libro hasta entonces, y terminarla la llevó al borde del colapso. Cuando le dio el manuscrito a su marido –siempre su primer lector, el más importante y en el que más confiaba–, por miedo a lo que su opinión sincera pudiese provocarle en un estado tan vulnerable, él mintió.

Más de medio siglo después de la aparición de *Los años*, otra escritora contaría en su diario su propia idea para un proyecto literario tremendamente ambicioso: «Esta noche sé que tengo que escribir "la historia de una mujer" a través del Tiempo y de la Historia». Unos veinte años más tarde, Annie Ernaux publicó un relato personal que abarcaba el periodo entre 1941 –el año después de su nacimiento, el mismo en que murió Woolf– y lo que entonces era el presente, 2006: la autobiografía de una mujer que era también una especie de autobiografía colectiva de su generación.

Entre las inspiraciones de Ernaux estaban los «Me acuerdo» de Georges Perec.

Ella también llamaría a su libro *Los años*.

Uno de los de la *Collection Blanche* de Gallimard.

(Se me había olvidado que Woolf escribió una vez una historia sobre una mujer y un loro. La mujer, una anciana viuda llamada señora Gage, pese a su pobrez, dedicaba su vida a los animales, y pefería pasar privaciones antes que escatimarle un hueso a su perro».[18] El loro, James, cuyo lenguaje se describe como «muy

extremo», ayuda a la señora Gage en un momento de gran necesidad. Una fábula sobre «la recompensa [...] que no obtiene por ser bueno con los animales», encargada por sus dos jóvenes sobrinos para el periódico familiar. Aunque la publicaron, lo hicieron solo para no herir sus sentimientos. Un cuento moral a la manera victoriana no era en absoluto lo que esperaban, y a ambos les pareció horrible.)

Me gusta la forma en que un traductor de Proust nos aclaró la cuestión de *En busca del tiempo perdido*: no es autobiografía disfrazada de ficción, sino más bien lo contrario: ficción disfrazada de autobiografía.

(Desconcertada como siempre al recordar que el hombre que dio al mundo la novela más sublime era alguien que, según su biógrafo, disfrutaba masturbándose con los chillidos de unas ratas vivas atravesadas con alfileres de sombrero.)

Duelo de mentores. ¿Por qué no decir lo que ocurrió?, dijo el primero. Pero el segundo se burló: Es demasiado fácil. «Esto *no es* un tema: una delicada sensibilidad enfrentada a un mundo falso, despiadado y decepcionante. Búscate un agón». Cada uno de ellos me advirtió de que el otro deseaba secretamente que yo fracasara.

«Escribe, vive lo que ocurre», aconsejaba Christopher Isherwood. «La vida es demasiado sagrada para inventarla, aunque a veces mintamos sobre ella para realzarla.»

Me gustan las quejas de Elizabeth Bishop sobre los poetas que escriben lo que sucedió: «Estaría bien que se guardasen algunas de estas cosas para sí mismos».

Una vez, un poeta leyó ante el público un poema sobre la muerte de un hermano. Tras la lectura, una mujer se acercó al poeta para decirle lo importante que había sido para ella el poema, ya que también había perdido a un hermano. Cuando el poeta le dijo que en realidad no tenía ningún hermano, la mujer se enfureció. Fue un golpe muy duro.

Ya de regreso, en mi propio apartamento, vuelvo a ver a mis vecinos, o al menos a la mitad de ellos que no han huido de la ciudad. Al lado vivió durante un tiempo una joven que tocaba el violín. Era de no sé qué país y ahora se ha marchado y no veas lo mucho que echo de menos oírla tocar, por más que cometiera errores.

El anciano que vive solo en el piso de arriba ha sobrevivido al virus y al confinamiento. En los meses venideros, se esforzará por llevar siempre una mascarilla. Será de los primeros en vacunarse. Cuando, una mañana temprano, saca la pistola de la caja fuerte de su

apartamento y se pega un tiro, yo quiero saber: ¿lo planeó? ¿Se quedó despierto toda la noche, vacilante? O simplemente se despertó ese día y pensó: Ahora.

Enfrentarme al hecho mortificante de que pasé todo ese tiempo con este chico problemático que claramente necesitaba orientación, y lo único que se me ocurrió hacer fue drogarme con él.

Por no hablar de tu complicidad en infringir la ley, me recuerda Violet.

Un día, cuando estábamos tumbados en nuestros sofás separados y había transcurrido un largo periodo de silencio, me incorporé y vi que se había quedado dormido. Pensé en Psique, acercándose sigilosamente a un lecho oscuro, puñal en mano, iluminando con una lámpara el cuerpo dormido de lo que le habían hecho creer que era una serpiente monstruosa a la que debía matar, y encontrando a Eros.

Orgullosa de mí misma por haber resistido la tentación de enseñarle fotos mías de cuando tenía su edad.

Debe de ser un efecto de todas esas horas de conversación potenciada por las drogas, porque incluso ahora a veces me encuentro hablando con él. Pero cuando lo hago, nunca es «Cardo». Siempre su verdadero nombre. Su dulce nombre.

¿Pero cómo puede haber sucedido todo esto en realidad? Debo de estar inventándomelo.

Petición del moderador de un club de lectura para una guía orientativa sobre uno de mis libros. Se incluyen algunas preguntas como ejemplo.

¿Qué personaje te resulta más simpático y por qué?

¿De qué modo reflejan los temas de la novela tus propias experiencias y valores?

¿Con cuál de los personajes te gustaría más tomarte un café? ¿Cómo imaginas que sería la conversación con esa persona?

Imagina que eres el protagonista: ¿en qué aspecto te habrías comportado de forma diferente a ella / él / ellos?

Si pudieras hacerle una pregunta al autor, ¿cuál sería?

Lo intento:

¿Con cuál de los personajes del libro te gustaría más irte a la cama? ¿Cómo imaginas que sería el sexo con esa persona?

Vuelve a escribir la novela con tus propias palabras. Explica por qué tu versión es superior.

Dibújale un bigote a la autora en la foto. ¿Te habría gustado más el libro si lo hubiera escrito un hombre?

En ocasiones me acuerdo de una vez en que, cuando tenía más o menos la edad de Cardo, un novio nuevo y yo íbamos caminando por la calle. Llegamos a una esquina muy concurrida y, al cambiar el semáforo, una anciana, aterrada por las prisas y los empujones a su alrededor, llamó mi atención y gritó, ¡Señorita! ¡Señorita! ¡Por favor, ayúdeme, señorita!

Cuando la dejé sana y salva al otro lado del cruce, mi novio me dijo, Fíjate en que, de todas las personas a las que podría haber preguntado, se ha dirigido a ti.

Prueba, para él –prueba que, supongo, buscaba–, de que debo de ser una persona amable.

Ahora, a veces, cuando estoy sola en este barrio rebosante de estudiantes universitarios, me acuerdo de aquella vez y miro una cara joven tras otra. ¡*Señorita! ¡Señorita! ¡Por favor, ayúdeme, señorita!*

Un nuevo libro de recuerdos de una vieja amiga me lo trae a la memoria. «Nos dijeron que nos podría llevar décadas alcanzar la vida que soñábamos. Lo que no nos dijeron es que para cuando lo lográsemos, esa vida pronto desaparecería.»

Elegía más comedia, dice, es la única manera de expresar cómo vivimos hoy. Y que algo no sea divertido en la vida real no significa que no pueda escribirse sobre ello como si lo fuese. Lo cómico puede que sea incluso la mejor manera de escribir sobre ello.

En algún momento temprano debí de entender que todos los grandes escritores que tanto me gustaban, todos esos europeos blancos cuyas obras veneraba y esperaba emular, debí de entender que ellos –ya fuera por razones de clase, de género o de raza mixta, o por ser una estadounidense burda y superficial– me habrían mirado por encima del hombro. Pero no recuerdo que eso me haya importado nunca. Ahora, en nuestro nuevo y desafiante mundo cultural, no hacen más que decirme que es lo único que debería importarme.

Una nueva encuesta realizada a mil quinientos licenciados universitarios revela que Periodismo encabeza la lista de las diez carreras que los estudiantes más lamentan haber escogido (87 %). Magisterio y Filología Inglesa también figuran en los puestos cinco y diez, respectivamente. Según otra encuesta, más del 80 % de los estadounidenses creen que tienen un libro en su interior y que deberían escribir ese libro.

No es que los escritores digan que otras profesiones, como bailarín, actor o músico, sean más fáciles; es que las reglas están más claras. Hoy en día, el escritor me parece cada vez menos un artista creativo y más un político: siempre evasivo, obsesionado con la interpretación.

Resignada al hecho de que, cada vez que escribo algo sobre la escritura o sobre ser escritora, saco de quicio a algunas personas.

(¿Cómo se puede reflexionar sobre la vida sin reflexionar también sobre la escritura?, se pregunta Annie Ernaux, en su discurso de aceptación del Premio Nobel.)

Una vez, cuando era niña, me incliné sobre un muro y observé a una fila de colegialas guiadas por una monja que entraban en un parque. Iban de uniforme: blusas blancas y faldas azul marino con vuelo. Caminaban de la mano, de dos en dos. La monja se detuvo, se volvió y dijo algo que no pude oír, ante lo que las niñas se fueron saltando por parejas: doce mariposas que salieron de una oruga.

En todos los años que han pasado desde que se me ocurrió, he querido encontrar un lugar donde usar esa metáfora. Pero nunca lo he hecho. Ahora, por temor de no hacerlo nunca, la pongo aquí.

¿A qué tres autores, vivos o muertos, invitaría a una cena literaria? es una pregunta que se formula a menudo a los autores entrevistados en *The New York Times Book Review*.

Lo que Edmund White dijo que James Merrill había dicho sobre un joven admirador: «¿Por qué quiere conocernos en persona? ¿No se da cuenta de que lo mejor de nosotros está en las páginas y lo único que va a encontrarse es una colmena vacía?».

Cuando me preguntan qué escritores o qué libros creo que se seguirán leyendo dentro de cien años, recuerdo lo que dijo Stephen Hawking: A la humanidad solo le quedan unos cien años en la Tierra.

En 2017, Stephen Hawking dijo eso.

Las palabras de Rilke sobre mi escritorio: «He tomado medidas contra el miedo. Me he sentado a escribir toda la noche».

Me preguntaron: ¿Quién te gustaría que escribiera la historia de tu vida?

Alguien con un estilo magnífico y un gran corazón capaz de amar y perdonar.

AGRADECIMIENTOS

Siempre con mi agradecimiento especial a Joy Harris y a Sarah McGrath.

Y, por su apoyo generoso, mi agradecimiento a Art Omi y a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation.

1 En *Los años*, de Virginia Woolf. Traducción de Andrés Bosch: Barcelona, Lumen, 2022.

2 En *Casa desolada*, de Charles Dickens. Traducción de Fernando Santos Fontenla: Madrid, Alfaguara, 1987.

3 En *Aquí y ahora*, de Paul Auster y J.M. Coetzee. Traducción de Benito Gómez Ibáñez y Javier Calvo: Barcelona, Anagrama y Mondadori, 2012.

4 *Mister Rogers' Neighborhood* (*El vecindario del señor Rogers*) fue una serie infantil estadounidense emitida por televisión entre 1961 y 2001. Su protagonista, Fred Rogers, abordaba temas tan diversos como el divorcio o la guerra. *(N. de la T.)*

5 En *Menos que uno*, de Joseph Brodsky. Traducción de Roser Berdagué Costa: Barcelona, Círculo de Lectores, 1988.

6 En *La campana de cristal*, de Sylvia Plath. Traducción de María Elena Rius: Barcelona, Edhasa, 2012.

7 Juego de palabras intraducible entre el nombre de la autora (Sigrid Nunez) y las palabras «Sugared Nouns», cuya traducción posible sería «Sustantivos Azucarados». *(N. de la T.)*

8 En «El álbum blanco», de Joan Didion, dentro de *Los que sueñan el sueño dorado*. Traducción de Javier Calvo: Barcelona, Literatura Random House, 2012.

9 Se refiere a la canción de Buffalo Springfield titulada «For What It's Worth». *(N. de la T.)*

10 En «La mañana después de los años sesenta», de Joan Didion, dentro de *Los que sueñan el sueño dorado*. Traducción de Javier Calvo: Barcelona, Literatura Random House, 2012.

11 En «Arrastrarse hacia Belén», de Joan Didion, dentro de *Los que sueñan el sueño dorado*. Traducción de Javier Calvo: Barcelona, Literatura Random House, 2012.

12 *Me acuerdo*, de Georges Perec. Traducción de Mercedes Cebrián: Madrid, Impedimenta, 2017.

13 Philip Larkin, *Poesía reunida*. Traducción de Damián Alou y Marcelo Cohen: Barcelona, Lumen, 2022.

14 Juego de palabras intraducible entre el nombre de un tipo de copa de helado (*ice-cream sundae*) y el sustantivo «domingo» (*Sunday*) en inglés. *(N. de la T.)*

15 En *En el camino*, de Jack Kerouac. Traducción de Mariano Antolín Rato: Barcelona, Anagrama, 2012.

16 Se refiere al poeta William Carlos Williams y a su poema «Asfódelo». *(N. de la T.)*

17 El epidemiólogo Anthony Fauci fue jefe médico de la Casa Blanca durante varias legislaturas hasta 2022. *(N. de la T.)*

18 En «La viuda y el loro: una historia real», de Virginia Woolf, dentro de *Relatos completos*. Traducción de Catalina Martínez Muñoz: Madrid, Alianza, 2023.

Título de la edición original:
The Vulnerables

Edición en formato digital: agosto de 2024

© de la traducción, Mercedes Cebrián, 2024

© Sigrid Nunez. Por acuerdo con The Joy Harris Literary Agency, Inc.
a través de International Editors & Yáñez Co, SL, 2023

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2024
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2284-7

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es